

Tom Kromer



# NADA QUE ESPERAR



La Gran Depresión se llevó los empleos, hogares y esperanzas de cientos de miles de hombres y mujeres en la Norteamérica de los años treinta. En poco tiempo el número de vagabundos merodeando por parques y calles se multiplicó de forma alarmante, mientras en las afueras de pueblos y ciudades proliferaban campamentos de personas famélicas y desesperadas. Tom Kromer fue una de ellas. Joven con estudios universitarios, la falta de trabajo y de sostén familiar lo arrojó a la carretera. Sin otra ambición que conseguir tres comidas y un techo, durante cinco largos años deambuló por albergues cristianos, parques públicos o pensiones de mala muerte, y soportó toda clase de humillaciones y brutalidades por parte de la Policía. *Nada que esperar*, relato de una vida a la intemperie, recoge las experiencias que su autor anotó en papeles de fumar Bull Durham y en los márgenes de folletos religiosos.

Publicada en 1935 e inédita hasta ahora en castellano, *Nada que esperar* es la única novela de Tom Kromer, cuya carrera literaria concluyó de forma abrupta en 1937 tras publicar en la revista *Pacific Weekly* relatos breves que apuntaban hacia una evolución modernista de su escritura. La presente edición incluye algunos de ellos.



Tom Kromer

# **Nada que esperar**

**y otros escritos al margen**

ePub r1.2

Titivillus 09.08.2019

Título original: *Waiting for Nothing and Other Writings*

Tom Kromer, 1935

Traducción: Ana Crespo

Imagen de la cubierta: Dorothea Lange

*Más de veinticinco años como vagabundo. Napa Valley, California (1938)*

Las ilustraciones del interior fueron originalmente publicadas por la revista *Pacific Weekly* en 1936

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



# Nada que esperar



*A Jolene, que cerró la llave del gas*

## Capítulo 1

Es de noche. Avanzo por una calle oscura y tropiezo con un palo. Me agacho para recogerlo. Lo palpo. Es un buen palo, un palo pesado. Un golpe con este palo bastaría para derribar a un hombre. No lo mataría, pero lo dejaría fuera de combate. Lo estoy viendo. «Sacúdele fuerte en el centro del sombrero —me digo—, pero sin pasarte.» No quiero que se golpee la cabeza contra el suelo. Podría matarse. Y no quiero matarlo. Lo agarraré antes de que se desplome. Lo registraré en un segundo. Lo arrastraré a un lado entre las sombras y me alejaré. Sin correr. Andando.

Me desvío hacia una calle secundaria. Esta calle es más apropiada. Tiene menos casas y hay árboles grandes a ambos lados. Me oculto tras uno. No se ve nada. La oscuridad me protege. Espero. Espero cinco, diez minutos. Entonces, a una manzana de distancia, veo a un hombre que pasa por debajo de una farola. Viene hacia aquí. Va bien vestido. Puedo advertirlo a pesar de la distancia. Tengo buena vista. Ese tipo debe de tener pasta. Camina con paso despreocupado y la cabeza alta. Los vagabundos no caminan así. Los vagabundos arrastran los pies debido al cansancio y esconden la cabeza en el cuello del abrigo. Ese tipo tiene pasta. Estoy seguro. Aprieto el palo con fuerza. Me siento tranquilo. No estoy asustado, estoy tranquilo. «En el centro del sombrero —me digo—. Pero sin pasarte, solo lo justo.» Ahí viene. Me agazapo entre las sombras. Me arrimo un poco más al árbol. Escucho el golpeteo sordo de sus pasos sobre el cemento de la acera. Levanto el brazo. Tengo que darle con fuerza. Me preparo. El tipo pasa por delante de mí. Es mi oportunidad. «Dale fuerte —me digo—, pero sin pasarte.» Lo tengo debajo del brazo, justo debajo del brazo. Pero el palo no se mueve. No sé qué me pasa. Se me ha revuelto el estómago. No tengo valor. Maldita sea, no tengo valor. Me tiembla todo el cuerpo y el sudor me empapa la frente. Un sudor pegajoso que contrasta con el frío y la humedad de la noche. Esto no va a funcionar, no va a funcionar. Pero tengo que conseguir algo de comer. Estoy hambriento.

Salgo tambaleándome de la oscuridad y me pongo a seguir a ese tipo. Tiene bastante buen aspecto. Me he fijado cuando pasaba por debajo de mi brazo. Podría sacarle veinticinco centavos, quizás cincuenta. Acelero el paso. Esperaré a que se acerque a una farola para irle con la cantinela. La espera es corta. El tipo se detiene junto a una para sacarse un cigarrillo del bolsillo. Me planto a su lado.

—Disculpe, señor. Hace días que no pruebo bocado. ¿No podría darme algo para...?

—Malditos pordioseros. Me tenéis harto. Lárgate de aquí o llamo a la policía.

Con un movimiento brusco, el tipo se mete la mano en el bolsillo del abrigo. Quiere hacerme creer que lleva una pistola. Pero no es verdad, me está engañando.

Me alejo por la calle a toda prisa. Malnacido, será malnacido. Podría haberlo derribado con el palo. Podría haberlo dejado tendido en el suelo y va y me llama maldito pordiosero. Tenía el palo a punto sobre su cabeza, pero no he podido hacerlo. Soy un cobarde. Sé que soy un cobarde. Si no es así, ¿por qué estoy temblando como una hoja? Y, además, tengo hambre. Pero me lo merezco. Un tipo que no tiene agallas para conseguir comida merece pasar hambre.

Sigo andando por la calle. Me cruzo con gente, pero la dejo pasar. No paro a nadie. No tengo valor. Avanzo hasta una calle principal. Nunca había pasado tanta hambre. Tengo que conseguir algo de comer. Paso por delante de un restaurante. Junto a la ventana hay un pollo asado. Un pollo gordo y dorado, despatarrado en una bandeja de plata llena de salsa. La salsa, marrón y espesa, gotea lentamente por un lado de la bandeja. Me quedo allí de pie, contemplando el goteo. Debajo de la bandeja hay un letrero que dice: «Coma todo lo que pueda por cincuenta centavos». Me relamo y la boca se me hace agua. Ya me gustaría a mí sentarme en una mesa con ese pollo delante. Miro hacia dentro. Es un local elegante. Las camareras visten uniformes blancos y azules. Las veo apresurarse de aquí para allá, con bandejas cargadas de platos que sobresalen por los lados. Queda mucha comida en esas bandejas, comida que acabará en el cubo de la basura. En medio del comedor hay una fuente donde borbotea el agua. La fuente es de mármol rosa y las sillas, de piel roja con ribetes negros. La barra está llena de hombres que comen. Ellos comen y yo estoy hambriento. Las mesas, dispuestas en filas largas, están cubiertas con manteles blancos como la nieve y esa blancura hace que las copas brillen como diamantes. Los cuchillos y los tenedores son de plata. Su fulgor es tan intenso que desde la calle puedo ver que son de plata de ley. No me atrevo a meterme ahí dentro. Es un local demasiado elegante y, además, hay demasiada gente. Si entro, se reirán de mi ropa andrajosa y de mis zapatos sin suela.

Miro fijamente a una pareja que come junto a la ventana. Me levanto el cuello del abrigo. Los hombres que llevan el cuello del abrigo levantado parece que lo estén pasando peor. Esa gente tiene pasta. Se han arreglado para la ocasión. Ella luce un vestido de satén negro que resplandece a la luz de la araña colgada de la bóveda del techo. Lleva los dedos cargados de diamantes, y pulseras también de diamantes en las muñecas. Es hermosa. Nunca había visto a una mujer tan hermosa. Tiene los labios rojos. Unos labios que se vuelven más rojos en contraste con el blanco de los dientes que enseña cada vez que se ríe. Y se ríe muchas veces.

Miro fijamente a través de la ventana. Puede que sean capaces de reconocer a un hombre que lo está pasando mal. Puede que ese tipo esté dispuesto a soltarle unos cuantos centavos a un vagabundo hambriento. Están comiendo pollo. Un pollo como el de la ventana, gordo y dorado. Pero en realidad no comen, solo pican. Apenas

pican un poco porque ni siquiera tienen hambre. Pero yo estoy hambriento. Deberían darle ese pollo a un hombre que tenga hambre. Los veo cortarlo en pedazos diminutos y llevárselos a la boca con el tenedor. El hombre está sentado enfrente de mí. Un par de veces, levanta la vista hacia la ventana y nuestros ojos se encuentran. Me pregunto si es capaz de reconocer la mirada de un hombre que está en las últimas. Ese tipo no ha pasado hambre en su vida, de eso estoy seguro: siempre ha cortado el pollo en pedazos diminutos. Lo veo decirle algo a la mujer, que se gira y me mira a través de la ventana. Pero yo no la miro a ella, miro el pollo que hay en el plato. Que vean que estoy hambriento. Me quedaré aquí de pie hasta que salgan, puede que me den cincuenta centavos cuando se vayan.

Siento un manotazo en el hombro, un buen manotazo. Me vuelvo al instante.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Es un policía.

—¿Yo? Nada —le respondo—. Nada, mirando a un tipo comer pollo. ¿O es que está prohibido mirar a un tipo que está comiendo pollo?

—Conque vas de listillo, ¿eh? —me dice—. Muy bien, pues ahora verás qué hago yo con los listillos.

El policía me suelta una bofetada tan fuerte que caigo de espaldas contra el edificio. Tiene las manos a un lado, en la funda de la pistola. ¿Qué puedo hacer? Aguantar lo que me venga encima, no puedo hacer otra cosa. Me pegará un tiro si intento algo.

—Levanta las manos —me dice.

Levanto las manos.

—¿Y la pistola? —me pregunta.

—No tengo pistola —le contesto—. Nunca he tenido.

—Eso es lo que dicen todos —asegura.

Me palpa los bolsillos, pero no encuentra nada. Se ha formado un grupo de gente a nuestro alrededor. Quieren saber qué está pasando y observan al policía registrarme los bolsillos. Creen que soy un atracador. Un vagabundo hambriento se detiene para mirar a un tipo que se está comiendo un plato de pollo y todo el mundo piensa que se trata de un atracador. ¡Venga ya!

—Está bien —me dice—. Y ahora sal de mi vista si no quieres que te detenga. Si vuelvo a verte por aquí, te daré una paliza que no se te olvidará en la vida. Largo.

Me alejo por la calle a toda prisa. Es lo mejor que puedo hacer. Menudo malnacido, ese hijo de perra. Justo cuando estaba a punto de conseguirlo, va y me echa de allí. El tipo del restaurante era un tipo legal, un buen tipo. Se había dado cuenta de que lo estoy pasando mal y al salir se habría portado bien conmigo.

Paso por delante de una pequeña cafetería. Dentro no hay ningún cliente, solo un tipo sentado junto a la caja registradora. Es el sitio que ando buscando. Entro y me acerco a él. Está gordo y tiene papada: es evidente que no ha tenido que renunciar a muchas comidas en su vida.

—Señor —le digo—. Me ofrezco a lavar platos o a hacer cualquier otro trabajo a cambio de un poco de comida. Estoy hambriento. Maldita sea, haré lo que quiera.

Me mira con dureza. De ese tipo no va a salir nada bueno, me doy cuenta de inmediato.

—A ver —me dice—, ¿por qué diablos todos los vagabundos venís aquí? Eres el cuarto que ha entrado en la última media hora. Ni siquiera me llega para el alquiler. No tengo clientes desde hace una hora. ¿Por qué no vais a alguno de esos locales grandes donde el negocio funciona?

—¿No podría darme una taza de café? —le pregunto—. Me ayudaría a pasar el día. Ya me han echado de una veintena de sitios.

—No puedo darte nada. El café no es gratis —me contesta—. Vete a una de esas grandes cadenas y gorréales a ellos el café. Cuando tenéis dinero, ¿dónde vais a gastároslo? A esos establecimientos. Pues no, no puedo hacer nada por ti.

Salgo de la cafetería. Ni un café se ha dignado a darle a un hombre que está en las últimas. ¿Cómo puede haber gente así? ¡Será miserable! Si me lo encontrara en una calle oscura, yo sí le daría un café. Y un puñetazo en las napias que recordaría toda la vida. Sigo caminando. Cuando paso por delante de algún local sin clientes, entro. Pero me echan sin vacilar. «El negocio va mal —se excusan—. ¿Por qué no te metes en uno de esos locales grandes?» Se me revuelve el estómago, tengo ganas de vomitar. He de conseguir comida. Qué demonios. Voy a entrar en uno de esos restaurantes elegantes. ¡Orgullo! ¿Y a mí que me importa el orgullo? ¿Acaso le importo yo a alguien? No. A esos malnacidos les da igual si sigo vivo o me muero.

Paso por delante de un local, un local lujoso, todo blanco por dentro. Las mesas están ocupadas, la barra también. Todos comen y yo estoy hambriento. Esa gente paga una pasta por comer y ni siquiera tienen hambre. Cuando terminen, igual le dejan a la camarera una propina de cincuenta centavos. Esta noche va a hacer frío y con cincuenta centavos tendría para pagarme un lugar caliente donde dormir, un lugar donde no hiciese frío.

Entro en el local, avanzo hacia el centro de la barra y me dejo caer en un taburete. Los clientes, esos clientes que siempre pagan al contado, me miran boquiabiertos. Voy limpio, pero mi aspecto es desaliñado. Saben que no encajo en este lugar. Yo también sé que no encajo en este lugar, pero tengo hambre. Y los que tienen hambre encajan allí donde hay comida. Que sigan mirando.

Un camarero me tiende la carta. No se la cojo. ¿Para qué quiero yo la carta?

—Amigo —le digo—. Estoy hambriento y sin blanca. ¿No podría darme algo de comer?

El camarero sacude la cabeza. No, no puede darme nada.

—Estoy ocupado y el jefe no ha venido. Lo siento.

Noto que me estoy poniendo rojo. Todo el mundo me mira con sorpresa, todo el mundo estira el cuello para observarme mejor. Me levanto del taburete y camino

hacia la puerta. No consigo comer en ningún sitio. Al diablo con ellos. Ojalá pudiese echar mano de una pistola.

—Oye, amigo.

Doy media vuelta. Un tipo con un traje gris, sentado en el centro de la barra, me está haciendo gestos. Vuelvo atrás.

—¿Tienes hambre?

—Estoy muerto de hambre. Hace dos días que no pruebo bocado, es la pura verdad.

—¿Una mala racha? —me pregunta.

—La peor que se pueda imaginar —le contesto.

—Siéntate. Yo también he pasado malas rachas. Sé lo que es.

Me siento a su lado.

—¿Qué te apetece? —me pregunta.

—Pida usted —le respondo—. Lo que usted pida estará bien.

—Pide lo que te apetezca. Aprovecha para llenarte el estómago.

—Un bocadillo de jamón y un café —le digo al camarero de antes.

Ahora el muy malnacido es todo sonrisas. Sabe a quién le puede sacar unos cuantos centavos. Me apuesto algo a que es el dueño del local. Me ha dicho que el jefe no ha venido, pero me apuesto algo a que él es el jefe.

—Ponle un bistec con guarnición —dice el tipo del traje gris—. Este hombre tiene hambre.

Es un buen tipo. A pesar de que levanta la voz cuando pide el bistec para que todo el mundo sepa lo generoso que es, es un buen tipo. Cualquier tipo es un buen tipo cuando está a punto de invitarme a un bistec. Que presuma un poco. Se lo ha ganado. Estoy sentado en la barra de este local y tengo la sensación de estar soñando despierto. Qué mundo más extraño. Hace cinco minutos estaba al borde de la desesperación. Y aquí estoy ahora, en un local distinguido, esperando a que me sirvan un bistec. Que me sigan mirando. ¿Qué más me da? ¿Es que no han visto nunca a un hombre hambriento?

El camarero me planta el bistec delante. Demonios, en la vida había visto algo con tan buena pinta. Un bistec con guarnición como este le alegraría la vista a cualquiera. Ahí está: grande, carnoso, tostado. Con rodajas de tomate al lado, por todos lados. Empiezo a comer. No levanto los ojos del plato, pero sé que todos los clientes me están mirando. «Lléname el estómago y lárgate de aquí», me digo a mí mismo.

El tipo que está sentado tres asientos más lejos se levanta y pide la cuenta. Es un hombre pequeño que lleva gafas de concha. La cuenta asciende a treinta centavos. Lo he visto antes de que el camarero le diese la vuelta. ¿Por qué siempre tienen que darle la vuelta a la cuenta? ¿Acaso temen que a sus clientes se les revuelva el estómago cuando vean el precio? El hombre en cuestión saca un dólar del bolsillo y se acerca al encargado de la caja registradora. Me pregunto qué se siente al llevar un pavo en el

bolsillo de los tejanos. Con cincuenta centavos yo sería el rey del mambo. Con cincuenta centavos podría pasar la noche bajo techo y pagarme el desayuno por la mañana. Así es como se debe vivir. Si pagas lo que debes, puedes mirar a los ojos a los policías que te cruzas por la calle y decirles: «A vosotros, malnacidos, no os debo ni un centavo».

Cuando el encargado de la caja le devuelve al hombre el cambio, este se acerca y lo deja junto a mi plato.

—Ya tienes cama para esta noche —me dice.

Habla sin levantar la voz. No intenta presumir, a diferencia del tipo del traje gris. Y no es que crea que el tipo del traje gris no es un buen tipo. Todo lo contrario. Diablos, me ha pagado un bistec cuando ya no aguantaba más sin comer. No, es un buen tipo, aunque le guste presumir un poco. Levanto la vista para mirar al hombre del cambio y lo veo saliendo por la puerta. No le doy las gracias. Está demasiado lejos y, además, ¿qué podría decirle? No me lo creo. Treinta centavos, decía la cuenta. Treinta centavos que ha pagado con un dólar. Eso significa setenta centavos de cambio. Tengo setenta centavos. Es decir, un techo para pasar la noche, el desayuno de mañana y lo suficiente para comprar tabaco. Hoy no voy a buscar colillas por las alcantarillas, hoy me voy a comprar un paquete de cigarrillos. Recojo el cambio y me lo guardo en el bolsillo. Ese tipo me ha leído la mente. Aquí sentado estaba yo, imaginando lo que haría con cincuenta centavos, y va y me suelta setenta. Ese tipo era legal. Seguro que alguna vez ha tenido problemas, seguro que sabe lo que es pasar hambre. Me apresuro con la cena. Aquí dentro no soy más que un vagabundo hambriento. Pero ahí fuera, con setenta centavos en el bolsillo, soy igual que los demás. Si tuviese un millón de dólares y me encontrase con el tipo del cambio, le diría:

—¿Se acuerda de que una vez me dio setenta centavos? Estábamos en un restaurante, ¿no lo recuerda? Pues sí, una vez me dio setenta centavos en un restaurante. Yo estaba muerto de hambre, al borde de la desesperación, y usted me dio setenta centavos.

Entonces le ofrecería un fajo de billetes, un buen fajo, y me alejaría. Ese tipo no tendría que preocuparse nunca más por el dinero. Le daría más que suficiente para que viviese como un rey el resto de su vida.

Termino de comer y me levanto.

—Gracias, amigo —le digo al hombre del traje gris—. Le agradezco de verdad lo que ha hecho por mí. Estaba a punto de morirme de hambre.

—No hay de qué —me dice él—. Me alegro de haber podido ayudar a un hombre en apuros.

Levanta la voz para que le oigan desde el otro extremo de la barra, pero, aun así, es un buen tipo. Me ha pagado el bistec.

Salgo a la calle. Meto la mano en el bolsillo y hago tintinear las monedas. Qué bien me siento al hacerlo. Ni estoy sin blanca, ni estoy hambriento. Y me cuesta creer

que hace una hora lo estuviera. Esta noche no dormiré a la intemperie ni en un miserable albergue cristiano.

Avanzo por la calle y entro en un parque. Miro los bancos, sus patas de hierro y sus listones de madera.

—¡Ahí os pudráis! —exclamo—. No tengo nada que ver con vosotros, ni siquiera os conozco. Esta noche no pasaré frío ni me destrozaráis la espalda, esta noche me espera un techo y una cama como Dios manda.

Miro a los vagabundos que están tumbados en los bancos. Recupero la sensación del tintineo y recuerdo lo desesperado que me sentía la noche pasada.

Se está haciendo tarde y estoy cansado. Ya en el barrio chino me detengo delante de una pensión de mala muerte. No tiene marquesina para proteger de la lluvia a los huéspedes, ni tampoco portero con traje de comandante de la Guardia Imperial. Nada de eso es necesario, ya que todas las *suites* están en el tercer piso. Después de subir las desvencijadas escaleras, me falta el aliento. En el descansillo me encuentro a un tipo sentado en un taburete dentro de una especie de jaula de alambre.

—Quiero una cama de cincuenta centavos —le digo—. Que esté limpia.

El tipo está encorvado sobre un escritorio y la barriga le asoma por debajo de un jersey verde de aspecto sucio. Se frota las manos y al sonreír me enseña sus dientes amarillos. Luego me guiña uno de sus ojos hinchados.

—Por un poco más, solo un poquito más —me propone—, puedo ofrecerte una habitación, una buena habitación. El caso es que es demasiado grande para una persona y en ella te sentirás solo. Así que un poco de compañía no te importará, ¿verdad? Sobre todo si la acompañante es muy joven y muy guapa.

El tipo se lame los labios, que también tiene hinchados.

—Tenemos una chica, una chica nueva, que ha llegado esta misma noche. Mira, porque eres tú y porque todavía tiene que aprender, solo te costará un dólar más, ¿te parece bien?

Lo miro. Me recuerda a las ranas de ojos saltones y vientre hinchado que pescaba de niño. Si pudiera, le clavaría a ese tipo un anzuelo afilado en la barriga y lo contemplaría morir mientras patalea.

—Quiero una cama de cincuenta centavos, eso es todo —le digo—. No me apetece hacer de niñera de ninguna de tus vírgenes. Estoy sin blanca y, además, me caigo de sueño.

—Pero tienes que verla —insiste—. Es pequeñita, guapísima. Ahora la traigo. Seguro que cambias de opinión cuando la veas.

—No quiero verla —le digo.

—Es así de alta —continúa—. No más alta que esto. Una belleza. Voy a traerla. Tienes que ver lo guapa que es.

Se baja del taburete.

—Maldita sea. ¿Piensas darme esa cama o voy a tener que soltarte una patada en la barriga para que lo hagas? —me enfado.

—Pues lo dejamos para otro día —me dice—. Para cuando tengas más dinero. Ya verás que es guapísima.

El tipo avanza tambaleándose por un pasillo asqueroso. Lo sigo. Tiene las piernas hinchadas a causa de la hidropesía y lleva unas zapatillas andrajosas en las que los tobillos ya no le caben y le cuelgan por los lados. A medida que camina, me parece oír el gorgoteo del líquido que acumula en las piernas. Abre una puerta y me tiende la mano para que le pague.

—¿Cuántas camas tiene este dormitorio? —le pregunto.

—Cuarenta —me contesta—. Pero son cómodas y están limpias.

Entro en el dormitorio, que es grande y está repleto de camas. A mí no me parecen tan cómodas: no son más que camastros. Por su aspecto, diría que tienen piojos. De hecho, estoy seguro de que los tienen. Pero un vagabundo como yo ha de dormir en alguna parte, haya piojos o no. Casi todas las camas están ocupadas. Oigo los ronquidos de los hombres que ya están dormidos. Elijo una al otro extremo del dormitorio, una que no tiene colchón, solo dos mantas sucias que apestan. A saber cuántos desgraciados han dormido debajo de esas mantas.

Junto a la pared se ha reunido un grupo de cuatro o cinco vagabundos. Los observo. Sé muy bien qué van a hacer. Se pasan el día drogados y van a colocarse con gel combustible.

—Dame ese pañuelo —dice un tipo pelirrojo con la cara llena de granos enquistados—. Ningún desgraciado puede sacarle más jugo que yo a una de estas latas.

Un tipo pequeño, con el cuello de la camisa sucio, examina la lata.

—Serán malnacidos —se queja—. ¿Habéis visto? Cada vez hacen las latas más pequeñas. Esta lata es más pequeña que la de ayer. Malditos timadores. Esos malnacidos serían capaces de quitarnos el pan de la boca, os lo aseguro.

El tipo da saltitos mientras habla, le brillan los ojos enrojecidos y las gotas de sudor se le acumulan en la frente. ¿Cómo puede ponerse tan furioso por el tamaño de una lata? Aunque, en realidad, cualquier cosa puede ponerte furioso cuando llevas un año enganchado a eso.

El pelirrojo coge la lata y la vacía en el pañuelo, que está mugriento. Pero eso no les preocupa lo más mínimo. ¿Qué más les da un poco de suciedad a esos colgados? Muy pronto estarán colocados y entonces no les preocupará nada. Muy pronto se les habrán acabado todos los problemas. Esa lata se encargará de ello. Estrujan el pañuelo y dejan que el gel gotee dentro de un vaso. Luego le añaden agua. El olor de ese potingue le revolvería el estómago a cualquiera, pero no a ellos. Ellos van a bebérselo. Se turnan para echar un trago, se dan codazos para alcanzar antes el vaso. Y cuando se lo terminan, exprimen un poco más y siguen bebiendo, aunque al tragar se les corte la respiración y les den arcadas. Muy pronto se pimplan toda la lata. Y poco después se ponen a cantar. Entiendo que se coloquen con ese veneno. No pueden pasarse el día pensando. Si lo hicieran, no tardarían en volverse locos.

Cuando estás en la calle lo más probable es que acabes en un manicomio. Así que esos tipos se preparan su potingue y luego se lo beben.

El vagabundo de la cama de al lado mira con desprecio al grupo de drogados.

—¿Sabes qué pienso de los tipos que se beben eso? —me dice—. Solo la peor chusma es capaz de tragarse esa porquería.

Entonces saca una botella de debajo de la almohada. Es una loción para el cabello. Según las instrucciones de la etiqueta, hace crecer pelo nuevo e impide que el viejo siga cayendo. Pero ese vagabundo no necesita ninguna loción para evitar la caída del cabello porque hace un año que no se corta el pelo.

—No hay nada como esto —añade—. Llevo un año bebiéndolo y al día siguiente ni siquiera me duele cabeza.

El vagabundo se lleva la botella a la boca y no la suelta hasta que no queda ni gota.

—Esto sí que es bueno —insiste—. No tiene ni punto de comparación con ese veneno.

No entiendo cómo puede ser tan bueno si no paran de darle arcadas mientras se lo traga. Pero eso es asunto suyo. Si lleva un año bebiéndose ese mejunje, ya debería saber si es bueno o no. En un momento ese tipo va a estar durmiendo. Lo veo tumbarse en la cama y dormirse con los ojos completamente abiertos. Por Dios, me pone de los nervios verlo así, con los ojos tan abiertos. Parece que esté muerto. Pero no he visto nunca a un muerto con la cara bañada en sudor. A pesar de que en este dormitorio hace bastante frío, tiene la cara cubierta de sudor. Debe de ser la loción, que tiene que salirle por algún sitio. Si lleva un año bebiéndose eso, seguro que tiene el cuerpo lleno. Me apuesto algo a que sus tripas están cubiertas de pelo. Sería un buen modo de comprobar si esa loción es un timo o no. Bastaría con abrirle la barriga el día que la palme por culpa de la loción. Si no tiene las tripas cubiertas de pelo, esa loción es un timo.

Lo observo. No puedo apartar la mirada de él. Tiene espasmos en las piernas, tiembla y se estremece. Le está dando un ataque. Por poco se cae de la cama. Y sigue con los ojos abiertos de par en par y chorreando sudor. Pero él no se entera de nada. Está totalmente dormido. Si ese mejunje es el bueno, yo prefiero beberme el malo. Ni siquiera me lo echaría en el pelo, no fuese a filtrarseme hasta las tripas y provocarme los mismos espasmos.

El resto de vagabundos no le presta atención. Han visto a demasiados desgraciados enganchados a esa loción. Pero yo no. Y me pone de los nervios. Si ese tipo va a pasarse toda la noche así, tendré que salir a la calle. Y hace un frío de muerte para pasar la noche en la calle. Pero prefiero la calle a tener que contemplar a ese tipo dando saltos con los ojos completamente abiertos mientras duerme.

Me tapo la cabeza con una manta sucia y trato de no pensar en él.

## Capítulo 2

Llueve. Lloverá toda la noche. Pero no puedo quedarme aquí, bajo la lluvia, toda la noche. Estoy tiritando. Desde este portal observo a una rubia oxigenada, con un sombrero rojo, que se apresura por la calle. Avanza saltando de toldo en toldo sin perder de vista los coches que se abren camino a través del agua de la calle. Va buscando clientes y está completamente empapada. El viento le da de cara, parece que la atravesase, y le pega el vestido a las piernas. Con un rápido movimiento, se cuela en el portal donde me encuentro.

—¿Crees que parará, encanto? —me pregunta.

—Si no para esta noche, lo hará mañana —le contesto—. Con la lluvia nunca se sabe.

—¿Tienes otro cigarrillo? —me dice—. Me muero de ganas de fumarme uno, cariño.

Le doy un cigarrillo y ella saca una polvera y se mira la cara.

—¡Dios mío! —exclama—. Mírame. ¿Cómo va a estar una presentable con un tiempo como este?

—¿De qué te quejas? —le digo—. Estás viva, ¿verdad? Y no llueve. Solo parece que llueve. Mañana saldrá un sol maravilloso.

Al pasarse un pañuelo por la cara, se le forma una línea que se extiende desde los ojos hasta la barbilla. El agua recorre esa línea y le cae por la barbilla en forma de gotas rosadas. Entonces se quita el sombrero, que le deja una mancha roja en la frente.

—Mañana saldrá un sol maravilloso —repite— y los pájaros harán pío pío. Seguro que pasaste la noche en uno de esos albergues cristianos. Lo sé por tu manera de hablar. ¿Te has fijado en este maldito sombrero? ¿Te has fijado en él? Está aplastado. Ese judío asqueroso me dijo que no desteñiría. Y míralo ahora. Debería llevárselo de vuelta y decirle que se lo meta donde le quepa.

Con una mano estruja el sombrero para escurrirlo y a sus pies se forma un charquito de agua roja.

—Te he visto una o dos veces en el bar de Grumpy —le digo—. Suelo comer allí cuando las cosas me van bien.

—Encantada de conocerte oficialmente —me dice—. Puedes llamarme Myrtle. Yo solo como en el bar de Grumpy para cambiar de aires. Casi siempre estoy en la zona alta porque allí es por donde se mueve la gente con clase.

—Yo me llamo Tom —me presento—. Y estoy esperando un giro postal, por cierto.

La chica se limpia la cara con el pañuelo y se da una nueva mano de pintura.

—Mi pelo no es rubio natural —me anuncia—. Me lo tinto.

—¿En serio? —digo yo—. Nadie lo diría.

—Pues sí —afirma—. Me lo tinto. Y el maldito tinte me ha costado el trabajo. «Con seis rubias tenemos suficiente en la casa —me dijo la *madame*—. O te tintas de negro o te largas.» «Ni en sueños, me tinto yo el pelo negro», le dije. «Ahora que me he gastado cinco pavos en el tinte, ¿quieres que me gaste cinco más en arruinarlo? ¡Ni borracha!», le dije.

—¿Y te echó a la calle?

—Directa a la calle. Primero tiró mi ropa y luego me tiró a mí, la muy zorra.

—¿Y cómo te va? —le pregunto—. ¿Es muy duro hacer la calle?

—¿Que si es duro? Pues mira, no he visto a nadie que valga la pena en todo el día. Me estoy poniendo nerviosa de ir saltando de portal en portal todo el rato.

Justo entonces fija la mirada en la acera de enfrente. Allí, de pie en un portal, hay un hombre. Es joven y su aspecto es elegante. Lleva polainas grises en los zapatos y guantes blancos de cabritilla en las manos.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —me pregunta Myrtle.

—¿Te ha hecho alguna señal? —le pregunto yo.

—Ahora verás cómo me lo trabajo —responde—. Es el primer tipo interesante que veo en todo el día. Pero te voy a dejar que le saques algo antes de engatusarlo.

—Gracias —le digo—. Hasta que me llegue el giro, unos cuantos centavos no me vendrán mal.

—Observa mi técnica —añade ella.

Miro con atención al tipo de enfrente. Está mordiendo el anzuelo, no hay duda. En eso deja de mirar a la chica para mirarme a mí. No sabe qué pinto aquí. Entonces se decide, cruza la calle y se detiene debajo del toldo que nos cubre. Silba una melodía imperceptible y lleva el ritmo con los dedos, tamborileando sobre una ventana. Esta es mi oportunidad para conseguir una cama.

—Amigo —le digo—. ¿No podría darme unos cuantos centavos para pagarme una cama? Estoy pasando una mala racha y no tengo donde dormir.

El tipo me mira y sonrío. Estoy convencido de que es un buen tipo.

—Oye —me contesta—, ¿sabes qué haría yo si estuviese pasando una mala racha y no tuviese dónde meterme para escapar de la lluvia?

—No —le digo—. ¿Qué haría?

—Encontrar trabajo y ponerme a trabajar —responde.

Acto seguido me da la espalda y se acerca a la chica.

—Hola, preciosa.

—Hola, guapo.

Será malnacido. Y yo que pensaba que ese condenado era un tipo legal. ¿Trabajar? ¿Eso es lo que haría él? ¿Acaso se cree que iba a quedarme aquí de pie, empapado y muerto de frío, si hubiera trabajo? Pero es que no hay trabajo. Se ríen de ti cuando pides trabajo. Lanzo una mirada a ese listillo y empiezo a andar por la calle en dirección al barrio chino. Allí, debajo de otro toldo, me detengo. Veo que no soy el único que tiene que hacer frente a la lluvia y al frío. El viejo Bacon Butts se acerca cojeando y se para a mi lado. Lo conozco del albergue cristiano. Cuando no anda colocado con loción de afeitar, habla de poner bombas en los bancos.

—Vaya, vaya, escoria de la sociedad —me dice—. ¿Dónde vas a dormir esta noche?

—En la calle —le contesto—. No tengo ni un miserable centavo.

—No me digas —se carcajea.

Los ojos, enrojecidos, le brillan. Va colocado hasta las cejas.

—Bienaventurados los humildes, porque serán recibidos en el Hotel Internacional.

Bacon Butts y yo echamos a andar bajo la lluvia. Las gotas, que le caen con fuerza sobre el pelo enmarañado y se deslizan por su barba, resplandecen como diamantes cuando la luz de las farolas le ilumina la cara. Casi se me escapa una sonrisa al imaginarme la barba del viejo Bacon Butts repleta de diamantes. Seguro que los cogía y los cambiaba por loción de afeitar.

Seguimos andando.

«Por mí, como si no deja de llover —me digo—. La lluvia no puede hacerme daño. Estoy calado hasta los huesos, no puedo mojarme más. La lluvia no puede hacerme daño.»

—Soy un hombre mayor —se lamenta Bacon Butts—, pero mayor de verdad. Y aquí estoy, buscando un agujero donde pasar la noche.

—Ya, esto es un infierno —asiento.

No puedo compadecerme del viejo Bacon Butts. Yo también tengo que encontrar un agujero donde pasar la noche. Y además, está colocado.

—En mis tiempos trabajé duro —continúa—. Trabajé como una mula y me dejé la salud trabajando. Y ahora no tengo ni un lugar decente donde dormir.

Su voz de anciano se quiebra y sus ojos, hinchados, se llenan de lágrimas.

—Sí —le digo—. La vida es dura. Vaya si lo es. Muy dura. Y en este mundo no hay justicia, en este mundo los hombres no reciben un trato justo.

El viejo Bacon Butts le da otro trago a la botella y esconde la cabeza en el cuello del abrigo. Oigo sus sollozos, entrecortados y breves.

Giramos a la izquierda y entramos en un callejón. A medio camino nos colamos por la puerta de un edificio vacío, subimos las escaleras con sigilo y vamos a parar a una habitación donde hay otros vagabundos. Los oímos roncar y encendemos cerillas para no pisarlos. En un rincón descubrimos un montón de sacos de arpillera. Están

secos. Qué más pueden pedir para pasar la noche un par de ratas empapadas como nosotros.

Me preparo una cama en el suelo, me quito la ropa mojada y me meto desnudo entre los sacos. Dios, qué bien que estoy aquí tumbado. Fuera hace frío. Oigo el ruido de la lluvia, que golpea con fuerza el tejado de hojalata. Fuera llueve y hace frío. Pero aquí no, aquí estoy caliente y seco.

—¡A hacer puñetas! —exclamo—. Que llueva todo lo que quiera. Aquí no hace frío.

Qué bien se siente uno cuando está caliente y seco. Hoy me comí un buen estofado de ternera y tengo el estómago lleno. ¿De qué me he de preocupar? De nada. No me he de preocupar de nada hasta mañana. Me tapo con los sacos hasta la barbilla y pienso en los pobres desgraciados, calados y muertos de frío, que están ahí fuera, bajo la lluvia, mientras yo estoy aquí dentro, caliente y seco. Me empiezan a pesar los párpados y me duermo.

No sé cuánto tiempo estoy dormido. Me despierto sobresaltado, rodeado de luces que centellean por todos lados. Diría que hay miles de luces que lanzan destellos a través de la oscuridad. Oigo el chillido de una rata que corretea por el suelo. ¿Qué demonios pasa? Aunque estoy medio dormido, sé que algo va mal. El corazón me late con fuerza y se me corta la respiración. Tengo miedo. Oigo el golpe sordo de unos pasos pesados. Oigo a los demás vagabundos, que corren de un lado a otro y gritan con todas sus fuerzas. Alguien me enfoca con una luz en los ojos. No veo nada.

—Sal de ahí —me dice una voz—. Sal de ahí si no quieres que te muela a palos.

Ya sé lo que pasa. Ha llegado la pasma. Maldita sea, ¿es que no nos van a dejar nunca tranquilos? Ni dormir, puede uno. Ni arrastrarse hasta un cuchitril abandonado sin que aparezca la pasma. Un policía me agarra por el cuello y me obliga a levantarme de un tirón. Me inclino para recoger mi ropa en un revoltijo. Seguramente piensa que me inclino para coger un palo o una pistola porque siento su puño al estrellarse contra mi boca, siento la sangre que empieza a brotarme de los labios. Me visto mientras nos sacan a empujones. Fuera hay un montón de policías que vigila a un montón de vagabundos de ojos enrojecidos y aspecto somnoliento.

—¿Te queda fuerza en los brazos? —me pregunta otro policía.

—Me debería quedar —le contesto—. Trabajé duro en otros tiempos.

—Más te vale, desgraciado —me dice—. Porque os esperan trabajos forzados.

—¿Dónde? —pregunta uno de los vagabundos.

—Están cavando una zanja de más de seis kilómetros y necesitan gente —dice el policía.

—Mañana tendréis donde dormir, malnacidos —añade otro con tono alegre.

Me entran ganas de agarrar a ese condenado policía por el cuello y apretárselo hasta que la lengua se le quede colgando. Él tiene donde dormir, ¿verdad?, pues que nos deje en paz. Pero no abro la boca. Me soltará un buen porrazo si lo hago. Sé cómo las gastan. Me protejo tanto como puedo con el cuello del abrigo, aunque no

sirve de nada. Llueve a mares y la ropa se me cala. Ahí dentro estaba caliente y seco. Aquí fuera estoy empapado y me siento abatido.

En la calle resuena el pitido de una sirena. Es el furgón policial, que viene a recogerlos. Se detiene junto a la acera y abren la puerta.

—¿Y este taxi? —pregunta un vagabundo que tiene una pierna de madera—. Yo no he pedido ningún taxi.

—Venga, todos dentro. Rapidito —ordena un policía.

Entramos. Tengo suerte y consigo sentarme. Nos apiñan como si fuéramos animales. Para ellos somos animales. Algún día pagarán por esto, maldita sea. Durante diez minutos hacemos esfuerzos por respirar. Vamos apretados como sardinas.

—Os voy a poner una bomba —grita el viejo Bacon Butts.

Está tirado en el suelo y dos tipos lo utilizan como asiento.

—Os voy a poner una bomba, malnacidos. Os voy a meter un cartucho de dinamita por el culo. Uno a cada uno. Como me encuentre a alguno de vosotros en un vagón de mercancías con un cuchillo afilado, vais a saber lo que es bueno. «Conque me vas a meter en un condenado furgón, ¿eh, malnacido? Pues ahora verás.» Sí, hatajo de cobardes, un vagón de mercancías y un cuchillo afilado, y os saco las tripas con mis propias manos.

Uno de los vagabundos coge su sombrero y se lo mete a Bacon Butts en la boca. Los policías no van a permitir que un desgraciado hable así, esté o no colocado.

El furgón se detiene delante de la cárcel del distrito. Salimos en tropel y nos apresuramos a entrar en el edificio para no mojarnos. A la entrada nos esperan más policías, que se ponen a registrarnos.

—¿Llevas pistola? —le pregunta con sequedad un policía a un tipo con cicatrices en la cara.

—¿Y para qué demonios quiero yo una pistola? Me quedé sin trabajo y no consigo encontrar otro —le contesta.

—Maldito mentiroso. Tú lo que eres es un miserable pordiosero que no trabajaría aunque encontrase trabajo.

—Sí, claro —replica el de las cicatrices—. Lo que tú digas.

—Como vuelvas a abrir el pico, te doy de palos. Siguiendo.

Yo soy el siguiente. Me acerco al policía. Abro los brazos en cruz. Sé cómo funciona. Me han cacheado más veces de las que podría contar con los dedos de los pies y las manos.

—¿Conque un veterano, eh? —me dice—. ¿Cuántas veces has estado aquí?

—Ninguna —le contesto.

—¿Llevas pistola?

—No, señor.

Será imbécil. ¿Acaso cree que se lo diría, si llevase una pistola? Me registra los bolsillos.

—¿Navaja de afeitar?

—No, maquinilla de afeitar.

—Para el caso es lo mismo, ¿no crees? Límitate a contestar y deja de hacerte el listo.

—Sí, señor —asiento.

Menudo desgraciado.

—¿Dinero?

—Una moneda de diez centavos.

—Condenados vagabundos. Nunca lleváis dinero, ni nunca lo tendréis. Sois unos inútiles, un puñado de inútiles. ¡Siguiente!

Avanzo hacia el tipo del escritorio.

—¿Qué nombre diste la última vez? —me pregunta.

—Ninguno —le contesto—. No ha habido última vez.

—Muy bien, Jesse James. ¿Qué nombre quieres en esta ocasión?

—Thomas Kromer —le digo.

¿Acaso se cree este maldito listillo que voy a inventarme un nombre? Como si me importara que alguien se entere de que estoy en esta cárcel miserable. Estos tacaños hijos de perra no me darían ni un vaso de agua aunque tuviese la lengua colgando.

—Soy de Huntington, Virginia Occidental —le digo.

Sé todas las preguntas y quiero acabar de una vez. Tengo sueño. ¿Es que no nos van a dejar ni dormir?

—Maldita sea. ¿Quién te ha preguntado de dónde eres? —me increpa—. De donde os podáis llenar la barriga de bazofia, de ahí es de donde sois.

—Perdón —me disculpo.

—¿Profesión? —me pregunta—. Lo primero que se te ocurra: cantautor, cura, lo que sea.

—Mecánico —le contesto.

—¿Edad?

—Veintiséis.

¿Acabará este malnacido de hacerme preguntas algún día?

—Pues serás seis meses más viejo cuando salgas de aquí. Siguiente.

Un policía me empuja hacia el interior de una sala grande, rodeada de celdas. El hedor a retrete atascado le revolvería el estómago a cualquiera. El carcelero abre una puerta y me lanza dentro de uno de esos agujeros. Luego la cierra y se va a por otro desgraciado. Miro a mi alrededor. Hay dos camastros en la pared, uno encima del otro, ambos ocupados por dos borrachos despatarrados que han dejado el suelo lleno de vómitos. Me pregunto dónde demonios se supone que tengo que dormir. Son las dos de la mañana. ¿Acaso piensan que voy a pasarme la noche entera de pie? Si es así, están chiflados. Serán malnacidos. ¿Qué les importa a ellos que tenga que pasarme toda la noche de pie? Me pongo a golpear la puerta de acero con las manos. La tengo que aporrear un buen rato para que alguien se acerque.

—¿Qué pasa?

Es el carcelero.

—¿Dónde se supone que tengo que dormir aquí dentro? Hay un borracho en cada cama y el suelo parece una cloaca.

—Pues haz el pino, princesita —me suelta—, o tumbate encima de tu camisón rosa.

—Hace dos días que no pego ojo. Tengo que dormir un poco —insisto.

—¿Y a mí qué me importa si duermes o no? —se enfada—. Como vuelvas a golpear esa puerta, entraré ahí dentro y te arreglaré las cuentas.

Se aleja.

Un perdonavidas jovencito, con un poco de pelusa en vez de barba, asoma la nariz entre los barrotes de la celda de enfrente.

—¿Por qué te han trincado? —me pregunta.

—Por mendicidad —le contesto—. Me he metido en un edificio abandonado para no tener que pasar la noche bajo la lluvia y me han detenido por vagabundo.

—¡Por mendicidad! —se burla—. Maldita sea, menudo pardillo. ¿Sabes por qué me han trincado a mí?

—No, ¿por qué? —le pregunto.

—Por un atraco. Por eso estoy aquí —insiste—, por un atraco.

Es un fanfarrón. Pues no le queda por aprender ni nada. Está pagado de sí mismo porque lo han pillado en un atraco. Dejo que siga alardeando a través de los barrotes sin prestarle ninguna atención.

El tipo de la celda de al lado también se asoma.

—¿Te gusta tu *suite*, encanto? —me grita.

Tiene la voz chillona. Desde donde estoy advierto que se depila las cejas. No puede negar que es marica.

—Sí, no tengo queja —le contesto.

—Los muy cerdos —me dice—, los muy cerdos entraron en casa y me fastidieron el plan. Maldita sea, ¿es que una chica no puede tener una simple cita sin que la policía se le meta en casa?

El hombre que está tumbado en la cama se levanta y de un empujón aparta de los barrotes al marica. Es un matón y no quiere que ese mariposón hable conmigo. Está celoso.

—¡Diablos, Florence, siéntate ya, a ver si pudo dormir un poco! —exclama.

Me pongo a caminar de un lado al otro de la celda. Voy y vuelvo, voy y vuelvo durante horas, hasta que no puedo soportarlo más. Entonces me siento en un rincón y hundo la cabeza entre las manos. Estoy agotado. En un instante caigo en un sueño profundo y no me despierto hasta el día siguiente.

—Agua —gime el borracho del camastro de arriba—. Por el amor de Dios, ¿alguien puede darme agua?

Nadie le presta atención. El borracho de la cama de abajo se levanta y yo me acerco poco a poco hacia su cama. Necesito dormir. Pero lo veo cerrar los puños y avanzar hacia mí. Aunque podría matarlo, decido volver a mi rincón. No vale la pena buscarse problemas con un borracho.

—Desgraciado —me dice—. Eres un desgraciado, un pordiosero asqueroso. Sois todos unos pordioseros. Esos malnacidos no me van a tener mucho tiempo aquí. Tengo dinero. Se lo enseñaré y ya verás cómo me sacan de aquí. Con que pensaban quedarse con mi dinero, ¿eh? —Se inclina hacia mí—. Soy demasiado listo para esos polis. Lo llevo casi todo en este zapato.

El borracho se quita el zapato, mete la mano hasta la puntera y saca un fajo de billetes.

—Se creen más listos que yo, ¿verdad? Puede que esté borracho, pero no tengo ni un pelo de tonto.

Agita el fajo de billetes en el aire y veo caer uno de ellos al suelo. Lo piso. Por el simple hecho de pisarlo considero que ese billete es mío. El borracho se arrastra de nuevo hasta su cama y se duerme. Entonces meto el billete de cinco pavos en la puntera de mi zapato y vuelvo a sentarme en mi rincón.

Espero a que nos traigan el desayuno. Seré iluso. Me paso dos horas acucillado en este rincón hasta que el carcelero abre la puerta.

—¿Dónde está mi desayuno? —le pregunto.

—¡Al diablo con el desayuno! —exclama—. No hay desayuno. Os vais al juzgado, pandilla de desgraciados.

Nos cargan en el furgón y nos llevan al juzgado. Nos dejan en la puerta trasera y nos reparten un bocadillo de jamón. Nos lo comemos, desfilamos hacia la sala y entramos en la celda reservada para los acusados. Como somos treinta y un vagabundos, tendrán que celebrarse dos juicios: la celda no es bastante grande para que quepamos todos. Esto se está convirtiendo en una broma pesada. ¿Es que no se han enterado de que los vagabundos también dormimos?

Un tipo calvo que lleva una pajarita negra empieza a leer un papel. Nos está diciendo de qué se nos acusa. Murmura algo sobre falta de recursos, sobre vagos y maleantes. Lo que ese tipo quiere decir es que estábamos durmiendo en un edificio abandonado para no mojarnos. Pero no lo dice. Dice que no tenemos recursos. ¿Acaso estaría durmiendo en ese edificio asqueroso si tuviese algo de dinero? No entendemos lo que ese tipo murmura. Aunque tampoco lo escuchamos con mucha atención. Tenemos demasiado sueño. Cuando deja de leer, el juez levanta la mirada. Su expresión es severa. Pero severo o no, ¿qué puede hacernos por haber estado durmiendo? Al fin y al cabo, tenemos que dormir.

—¿Algo que alegar? —le pregunta al primer vagabundo.

—No tengo trabajo. Como anoche se puso a llover y no tenía donde dormir...

—Siguiendo.

—He estado enfermo y tenía miedo de acabar empapado, así que...

—Siguiente.

—No tengo trabajo y...

—Siguiente.

Ninguno de estos desgraciados tiene la oportunidad de hablar. Apenas abren la boca, el juez llama al siguiente. Los va a condenar porque sí, lo tienen todo perdido. Yo soy de los últimos y me decido a hacer algo para impresionarlo. Después de todo, tengo estudios. A ver... sí, me declararé culpable con atenuantes. Eso suena bien. Ese juez tiene que darse cuenta de que no soy un vagabundo cualquiera.

—Señoría —le diré con mucha educación—, me declaro culpable con atenuantes.

El resto de acusados aguzará el oído cuando oigan lo que he dicho. Ellos no sabrán qué quiere decir *atenuantes*, pero el juez sí.

—Explíqueme los atenuantes —me pedirá.

—Señoría, como usted muy bien sabe, el país se enfrenta a una crisis mundial de desempleo. Para que un hombre civilizado pueda considerarse como tal, debe satisfacer tres necesidades básicas, incluso primitivas: comer, vestirse y resguardarse en algún sitio. Dadas las circunstancias, nos vemos obligados a elegir entre la delincuencia y la mendicidad. Es inevitable, señoría, no tenemos más opciones. Y así, antes de rebajarnos a robar, nos vemos abocados a mendigar las migajas que nos alimentan. Pero tenemos que dormir, señoría, tenemos que dormir en algún sitio. Cuando hace buen tiempo dormimos en los parques. Pero ayer llovió y en el parque nos habríamos calado. Entonces nos metimos en un edificio abandonado. No entramos a la fuerza, puesto que el edificio estaba vacío. No podíamos hacer nada más. Teníamos que dormir y no se puede dormir bajo la lluvia.

Con eso el juez se podrá hacer una idea aproximada de la situación. El problema de todos estos desgraciados es que no tienen agallas para decir lo que piensan. El juez los tiene aterrorizados. ¡Qué demonios! Para mí este juez no es mejor que ninguno de nosotros. Defenderé mis derechos. Me declararé culpable con atenuantes. Seguro que prestará atención cuando oiga a un desgraciado como yo declarándose culpable con atenuantes.

A medida que se acerca mi turno, repaso mentalmente el discurso que le voy a soltar. Seré educado, pero le demostraré a ese tipo que valgo tanto como el que más. Ya me toca.

—¿Algo que alegar? —me pregunta.

—Señoría —le digo—, me declaro culpable con...

—Eso es todo lo que quería saber. Siguiente.

No me ha dejado hablar. Pero no pienso permitirlo, no tengo por qué permitirlo. ¿Cómo puede haber gente así? Dicen que estamos en un país libre y ese tipo no me deja ni abrir la boca. Puede que se la jueguen a algunos de estos desgraciados sin estudios, pero a mí no me la van a jugar. Yo he tenido una buena educación, y buenos trabajos en otros tiempos. Entonces tenía derechos y ahora también los tengo. Me levanto. Todo el mundo me mira. El juez se pone colorado y me grita que me siente,

pero no lo hago. Los policías también me gritan que me siento. Todo el mundo levanta la cabeza para ver qué ocurre. Una mujer gorda y corpulenta, con un vestido rojo y la cara picada, se levanta de su asiento y agita las manos en el aire.

—Dale a ese juez un puñetazo en las narices —me grita—. Y atiza a esos polizontes.

Un policía la obliga a sentarse de un empujón y otro saca una porra y avanza hacia mí. ¿Qué demonios voy a hacer contra un policía que lleva una porra? Me dará una buena tunda y los demás policías vendrán en su ayuda. Los desgraciados como yo lo tenemos todo perdido y ellos lo saben. Me siento.

El juez se levanta. Está furioso y tiene el rostro encendido.

—Sesenta días o cien dólares. Lleváoslos.

## Capítulo 3

Me siento a la mesa de un albergue cristiano y me plantan un plato de estofado delante. Tiene un aspecto horrible y huele fatal. El hedor a podrido inunda la sala. ¿Qué le voy a hacer? ¿Acaso puedo hacer algo? Estoy hambriento. Y para un hombre hambriento, la comida es comida, esté podrida o no: tengo que comer. Me acerco la cuchara a la boca y me entran ganas de vomitar. Por muy hambriento que esté, soy incapaz de tragarme esta bazofia. Ni los cerdos se la comerían. Aparto el plato y cojo el pan, que está duro y rancio pero al menos se puede comer. ¿Quién soy yo para decir que está en mal estado? Tengo que comer algo. El vagabundo que está a mi lado se inclina un poco más sobre su plato y empieza a engullir el estofado. Tiene más hambre que yo.

—Oye, ¿no piensas comerte ese estofado? —me pregunta.

—No, no puedo tragármelo.

—¿Me lo das?

—Es todo tuyo —le digo.

El vagabundo alarga el brazo, coge mi plato y se llena la cuchara. Hace mucho ruido al sorber, pero no me importa. Si quiere sorber esa porquería, ¿quién soy yo para sentir náuseas? En otros tiempos, si un tipo sentado a mi lado se hubiese puesto a hacer un ruido parecido, le habría soltado un puñetazo en toda la boca. Pero eso era antes de que me quedase en la calle. Por entonces llevaba zapatos con polainas. ¡Qué más quisiera yo ahora que llevar unas polainas! Si tengo las suelas de los zapatos tan desgastadas que con pisar una moneda me basta para saber si es cara o cruz.

El vagabundo que está a mi lado se atraganta al zamparse otra cucharada. Lo veo meterse los dedos en la garganta y sacarse un botón amarillo de abrigo. ¿Qué demonios hace ese botón amarillo en el estofado? ¿Acaso se les han acabado las zanahorias podridas? ¿Es que todavía no se han enterado de que un estofado decente no se puede cocinar con botones de abrigo? El tipo sostiene el botón amarillo en el aire.

—Eh, mirad —grita al resto de vagabundos—. Mirad lo que he encontrado. ¿A alguien le hace falta un botón para su abrigo?

—A ver si encuentras uno de color gris —le contestan desde el otro extremo de la mesa—. Mi abrigo es gris, y a un abrigo gris no puedo ponerle un botón amarillo.

—Hoy es el día del botón amarillo —insiste el primero—. Si quieres otro botón, tendrás que esperar al día que nos pongan bufet libre. ¿O es que crees que vas a poder

elegir todos los días del año?

Otro vagabundo se pone a remover su estofado.

—Espera, que voy a buscarte una aguja y un poco de hilo. Vas a necesitarlos.

Varios vagabundos se ponen a hacer lo mismo y fingen buscar en su plato agujas e hilo. Pero no todos. A cuatro o cinco hombres les dan arcadas y se levantan. El botón amarillo les ha revuelto el estómago a pesar del hambre que arrastran. No tardarán en superarlo. A mí también me pasaba en la época en que llevaba polainas.

El empleado que está a cargo de la cocina del albergue se acerca por el pasillo.

—¿Qué mosca os ha picado, desgraciados? —nos grita—. Si seguís armando jaleo, os voy a echar a la calle.

—¿Es que no podemos pescar? —se queja un viejo que lleva un montón de insignias.

—¿Qué diablos queréis pescar? —le pregunta el encargado.

—Yo quiero pescar un reloj de cadena —responde otro vagabundo—. ¿Cómo voy a saber a qué hora nos dais de comer sin un reloj de cadena?

—Ese estofado está en buen estado —afirma el encargado de la cocina—. Yo mismo he visto cómo lo preparaban.

—Pues yo no creo que lo esté tanto —interviene el viejo de las insignias—. No consigo pescar un abrigo y fuera hace mucho frío. Me vendría de perlas pescar un abrigo.

El viejo remueve el estofado y el resto de hombres se echa a reír. El encargado pierde los estribos.

—¿De qué demonios estás hablando? —se enfada—. Sal de aquí si no quieres que llame a la policía.

El viejo sonrío y se marcha. No le importa perderse la cena: se puede cenar mejor en una cloaca.

Doy un sorbo al café. El líquido de aspecto sucio de este vaso de hojalata es café. Pero no es de cafetera francesa, ni sabe a café. A lo que sabe es a salitre. Y el sabor a salitre lo vuelve asqueroso. Lo dejan reposar con salitre para ayudarte a ser un buen cristiano. Todo un detalle por su parte.

Me lo acabo y me dirijo a la capilla. En este albergue no te dan cama si no escuchas el sermón. Siete noches a la semana tengo que tragarme un sermón; un sermón largo, un sermón de tres horas. La capilla es una sala grande y está llena de vagabundos que solo quieren que les den una cama. De las paredes cuelgan cuadros religiosos de colores llamativos. Aquí dentro hace calor. En el parque hace frío y hay mucha humedad, pero aquí hace calor.

Esta noche el sermón lo pronuncia una mujer. Está en el púlpito. La veo agitar los brazos y dar saltos: va a por todas. Su voz es como una lima que te va raspando los nervios. Está completamente entregada y tiene la cara bañada en sudor. Se la ve tan entusiasmada porque está hablando de su tema preferido, porque está predicando la

purificación con la sangre del Cordero. Siempre predicán la purificación con la sangre del Cordero y estoy hasta las narices de oírlo.

Por cierto, la chica que hay a la izquierda del coro no está nada mal. Se la ve guapa, ahí sentada, con su vestido rosa y esas violetas prendidas a la cintura. Maldita sea, es demasiado guapa para estar perdiendo el tiempo en un sitio como este. Aunque seguro que está tan chiflada como los demás. Si no, no estaría aquí tratando de conseguir que un puñado de desgraciados se purifique con la sangre del Cordero.

La mujer del púlpito ha estado amonestando a los hombres todo el rato y ahora se está preparando para engatusarlos con el discursito de siempre.

—Vuestro error, hermanos, es que os habéis alejado del bendito poder salvador de Jesucristo —afirma—. Tenéis que purificaros con la sangre del Cordero, puesto que solo Cristo puede purificaros. Si esta noche dais un paso al frente y ofrecéis vuestro corazón a Cristo, alcanzaréis todo lo que deseáis. Estaréis en paz. Vuestra alma descansará en paz y os convertiréis en hombres nuevos. Cristo puede daros lo que deseáis. ¿Deseáis trabajar? Cristo os dará trabajo. Pedid y se os dará. ¿Cuántos de vosotros estáis dispuestos a acercaros esta noche al altar para ofrecer vuestro corazón a Cristo? Levantad la mano.

Nadie levanta la mano. Somos gatos viejos y ya sabemos de qué va todo esto. Una vez, en Denver, estuve arrodillado en un reclinatorio hasta que me salieron ampollas en las rodillas. Recé para conseguir trabajo y creí que lo conseguiría. Pero no, amigo, no fue así. Me metieron en una miserable cárcel por dormir en el parque. Así que no, no nos vamos a dejar engañar. Somos gatos viejos y nos conocemos todos vuestros trucos.

—Y ahora inclinad la cabeza, inclinad todos los presentes la cabeza. Vamos a pedir la bendición de Dios para cada uno de vosotros, queridos y desdichados hermanos. Que todas las cabezas se inclinen ante la presencia del Señor. Veo que al fondo de la sala algunos hombres están leyendo el periódico. Dejad a un lado el periódico, hermanos. Este no es lugar para leer sobre asuntos mundanos. ¿Veis? Ese es precisamente el problema que tenemos hoy en día, hermanos: nos preocupan demasiado los asuntos materiales. Si pudiésemos recuperar a Dios y dejar que el bendito Salvador se hiciese cargo de nosotros, todos nuestros problemas desaparecerían como por arte de magia. Que todas las cabezas se inclinen en la casa del Señor. Gracias, hermanos.

Inclinamos la cabeza. Sabemos que tenemos que hacerlo, hemos visto acabar en la calle a demasiados hombres por no haber inclinado la cabeza. Estamos hartos de escuchar todas las tonterías que esa señora está diciendo. Pero aquí hace calor, y ahí fuera hace frío.

—Y ahora, hermanos, ahora que estáis inclinando la cabeza y ofreciendo vuestro corazón, ¿cuántos queréis que recemos por vosotros, hermanos? No es necesario que vengáis aquí delante, ni siquiera tenéis que poner os en pie. Basta con que levantéis la mano si queréis que recemos por vosotros, hermanos. Algunos lleváis una carga tan

pesada en el corazón que apenas podéis soportarlo. Muchos, pobres criaturas, estáis a un paso de la desesperación, y otros al borde de la eternidad. Pero, oh, hermanos, sabemos quién puede libraros de la oscuridad. Sabemos quién puede sanar vuestros corazones enfermos y llenarlos de nueva vida y nueva esperanza. Levantad la mano para que sepamos por quién tenemos que rezar. Dios escucha y atiende nuestras plegarias.

Es la misma historia de siempre, sé muy bien que lo es. La mujer del púlpito los está guiando poco a poco. Este es solo el primer paso. Algunos de los vagabundos que no han estado nunca aquí van a acabar arrodillados en el reclinatorio sin saber muy bien cómo han llegado hasta allí.

—Levantad la mano, hermanos —la oigo decir—. No es necesario que vengáis aquí delante, basta con que levantéis la mano.

Quince o veinte hombres levantan la mano para que recen por ellos. Yo también la levanto. Cuantos más la levantemos, más pronto dejará de machacarnos. Esta noche todo avanza como estaba planeado y la mujer da el siguiente paso.

—Gracias, Señor, por hacer que tantos hombres confíen en el poder sanador de Jesucristo. Entre los que habéis levantado la mano, hermanos, ¿cuántos tenéis suficiente valor para ponerlos de pie? Os lo aseguro, hermanos, se necesita valor para ponerse de pie delante de vuestros compañeros y, sin nada que temer, pedirle a Dios que os ayude. Algunos de vosotros, hermanos, no tenéis suficiente valor. Pero ¿cuántos os pondréis de pie para pedirle ayuda a Dios?

Es la misma historia de siempre. Ahora los está engatusando.

—Adelante, hermanos —insiste—. ¿Quién será el primero en ponerse de pie por Jesucristo?

Un vagabundo sentado en primera fila se levanta. Es un empleado del albergue. Por eso está ahí, en primera fila: para llevar los corderos al matadero. Si vuelvo dentro de un año, seguro que veo al mismo tipo ponerse de pie y pedirle a Dios que lo ayude. Los empleados de los albergues han pedido tantas veces ayuda que cuesta creer que todavía no hayan recibido ninguna.

—Yo estoy siempre dispuesto a ponerme de pie por el Señor —dice el empleado.

Un par de jóvenes rufianes se levantan. No saben de qué va la cosa. Se sienten igual que yo me sentí aquella vez, en Denver, cuando me salieron ampollas en las rodillas. Enseguida son diez hombres los que se han puesto de pie. Veinte tienen la mano levantada y diez se han puesto de pie. Es un buen porcentaje. La mujer del púlpito lo está haciendo muy bien. Va a por todas y ha conseguido lo que quería: ponerlos de pie.

—Y ahora, hermanos, vosotros que estáis de pie, acercaos al altar. Quiero daros una Biblia a cada uno. Quiero que estudiéis la palabra de Dios. Quiero que conozcáis a Dios.

Ella les tiende las biblias y ellos siguen de pie. Ante un gesto de ofrecimiento como ese, resulta más fácil acercarse a coger la Biblia que sentarse de nuevo. La

mujer ha conseguido lo que quería: los hombres desfilan hacia el púlpito y recogen un ejemplar de tapa blanda que no es la Biblia, sino uno de los libros de la Biblia. Lo sé porque tengo muchos como esos. Yo también fui novato, pero como ahora soy veterano, no van a conseguir que me vuelva a poner de pie para que recen por mí. Los hombres recogen los libros y dan media vuelta para volver a sus asientos. Pero no se van a salir con la suya. ¿Quién se han creído que son para salirse con la suya?

—Un momento, hermanos —los detiene la mujer—. Esta noche me gustaría pedirle a Dios una bendición especial para cada uno de vosotros. ¿Por qué no os arrodilláis en el altar unos segundos?

Los hombres se paran en seco. Tienen una expresión extraña en la cara. No saben qué hacer. Pero ¿qué van a hacer? Arrodillarse en el altar, no les queda otra. La mujer no los ha hecho ir hasta allí para darles un libro de tapa blanda. Si los ha hecho ir hasta allí es para que se arrodillen. Y los hombres se arrodillan.

—Recemos —dice.

La mujer se pone a rezar y, al hacerlo, todos los miembros del coro y los empleados del albergue se acercan y rodean el reclinatorio. Abrazan a los hombres arrodillados junto al altar y tratan de disuadirlos para que le ofrezcan su corazón a Dios. El rufián jovencito que se ha arrodillado a un extremo del reclinatorio está de suerte. Le ha tocado la chica del vestido rosa y las violetas prendidas a la cintura. Entendería perfectamente que ese tipo le ofreciese su corazón a Dios. Durante cinco, diez minutos, nadie lo hace. Pero los hombres empiezan a retorcerse porque les duelen las rodillas. El reclinatorio no está acolchado. Los tipos del albergue son muy listos. El dolor acaba siendo tan intenso que al final le ofreces tu corazón a Dios solo para poder levantarte. Unos momentos después, veo que uno de los hombres sacude la cabeza. No aguanta más. El empleado del albergue que lo está abrazando se levanta. Sonríe de oreja a oreja. El vagabundo también se levanta. Las rodillas le flaquean, apenas se tiene en pie.

—Alabado sea Dios —grita el empleado—. Hemos encontrado a la oveja perdida. El empleado le estrecha la mano al vagabundo.

Y los demás también lo hacen.

—Amén —grita una mujer pelirroja que tiene las piernas gruesas.

—¡Bendito sea el Señor! —exclama alguien desde atrás.

La mujer flacucha que está sentada al órgano empieza a tocar un himno. Se la ve muy inspirada. Aporrea las teclas con todas sus fuerzas al tiempo que mueve los hombros y echa la cabeza hacia atrás. Su mirada refleja delirio. Se levanta de un salto y se pone a bailar dando brincos y batiendo palmas para marcar el ritmo. Y los demás se unen a las palmadas.

La mujer del púlpito mira a la organista bailar y se pone a seguir el ritmo golpeando el suelo con el pie. Maldita sea, no puede disimular lo satisfecha que está. Ha conseguido lo que quería. Y ahora levanta la mano.

—¿Y qué dijo la gente? —pregunta a voz en grito al coro y a los empleados del albergue.

—La gente dijo amén —responden también gritando.

Uno a uno, los hombres que todavía están arrodillados se van levantando. Después de pasarse media hora en el reclinatorio, tienen las rodillas destrozadas.

—Hermano, ¿estás dispuesto a ofrecerle tu corazón a Dios? —le pregunta a voces la mujer del púlpito a un hombre con una marca de nacimiento morada en la cara.

El hombre asiente con la cabeza. Sí, está dispuesto a ofrecerle su corazón a Dios.

—Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos —grita la mujer.

Y luego junta las manos. Ha conseguido lo que quería.

—Alabado sea Dios. Purifiquémonos con su sangre —exclama uno de los empleados del albergue—. Dios os cuidará. Dios satisfará vuestras necesidades, sean las que sean.

—Pues yo necesito un afeitado —salta un hombre de la tercera fila—. ¿Es mi turno?

El empleado farfulla indignado, pero la mujer del púlpito se queda callada, da un paso hacia delante y señala con el dedo al hombre.

—Hermano —le dice—, el Demonio te ha poseído. El Demonio se ha apoderado de tu alma. Y nosotros no queremos saber nada del Demonio. Márchate de aquí.

El hombre sonrío y se va. Esta noche la pasará en el banco de algún parque. No vale la pena meterse con los empleados del albergue.

—Alabado sea Dios, hermanos —dice la mujer—. El Demonio ya no está en esta casa. La casa del Señor no es lugar para Satán. Durante toda la tarde he sentido su presencia. Os lo aseguro, hermanos: si os acercáis a Jesucristo, si tocáis el borde de su vestido, seréis capaces de sentir la presencia del Demonio cuando esté en la misma habitación que vosotros. Seréis capaces de mirar a la gente a los ojos y verlo. Ahora mismo lo estoy viendo en los ojos de algunos de vosotros. Oh, pecadores, ¿por qué no lo expulsáis y os acercáis al reclinatorio?

Nadie expulsa al Demonio.

Todos los hombres que se han arrodillado en el reclinatorio se ponen en fila y suben al piso de arriba. No van a dormir con unos pecadores como nosotros. Ellos se han purificado con la sangre del Cordero y pasarán la noche en el dormitorio de los conversos, en camas con mantas limpias, en camas sin piojos. ¿Acaso no se merece una cama limpia y cómoda un tipo que se arrodilla en el reclinatorio y al que le salen ampollas en las rodillas?

La mujer del púlpito se seca el sudor de la cara y se sienta. Ha sido una noche de trabajo duro. Un empleado de la misión vestido con un traje morado y tirantes rojos la sustituye.

Ha llegado la hora de los testimonios. Después del sermón, viene la hora de los testimonios.

—¿A quiénes de vosotros, hermanos, os gustaría levantaros para contarnos lo que Dios ha hecho por vosotros? —grita el hombre del traje morado.

Resulta que estos vagabundos se han metido en el albergue porque no tienen otro lugar donde protegerse del frío y va y ese malnacido les pide que se levanten y expliquen lo que Dios ha hecho por ellos. Yo puedo decirle lo que Dios ha hecho por ellos: nada de nada, absolutamente nada. Pero no se lo digo. Aquí dentro hace calor y ahí fuera hace frío.

De nuevo, otro empleado del albergue se levanta. Siempre hay algún empleado dispuesto a levantarse para contar lo que Dios ha hecho por él.

—Yo estuve enganchado durante veinte años...

¿Será posible? ¿Es que nadie va hacer que ese colgado vuelva a sentarse en su sitio? Cada noche tengo que escucharlo. Y cada noche añade algo nuevo a su historia. Aunque tampoco puedo criticar a ese miserable chiflado. A todo el mundo le gusta destacar un poco. Y esta es su única oportunidad de hacerlo. Quizás no debería criticarlo por levantarse y contarnos que estuvo enganchado durante veinte años. Porque cada vez que se levanta, es el centro de atención durante media hora; cada vez que se levanta, es el dueño y señor de ese momento. ¿Quién va a obligarlo a sentarse cuando está contando lo que Jesucristo ha hecho por él?

—Es que no podía hacer nada sin mi dosis —nos cuenta—. No podía dormir, ni trabajar, ni comer. Hermanos, el Demonio me tenía tan atrapado que deseaba morir. Ocurrió una noche de lluvia. Estaba solo, acurrucado en mi habitación, con espasmos por todo el cuerpo. Se me había acabado la droga. Y sabía que si no conseguía un poco, me iba a volver loco. «Satán —le dije—, por la gracia de Dios, voy a vencerte.» Entonces cogí una vieja Biblia cubierta de polvo que había estado allí, en el escritorio, desde que mi santa madre pasó a mejor vida. Hice un esfuerzo por sentarme a la mesa y empezar a leerla. Me pasé una hora leyendo ese libro tan valioso. «Y ahora, Satán —le dije—, vamos a vernos las caras.» Y eso es lo que pasó. Satán y yo estuvimos peleando toda la noche. A ratos él me llevaba ventaja, y a ratos se la llevaba yo. Y hacia el amanecer, cuando el cielo empezaba a hacerse gris por el este y Satán estaba a punto de vencerme, dirigí la vista hacia la ventana. Hermanos, lo que voy a deciros es la pura verdad. Allí, mirando a través de la ventana, estaba el rostro de Jesucristo. Lo vi con tanta claridad como lo veo ahora en ese cuadro de la pared. Jesucristo me miró a los ojos, compadecido, y movió los labios. «Satán —dijo — esa criatura no es tuya. Esa criatura es mía. Hijo, tus pecados han sido perdonados. Ponte a mi servicio.» Desde entonces no he vuelto a tocar ninguna droga, no, señor. Alabado sea Dios. ¡Alabado sea el nombre del Señor!

El tipo se sienta, pero nadie más se levanta. Incluso los empleados del albergue están demasiado cansados como para contar lo que Dios ha hecho por ellos. Nos ponemos de pie. La mujer del sermón da la bendición y entonces desfilamos hacia el segundo piso. La mayoría de los hombres se apresura a quitarse la ropa y a meterse entre las mantas sucias. Algunos van a lavarse. Yo soy uno de ellos.

En los lavabos me fijo en un tipo de mediana edad que lleva un traje gris. Es evidente que no hace mucho que está en la calle. Camina sin parar de un lado a otro, algo le tiene muy preocupado. No presta ninguna atención a los demás hombres; se limita a caminar de un lado a otro de la habitación con la mirada fija en el suelo. Sé lo que está pensando. Yo también me he sentido como él, yo también me he pasado noches enteras caminando de un lado a otro.

—La vida es dura, amigo —le digo.

No levanta la vista ni me contesta. Muy simpático, el tipo.

—Te sentirás mejor cuando te hayas lavado —insisto.

—Sí —me dice él—, me sentiré mejor cuando me haya lavado.

Entonces se mete en uno de los retretes y cierra la puerta. Yo sigo lavándome y dejo de pensar en él hasta que, de repente, oigo un fuerte estruendo que proviene de su retrete y veo una espiral de humo que asoma por encima de la puerta. Sé qué es lo que ha provocado ese estruendo, sé que ha sido una pistola. El muy imbécil se acaba de pegar un tiro. Está clarísimo. Me acerco corriendo a la puerta y trato de abrirla, pero está cerrada por dentro. Los lavabos se están llenando de hombres que deben de haber oído el disparo. Me pongo a cuatro patas para mirar por debajo de la puerta.

—¿Ves algo? —me pregunta uno de los hombres.

—Demasiado —le contesto.

Cuando me levanto siento náuseas. He visto todo lo que quería ver. Ese tipo está tirado en el suelo con un agujero en la cabeza, un agujero estrellado, y en el suelo hay un charco de sangre. Tiene el brazo doblado debajo de la cabeza y una parte de la sangre le cae en la mano y se desliza por la manga de su abrigo. En algunas zonas la sangre es más oscura que en otras. Pero es que eso no es sangre. Eso son sus sesos. No hay duda de que ese tipo está muerto. Tiene los ojos completamente abiertos.

—¿Por qué se iba a querer suicidar? —pregunta un vagabundo con la cara llena de pústulas—. No hay ningún motivo para querer suicidarse.

—Se ha suicidado porque ha tenido el valor de hacerlo —le responde otro vagabundo—. Pero como nosotros no nos atrevemos, así estamos: durmiendo en camas piojosas y engullendo cualquier bazofia.

Alguien ha llamado a una ambulancia, aunque ese tipo ya no la necesita. Lo que necesita es el coche de la funeraria. Nos hacen salir al pasillo y allí nos amontonamos mientras esperamos a que lo saquen. Cuando lo hacen, va cubierto con una manta, una manta limpia que han sacado de la habitación de los conversos. Es la primera vez en mucho tiempo que una manta limpia envuelve a ese tipo.

Vuelvo al dormitorio y me siento en el borde de la cama. Aquí sentado hace frío, pero no me importa. Estoy pensando en suicidarme. ¿Por qué no? No voy a sentir dolor. Apuesto a que ese tipo ni siquiera notó el impacto de la bala. Un agujero estrellado, un charco de sangre mezclado con algo más y ya está. Ese tipo ha tenido el valor de hacerlo y ahora ya no tiene que preocuparse por nada. Cuando un hombre se suicida, deja de tener problemas, deja de tener preocupaciones.

Me acerco a la ventana. Ahí abajo hay un callejón, pero no alcanzo a verlo. El cristal de la ventana está sucio y, además, es de noche y está todo oscuro. Pero hay bastante altura, una altura de dos pisos. Una altura de dos pisos y una bonita calzada de cemento al final del descenso. Si me tirara de cabeza por esta ventana, todo se terminaría. Nada más que unos segundos y todo se habría acabado. Pienso en el charco de sangre manchado de negro que he visto en suelo del lavabo. Pienso en mi cuerpo estampado contra el pavimento en la oscuridad del callejón que hay ahí abajo.

—Sería desagradable —digo para mis adentros—. Desagradable y dramático.

Me quito la ropa y me meto en la cama.

## Capítulo 4

Anochece. Estoy sentado en el banco de un parque y miro pasar a la gente. Un tipo se acerca por el paseo. Avanza contoneándose, con pasos cortos y delicados. Lleva rímel en las pestañas y colorete en las mejillas, y se ha pintado los labios de un rojo encendido. Se sienta a mi lado en el banco. Se ha puesto mucho perfume y huele bastante bien.

«Vaya —me digo—, este tipo es marica y no le importa que se note.»

El tipo saca una pitillera de oro y se lleva un cigarrillo a los labios. Advierto que la boquilla se le mancha de carmín. Luego mete la mano en el bolsillo y hace como que busca cerillas. Aunque sabe muy bien que no tiene y yo también lo sé: todo forma parte del mismo juego.

—¿Tienes fuego, encanto? —me pregunta.

—Sí.

Le doy las cerillas.

—¿Fumas?

Le cojo un cigarrillo. Es un cigarrillo de calidad. Las colillas que te encuentras en la calle no son de cigarrillos como estos, que llevan filtro.

—Desde luego, hace una tarde muy agradable para estar en el parque —me dice.

Frunce los labios y tararea una melodía como si fuese un pájaro.

—Sí, se está mejor que anoche —le digo yo—. Anoche dormí en este banco.

Este marica ya sabe que vivo en la calle, pero quiero asegurarme de ello.

—¿Pasaste mucho frío?

—Un frío de muerte.

—¿Y no tenías manta?

—Tenía periódicos. Los periódicos calientan, pero el frío se cuela entre los listones del banco.

—¡Qué horror! —exclama.

—Sí, la verdad es que es muy duro.

—¿Y qué comes?

Ya sabe qué como, pero todo forma parte del mismo juego.

—Como lo que puedo —le contesto—. A veces me dan algo en alguna casa. Y otras, una taza de café en un restaurante.

—Pobre criatura —se lamenta—. Debe de ser horrible vivir así.

—No me queda más remedio —le digo yo—. Tengo que seguir viviendo.

—¡Dios! Seguro que estás en los huesos continúa.

Entonces me pone la mano en la pierna. Pero no debo apartarla. Me está tanteando, y si aparto la pierna va a darse cuenta de que no tiene nada que hacer conmigo. Este marica no se va a molestar en pagarme la cena si no se convence antes de que vale la pena correr el riesgo. Así que dejo la rodilla en su sitio. Los maricas me ponen de los nervios, pero tengo que conseguir algo de comida. Hace una semana que apenas pruebo bocado.

—No estoy tan flaco —le digo.

El tipo hace un gesto hacia el parque.

—Parece que todo el mundo tiene novia —observa.

—Hay que tener pasta para tener novia —replico—. Las chicas salen caras. Así que sin pasta, no hay chica.

—¿Has tenido alguna novia? —me pregunta.

—Sí, una —le contesto—. Pero me quedé sin pasta... y sin novia.

—Un tipo tan guapo como tú debería encontrar novia aunque no tenga dinero.

Me pellizca la pierna.

Se me pone la carne de gallina y un escalofrío me recorre la espalda. Este marica, con sus cejas depiladas y sus labios pintados, me recuerda a una serpiente y me asusta. Pero ¿por qué habría de asustarme un marica de piernas larguiruchas y pecho plano? No lo sé.

—No lo creas —insisto—. A las chicas les gusta la pasta.

—Bueno, a veces dos hombres pueden pasar un buen rato juntos —me dice—. ¿Has salido alguna vez con hombres?

—No, nunca —le contesto.

Estoy mintiendo, pero si este marica prefiere que sea virgen, así será.

—Apuesto a que tú y yo podríamos pasárnoslo muy bien juntos —sugiere—. Cuando dos personas se conocen de verdad, descubren que hay muchas cosas que las unen.

—Tienes razón —afirmo.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Nada.

—¿Te gustaría ir a ver un buen espectáculo?

—Sí, claro, pero... ¡maldita sea!

Me miro la ropa, que está raída, y los zapatos, que no tienen suela.

—Puedo conseguirte ropa —se ofrece—. Tengo un amigo más o menos de tu talla. Le pediré que me deje algo.

—De acuerdo.

—Y un baño —añade—. Te sentirás mejor después de un buen baño. En casa tengo una bañera de azulejos morados. Ya verás qué bien te sientes después de un baño con agua caliente.

Cuando menciona la bañera, los ojos le brillan y se relame. Al hacerlo, se le corre el pintalabios. Luego me coge el extremo del cinturón y lo toquetea.

—Este cinturón que llevas es muy bonito —me dice—. Debió de costarte una fortuna cuando lo compraste.

Es un cinturón barato. Cuando lo compré, me costó unos centavos. Es viejo y tiene los bordes gastados. Pero todo forma parte del mismo juego.

—Sí, es un cinturón bastante bueno —asiento.

El tipo empieza a desabrochármelo. Pero en el parque hay gente y la gente va a darse cuenta de lo que está haciendo. Me aparto. Y al notar que me aparto, lo suelta.

—¿Qué te parece si nos vemos esta noche aquí, a las ocho? —me pregunta.

—Perfecto —le contesto—. Aquí nos vemos.

Entonces saca cincuenta centavos del bolsillo. Se ha convencido de que vale la pena correr el riesgo conmigo.

—Para la cena —me dice.

—Gracias —le digo yo—. Eres muy amable.

Coge un espejito y se retoca el pintalabios.

—¡Santo cielo! —exclama—. Estoy hecha un desastre.

Se levanta.

—Bueno, encanto, que no se te olvide. Chao, hasta la noche.

Y se aleja por el paseo contoneándose.

Soy un desgraciado con suerte por haberme tropezado con ese marica. Por cada marica hay cien desgraciados dispuestos a montárselo con él. Son las siete en punto, tengo que esperar una hora. Entro en el bar de enfrente y pido un estofado de ternera. El local huele a letrina, pero la comida es barata y me quita el hambre.

—¿Te la has ligado? —me pregunta un vagabundo flacucho que está sentado a mi lado en la barra.

—¿Que si me he ligado a quién?

—A la señora Carter. Te he visto hablar con ella en el parque.

—Conque señora Carter, ¿eh? Pues sí, me la he ligado por cincuenta centavos. Y he quedado con ella esta noche.

—Pues aprovecha todo lo que puedas porque tiene mucho dinero. Está podrida de dinero.

—¿Sale con alguien?

—Ahora no. Vivía con un vagabundo que recogió de la calle, pero Geraldine, un pelirrojo corpulento con cicatrices en la cara, se lo quitó.

—¿Y cómo se lo tomó la señora Carter?

—La señora Carter dice que Geraldine es una zorra traidora. Dice que si Geraldine no fuese tan bestia, le arrancaría el pelo de la cabeza.

—¿Trata bien a los hombres? —sigo preguntando.

—Si un hombre le gusta, lo trata de maravilla. Has tenido mucha suerte de ligarte a la señora Carter. En esta ciudad, muchos vagabundos darían un ojo de la cara por

montárselo con ella.

—¿Dónde vive?

—En la zona alta, con la gente bien. Su edificio está lleno de maricones que, además, tienen montones de aguardiente en casa. La señora Carter comparte piso con un tipo que trabaja en un banco.

—¿También marica? —le pregunto.

—Claro —me contesta—. Pero con él lo tendrás difícil. La señora Carter es capaz de cortarte el cuello si intentas engañarla. Es una mujer complicada. Dice que en cuanto se le presente la oportunidad, le sacará los ojos a Geraldine. Mi consejo es que te limites a la señora Carter.

Me termino el estofado y vuelvo al parque, que ahora está más animado. Los bancos están ocupados y hay gente tumbada en la hierba. Se ha hecho de noche. La mitad de los hombres son maricas y la otra mitad está intentando ligárselos. Avanzan contoneándose por el paseo, se comen con la mirada a los tipos que pasan por delante del banco donde se han sentado, le guiñan el ojo a los posibles candidatos.

En el banco que tengo enfrente hay un viejo que no para de mirarme, pero yo no le hago caso. No hay duda de que es maricón. Frunce los labios y se pone a chasquear la lengua como una gallina vieja.

«Conmigo no tienes nada que hacer, vejestorio —digo para mis adentros—. Estoy esperando al tipo que me va a dar de comer, estoy esperando a la señora Carter. La señora Carter comparte piso con un empleado de banco. Y además, tiene montones de aguardiente en casa.»

No pienso perder el tiempo con esa vieja maricona que chasquea la lengua como una gallina.

Y menos mal que no lo he hecho, porque acabo de ver a la señora Carter que se acerca alegremente por el paseo. Los vagabundos le guiñan el ojo y le silban flojito cuando pasa por su lado. No pueden silbar fuerte porque la policía los oiría. La policía no deja que los hombres silben fuerte, así que tienen que hacerlo flojito. Pero la señora Carter no les presta la menor atención. Con aire despreocupado, avanza decidida hasta el banco donde estoy sentado.

—Puntual como un reloj, encanto —me dice con voz sugerente—. Tu traje de fiesta te espera en casa.

Me levanto. Los demás vagabundos me miran con el ceño fruncido. Están celosos. Empezamos a andar en dirección al piso de este marica. Para mí es una tortura caminar por la calle a su lado. La gente se para en seco para observar sus movimientos. Le miran los labios pintados y las cejas depiladas, y rompen a reír.

—¡Anda! —exclaman—. Pero si se ha echado novio.

Clavo la mirada en el suelo y trato de no hacerles caso. ¡Qué demonios! Este tipo me va a dar de comer y por eso estoy dispuesto a ir a su piso. Aunque preferiría haber llegado ya. No me gusta que la gente me guiñe el ojo. Igual piensan que yo también soy maricón. A ver quién es el desgraciado que se atreve a decírmelo. Al primero que

lo haga se le va a caer el pelo, se le van a quitar las ganas de volver a llamarme maricón.

Llegamos a un barrio distinguido. En esta calle los edificios son grandes. El alquiler de un piso de estos debe de costar un dineral. Es evidente que este tipo está forradísimo. Entramos en un edificio con una marquesina roja a la entrada. El suelo del vestíbulo es de baldosas azules, hay estatuas de mármol y de las paredes cuelgan cuadros de verdad. Menudo garito. Subimos al ascensor y el ascensorista sonrío al marica. Seguro que es uno de sus mejores clientes, seguro que no dudaría en montárselo con él. Este mundo es muy extraño y está habitado por gente más extraña todavía. Eso es algo que he aprendido desde que estoy en la calle.

Avanzamos por el pasillo y nos detenemos delante del número 22. Abre la puerta y lo sigo dentro. Allí, de pie, me quedo boquiabierto. Nunca había visto una habitación tan elegante. Las paredes y el techo son de color negro, igual que las cortinas de satén que caen majestuosas hasta el suelo. Es una habitación enorme, como la de un palacio. Del techo cuelga una araña de cristal sujeta por unas cadenas de bronce con eslabones tan grandes como el contorno de mi muñeca. Mis zapatos se hunden en una alfombra gruesa, de color gris. Mis zapatos destrozados, mis zapatos sin suela, no encajan en una alfombra como esta.

En la habitación hay un tipo repantigado en una especie de diván azul claro. No hay duda de que también es marica. Va engalanado con un salto de cama color salmón con ribetes dorados. Está leyendo y tiene las piernas cruzadas. Unas piernas depiladas, sin un solo pelo. En uno de los tobillos luce una esclava de plata y en la esclava, un camafeo rosa del tamaño de un huevo.

—¿Qué tal la cita, cariño? —pregunta sin levantar la vista del libro.

—Compruébalo tú misma —responde la señora Carter.

El tipo levanta la vista y al verme suelta un grito. Con un movimiento brusco, igual que haría una mujer, se tapa las piernas con el salto de cama y se pone en pie de inmediato.

—Quédate donde estás, cielo. Este es mi acompañante —anuncia la señora Carter. Y enseguida se dirige a mí—: Te presento a Gloria, mi compañera de piso. Trabaja de cajera en un banco.

—Encantado —le digo.

Gloria no me contesta. Le pone morros a la señora Carter, se echa boca abajo en el diván y finge que lee. Pero no lee, solo hace como que lee.

—Espérame aquí mientras me cambio estos trapos —me dice la señora Carter.

Acto seguido, entra en una habitación y cierra la puerta. Gloria me guiña el ojo, vuelve la vista hacia la habitación en la que se ha metido la señora Carter y arruga la nariz. Recuerdo lo que me ha dicho el vagabundo del bar y no le hago ningún caso. No quiero arriesgarme, no quiero que la señora Carter utilice sus afiladas uñas rojas para sacarme los ojos.

—Ven. Siéntate a mi lado —me susurra.

Sacudo la cabeza.

—¿Es que le tienes miedo? —me pregunta—. Pero si no es capaz ni de matar una mosca.

Aunque habla en voz baja, temo que la señora Carter nos oiga. Así que no le contesto.

—Tú eres rubio —continúa—. Y la señora Carter también. No hacéis buena pareja. Yo soy morena y tengo el pelo ondulado, pero ella lo tiene liso.

Muevo la cabeza para enseñarme su pelo ondulado.

—He venido con la señora Carter —le digo—. Me ha pagado la cena. Qué le voy a hacer.

—Yo te pagaré todas las cenas que quieras, encanto —insiste—. Cenas mucho mejores que las de ella. Y un traje nuevo. La ropa que llevas está hecha harapos. ¿No te gustaría tener un traje nuevo?

—Sí, claro que me gustaría —le contesto—. Me vendría bien tener un traje nuevo.

—¿De qué color lo quieres?

—Gris. Me gustaría tener un traje cruzado gris y dos pantalones.

—Seguro que un traje gris te favorece. Un traje gris es exactamente lo que necesitas. Te traeré uno mañana.

—¿Y qué hacemos con la señora Carter?

—¿La señora Carter? —se sorprende—. Qué más nos da la señora Carter. Es una vieja bruja.

—A ver si te oye desde la habitación.

Entonces baja la voz.

—¿Sabes cuántos años tiene la señora Carter?

—No —le contesto—. No lo sé.

—Veintiocho. Veintiocho años. Si no se pusiera las pinturas de guerra como una vulgar ramera, parecería que tiene cincuenta.

—Tú no te pintas mucho —le digo.

—A mí no me hace falta tanto maquillaje. Solo tengo veintitrés años. Cuando parezca tan vieja como la señora Carter, me pegaré un tiro.

—Ni siquiera parece que tengas veintitrés —insisto.

—¿Sabes qué hará la señora Carter cuando se canse de ti?

—No —le contesto—. ¿Qué hará?

—Te pondrá de patitas en la calle, eso es lo que hará. La he visto poner de patitas en la calle a muchos de sus novios. Cuando se cansa de alguien, no hay vuelta atrás. Pero a mí me gustas. Y yo no te pienso dejar tirado nunca. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras. Me gustas de verdad y cuidaré de ti mucho que mejor que la señora Carter.

La puerta de la habitación se abre y aparece la señora Carter con un camisón negro de seda.

—Gloria, está noche tendrás que dormir en el diván —le anuncia.

Gloria no contesta. Está furiosa.

—Ven a la habitación —me pide la señora Carter.

La sigo y veo que le hace una mueca a Gloria antes de cerrar la puerta.

—Es una víbora —me dice—. Una víbora falsa y celosa.

Me siento en un diván y ella se sienta a mi lado. Lo de ir a ver un espectáculo era una farsa. No vamos a ir a ningún sitio, eso está claro.

—Tienes una casa muy bonita —le digo—. No había visto nunca una casa con tanto estilo.

Tengo que hablar de algo.

—Sí, es bonita —asiente—. Me alegro de que te guste. Ya sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

La señora Carter se me acerca, apoya el brazo en el respaldo del sofá y me toca el cuello con los dedos. Siento un escalofrío que me sube por la espalda y me aparto.

Frunce el ceño.

—¿Qué te pasa? —me pregunta—. ¿Es que no te gusto?

—No —le contesto—. Claro que me gustas.

—Pues no lo parece.

—Es que necesito un poco de tiempo. Me gustas mucho, pero necesito un poco de tiempo.

—¿No te parezco bonita?

—Sí, claro. Eres muy guapo.

Frunce el ceño de nuevo.

—¿Guapo? —repite.

—No, no —me corrijo—. Eres, eres muy guapa.

—¿Tan guapa como Gloria?

—Más guapa, mucho más guapa que Gloria.

—Es una zorra —me dice—. Una zorra despreciable y traicionera. Si pudiera, te apartaría de mí. ¿Crees que podrá?

—¿Quién? ¿Gloria? —me sorprendo—. Ni hablar. No tiene ninguna posibilidad. Ni siquiera me gusta.

Me siento avergonzado. Me siento tan avergonzado que se me revuelve el estómago. Pero qué le voy a hacer. No me queda otra. Tengo que seguir viviendo.

—¿Qué ha dicho de mí cuando estabais ahí fuera? —me pregunta.

—Nada —le contesto—. No ha dicho nada.

—Sí que lo ha hecho. La he oído mencionar mi nombre. ¿Qué ha dicho?

—Bueno, me ha dicho: «¿Te gusta la señora Carter?». Eso es todo lo que ha dicho: «¿Te gusta la señora Carter?».

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que sí, que me gustas.

—¿Lo has dicho por decir o hablabas en serio?

—Lo he dicho en serio. Desde luego que lo he dicho en serio.

—¿Te has enamorado alguna vez? ¿Has tenido novia?

—Sí, claro que me he enamorado. Y sí, también tuve una novia. Te lo he contado en el parque. Pero ya no tengo. Me he quedado sin dinero. Y sin dinero, no hay novia.

—¿Todavía estás enamorado de ella?

—Bueno, ¿de qué me serviría?, ¿de qué le puede servir a un tipo que vive en la calle seguir enamorado de su novia? Cuando te quedas sin trabajo en tu pueblo, no tienes más remedio que echarte a la carretera, no tienes más remedio que largarte. ¿Cómo vas a pasarte el día pidiendo limosna de puerta en puerta y durmiendo detrás de una valla publicitaria si tu chica vive en el mismo pueblo?

—No quiero que tengas novia —me dice—. Quiero que te quedes.

—Eres muy amable.

—Si te quedas, no tendrás que preocuparte por la comida, ni tendrás que dormir detrás de una valla publicitaria. Mi cama es muy cómoda.

Cuando mira la cama le brillan los ojos. Es una cama de madera de roble, con un edredón azul claro y almohadones de seda.

La señora Carter se levanta y se mete en la cama.

—Ven a la cama —me dice.

—Un segundo —le digo yo.

—Ahí fuera hace frío, pero aquí dentro estarás caliente —insiste.

Quiero retrasarlo al máximo. Pero él no, él quiere que me acueste ya y no dirá nada más. Lo veo bostezar.

—No puedo dormir con la luz encendida —me dice—. Ven a la cama.

Hace frío y me está entrando sueño. Antes o después, tendré que meterme en la cama. Este marica no se dormirá si no me acuesto. ¡Qué demonios! Tengo que comer, ¿no? Y también tengo que dormir.

—Voy —le digo—. Ya es hora de descansar un poco.

Los desgraciados como yo siempre pagan sus deudas. Me quito la ropa y me meto en la cama.

## Capítulo 5

Cae la tarde y hoy todavía no he probado bocado. Apoyo la mano en el abultado bolsillo de mi abrigo y miro al vagabundo de la esquina. Sé que va a conseguir comida y también sé que no necesita un bulto en el bolsillo del abrigo para conseguirla. No se va arriesgar a que un polizonte le meta un tiro en la barriga. El vagabundo se acerca a un tipo flacucho que va cogido del brazo de una chica.

—Amigo —le dice—. Tengo hambre. ¿No podría darme algún centavo para comer?

El tipo flacucho que va cogido del brazo de la chica se para, mira al vagabundo y frunce el ceño. No tiene ninguna intención de soltar unos cuantos centavos para que un hombre que pasa hambre pueda comer algo.

—¿Por qué no buscas trabajo y te pones a trabajar? —le pregunta.

—Porque no hay trabajo —le contesta el vagabundo—. No encuentro trabajo en ningún sitio.

—Pues yo no doy dinero a los vagos —dice el tipo.

—Venga —interviene la chica—. Dale algo. ¿Y si está pasando hambre? Es una mala época.

—No lo sabe usted bien, señora —admite el vagabundo.

El tipo flacucho refunfuña. Le da lo mismo que sea una mala época. Tiene el estómago lleno, se siente optimista y va cogido del brazo de una chica atractiva. ¿Por qué tendría que preocuparse por un vagabundo hambriento? Quiere decirle a ese vagabundo que desaparezca de su vista. Pero no puede hacerlo. Maldita sea, a la chica eso no le gustaría. Así que solo tiene una opción: soltar el dinero. Esa es su única opción. Es listo, ese vagabundo. Sabe que el tipo no tiene otra alternativa y ha conseguido lo que quería. Menuda satisfacción se debe de sentir cuando consigues lo que quieres de uno de esos malnacidos.

El tipo mete la mano en el bolsillo y saca una moneda de veinticinco centavos. Preferiría darle una de cinco, pero no puede hacerlo. La chica lo está mirando y él no quiere quedar como un tacaño delante de ella. Una moneda de cinco o de diez centavos no va a convencerla. Esa chica sabe que diez centavos no son suficientes para que un hombre se llene la barriga.

—Gracias —dice el vagabundo—. Gracias a usted y a la señora.

El vagabundo se aleja arrastrando los pies.

El tipo flacucho refunfuña otra vez. No le ha hecho ninguna gracia tener que darle dinero.

Admiro a ese vagabundo por su valentía. No tiene por qué soportar más punzadas en el estómago, y yo tampoco tengo por qué hacerlo. Puede que me falte valor para mendigarle a una pareja, pero no tengo problemas para entrar a pedir en un restaurante de postín. Y si no consigo que me den comida en uno de esos restaurantes, recurriré al bulto que llevo en el bolsillo. Estoy harto de sentir punzadas en el estómago. Así que ya está decidido: esta es la última vez que voy a suplicar para que me den comida. Les demostraré a esos malnacidos que sé cómo salirme con la mía. Para eso está el bulto que trato de ocultar con la mano.

Entro en un restaurante y me detengo junto a la caja registradora. Miro a mi alrededor. He mendigado en algunos locales con clase, pero nunca en uno como este. No tiene barra, solamente mesas. Todavía no se ha hecho de noche, pero las mujeres que están sentadas lucen trajes de fiesta y zapatos dorados y plateados. Las joyas que les cubren los dedos y los brazos las hacen resplandecer. Los hombres visten de frac. Las mesas centellean con el brillo de la vajilla de plata. Y aquí estoy yo plantado. Me cuesta creer que haya gente que vive así, me parece imposible.

La gente levanta la vista de los platos y me clava la mirada. No me extraña. Mi aspecto miserable no encaja en un sitio como este. Lo sé. Pero estoy aquí y quiero comer algo. Es más, voy a comer algo. Y si no, sabrán lo que es bueno.

—¿Qué quieres? —me pregunta la cajera.

Su expresión es seria. No va a ser muy amable, eso está claro.

—Quiero ver al encargado —le digo.

—¿Y para qué quieres ver al encargado? —insiste.

—Asuntos privados —le contesto.

El encargado está de pie junto a una de las mesas. Me ve hablando con la cajera y se acerca.

—¿Qué quieres?

—Comer algo. Hace días que no pruebo bocado.

Todos los clientes me oyen pedir comida. El negocio se resentirá si el encargado se niega a dar de comer a un hombre que está en las últimas. El encargado lo sabe y yo sé que lo sabe. Por eso he venido a un restaurante con tanta clase.

El encargado sonrío y me da una palmada en la espalda.

—Muy bien —me dice—. Acompáñame a la cocina y te daré algo de comer.

Los clientes, esos clientes acostumbrados a pagar en metálico, también sonrían. Piensan que el encargado es un buen tipo: vendremos a comer aquí más a menudo, se merece una clientela como la nuestra, le ha dado de comer a un necesitado. Yo también pienso que el encargado es un buen tipo. Y que me va a ofrecer un plato de comida excelente. De hecho, eso es precisamente lo que necesito. Avanzamos hacia la cocina.

El encargado cierra la puerta para que los clientes no puedan oírlo.

—¡Eh, Fritz! —grita—. Dale a este desgraciado una taza de café y hazlo salir por la puerta trasera.

Será malnacido. Conque una taza de café. Ahí fuera me ha dado una palmada en la espalda, ahí fuera sonreía. Pero era todo fachada. Me gustaría pegarle un puñetazo, pero no puedo hacerlo. No puedo arriesgarme a que me pesquen con el bulto en el bolsillo.

Salgo por la puerta trasera sin esperar a que me den el café.

«Muy bien —me digo—, muy bien. No pienso entrar en ningún otro restaurante. No pienso mendigar más comida. Si la consigo, bien. Y si no, también.» Camino por la calle, con la mano metida en el bolsillo derecho del abrigo. El bulto apenas se ve con la mano ahí dentro. Cualquiera pensaría que se trata simplemente de mi mano, pero no lo es. Llevo una pistola en el bolsillo. Una pistola negra y pesada, una buena pistola. Con esta pistola puedo disparar con precisión si la mano no me tiembla. Así que he de impedir que me tiemble. No me van a atrapar porque lo tengo todo planeado. Me he pasado la noche planeándolo. Y está decidido: antes de que me atrapen, dispararé. Y será un disparo certero. Y si no consigo escaparme, si me acorralan, tendré más que suficiente con una de estas balas. Mis problemas se habrán acabado y no tendré que preocuparme por nada. Ya me han matado de hambre bastante tiempo. Estoy cansado de pasarme el día recorriendo las calles en busca de trabajo. La gente se ríe de ti cuando le pides trabajo.

—No hay trabajo —te dicen—. No podemos mantener al personal que tenemos. Si lo que quieres es comer, ve a uno de esos albergues cristianos. Allí te darán un buen plato de comida.

Voy a dejar de pedir trabajo. Voy a dejar de hacer cola, esas colas eternas para conseguir un tazón de bazofia. Ya está decidido: me voy a arriesgar. Solo se vive una vez.

Palpo la pistola. He esperado mucho tiempo para tener en la mano una pistola como esta. De noche, en los campamentos de los vagabundos, tumbado en el suelo helado, he soñado con tener una pistola. Una pistola como esta, de un negro azulado. Una pistola que dispare con precisión, que dé en el blanco. Y ahora la tengo. El vagabundo al que se la robé estaba borracho y no la va a necesitar porque la borrachera le va a durar una semana entera. Puede que en una semana le devuelva la pistola, y puede que le dé también un fajo de billetes con ella.

Sigo caminando por la calle, que está abarrotada de gente. Nadie me mira y los que lo hacen, ni siquiera me ven. Nadie se fija en mi ropa andrajosa ni en mi barba de una semana. Cada uno tiene sus propias preocupaciones. Algunos de los hombres con los que me cruzo por la calle desearían con todas sus fuerzas tener una pistola en la mano. Pues bien, yo tengo una en la mía. Ahora mismo estoy tocando la culata. Es una buena culata. A diferencia del resto de la pistola, lisa y reluciente, la culata es rugosa para que puedas empuñarla bien, para que no se te resbale de las manos.

Lo tengo todo planeado, tan planeado que no puede surgir ningún contratiempo. Llevo la maquinilla en el bolsillo. Cuando termine el trabajo, me afeitaré. Y una vez afeitado, pareceré una persona distinta. Además, tendré un montón de dinero, todo el dinero que los empleados de banco apilan detrás de esas ventanillas protegidas con barrotes, esas jaulas de hierro. Y el dinero me transformará en otro hombre.

Ha llegado la hora de ponerme en marcha. Sé que ha llegado la hora porque he escogido el mejor momento. Hace dos días que tengo esta pistola en la mano, hace dos días que planeo este golpe. Sé lo que estoy haciendo. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. Ahora mismo, el policía debe de estar delante del banco y luego se dirigirá a la cabina de la esquina para pasar el informe. No volverá en una hora. Pues bien, una hora lo puede cambiar todo porque en una hora puede pasar cualquier cosa. En una hora seré un hombre rico, seré un hombre rico o estaré tendido sobre una placa de mármol en la morgue.

Me detengo enfrente del banco. No es un banco importante, es una sucursal. No se me ocurriría atracar un gran banco. Sé lo que estoy haciendo: no soy tonto ni estoy chiflado. Miro a través de las ventanas. Ahí dentro hay hombres trabajando, hombres con camisa blanca, remangados porque hace calor. Los veo entregar billetes a los clientes que hacen cola delante de las ventanillas. Billetes que sacan de los cajones, donde aguardan ordenados en montones, muchos montones. Uno o dos de esos montones me arreglarían la vida. Ya no tendría que preocuparme por nada, mi vida estaría solucionada. ¿Es que acaso tengo algo que perder? No. ¿Es que acaso tengo algo por lo que vivir? Un plato de sopa y un pedazo de pan duro. Eso es lo que me hace vivir, eso es lo único que puedo perder.

Lo tengo todo planeado. Cerca del banco hay un callejón que conduce a unas cuantas callejuelas. En ese callejón, en la parte trasera de uno de los comercios de la calle principal, hay un barril. Tiraré la pistola, el abrigo y el sombrero dentro del barril y luego saldré caminando por una de las callejuelas. Un poco más arriba, en esta misma calle, hay un cine. Entraré en él, pero no utilizaré ninguno de los billetes del banco para pagarle la entrada a la chica de la ventanilla. Eso podría delatarme y no quiero correr ningún riesgo. Llevo veinticinco centavos en el bolsillo de los pantalones para comprar la entrada. No debo cometer ningún error. Permaneceré en el cine mientras me buscan, me afeitaré en los lavabos y cuando se haga de noche saldré fuera. Pero no me quedaré merodeando por las calles, sino que iré a un albergue cristiano. Nunca me buscarán en un albergue. El último lugar del mundo en el que esperarían encontrar a un tipo cargado de dinero es un albergue cristiano. Me quedaré en el albergue todo el tiempo que me dejen. Y luego me iré de la ciudad. Pero no me iré en un tren de mercancías, agazapado en uno de esos furgones fríos e incómodos. Me iré en un tren de pasajeros. Y no viajaré sentado en los estribos, con el rugido del viento y el silbido de las ruedas amenazándome desde abajo. Viajaré envuelto en comodidades.

Me llevo la mano al bolsillo para disimular el bulto, cruzo la calle y entro en el banco. A la izquierda, en las mesas, veo a dos mujeres firmando cheques. A la derecha están las ventanillas: hay cinco. En cada una de ellas veo a un tipo repartiendo dinero. Me acerco a una de las mesas y finjo que voy a firmar un cheque, pero no lo hago. Solo quiero asegurarme de que no hay moros en la costa. Siempre me he preguntado cómo se debe de sentir el tipo que atraca un banco. Ahora ya lo sé. Aunque me cueste creerlo, yo mismo estoy a punto de hacerlo. Ahora ya sé cómo se sienten esos tipos. Sé que se les hace un nudo en la boca del estómago y que un temblor brusco se apodera de sus manos. Pero no voy a echarme atrás. Ya está decidido. Me tiemblen o no las manos, no volveré a pasar la noche en un albergue miserable. Me he visto obligado a mendigar lo último que he comido. Pero ahora tengo una pistola y voy a usarla si me hace falta. Si a nadie le importa si estoy vivo o muerto, si la gente es capaz de dejarme morir de hambre en la calle sin mover un dedo para ayudarme, ¿por qué he de preocuparme yo por esos tipos que se dedican a repartir montones de dinero desde sus jaulas de hierro? ¿Qué tienen que ver conmigo? Si los parase por la calle y les pidiese dinero, me mandarían al infierno y me amenazarían con llamar a la policía. ¡Al diablo con ellos! Voy a salirme con la mía.

Me pongo en la cola de gente que espera delante de la primera ventanilla. Cuando salga de aquí seré un fugitivo y no quiero tener que pasar por delante de más ventanillas de las necesarias. Además, ahí dentro tienen pistolas. Aunque el dinero no es suyo, esos malnacidos no dudarán en disparar para ver si me dan y les aumentan el sueldo. Hay cinco personas delante de mí. Dos mujeres y tres hombres. Yo estoy detrás de una mujer gorda, tan gorda que se le forman arrugas en la nuca. La mujer me sirve de pantalla. Gracias a ella no me ven disimular con la mano el bulto que llevo en el bolsillo del abrigo. En la caja de al lado solo hay dos personas haciendo cola, pero no me cambio de sitio. Prefiero estar cerca de la puerta.

Mi cola avanza despacio. De hecho, nunca he visto una cola tan lenta. Cualquiera diría que estamos esperando a que nos den comida. Por fin le llega el turno a la mujer gorda, que se acerca a la ventanilla. Yo me sitúo justo detrás de ella. Quiero que me tape para que el tipo de la camisa blanca remangada que está ahí dentro apenas me vea. O para que al menos no vea el bulto que llevo en el bolsillo. Miro de reajo al empleado que está en la ventanilla de al lado. Como no queda nadie en su cola, cierra con llave el cajón donde guarda los billetes, sale de su jaula y cierra también con llave la puerta. Luego entra en una habitación que hay en la parte trasera. Menudo golpe de suerte. Como mínimo habrá un empleado menos intentando dispararme. Meto la mano en el bolsillo y aprieto la pistola con los dedos. Toco la parte rugosa de la culata, esa parte que han hecho rugosa para que puedas empuñar bien la pistola y disparar con precisión. Aunque espero no tener que hacerlo, espero no tener que apretar el gatillo en ningún momento. La mano me tiembla mucho y las piernas

también. Noto que se golpean entre ellas. Esto no va a funcionar si me siguen temblando. Dependo completamente de mis piernas para salir de aquí volando.

La mujer gorda se aparta de la ventanilla y yo me acerco. Miro al cajero y él me mira.

—Usted dirá.

No digo nada. No tengo nada que decir. Tiro de la pistola, pero no consigo sacarla del bolsillo. Solo asoma la culata, la culata y un pedazo de forro del abrigo. Algo va mal. La pistola se ha enredado con los jirones del forro del bolsillo. Vuelvo a tirar con fuerza, pero no logro moverla. El cajero se extraña, se acerca a la ventanilla y mira hacia fuera para ver qué pasa. Ve que tengo la mano en el bolsillo y sospecha que estoy tramando algo. La palidez de su cara adquiere un desagradable tono verdoso. Sé lo que ese tipo siente porque yo siento lo mismo en la boca del estómago: náuseas y ganas de vomitar. El cajero da un paso atrás.

—¿Qué quiere? —me pregunta—. ¿Por qué está tirando de su bolsillo?

Está asustado. Está muy asustado, pero no puede demostrar nada. Yo también estoy asustado.

—No tengo nada en el bolsillo —le digo—. ¿Qué hay de malo en llevar la mano en el bolsillo?

No puedo sacar la mano del bolsillo: tengo miedo de que se fije en el bulto.

—¿Qué quiere? —insiste—. ¿Qué hace ahí de pie tirando del bolsillo?

—¿Cuánto dinero —pregunto yo—, cuánto dinero hace falta para abrir una cuenta corriente?

—Veinte dólares —me contesta—. Veinte dólares.

No piensa en lo que dice. Sus ojos están clavados en la mano que tengo en el bolsillo. No puedo engañarle con más preguntas. Sabe que estoy tramando algo. El tipo no aparta la vista de mi bolsillo y, mientras esté mirando, no puedo tirar de la pistola porque se pondrá a gritar o disparará la alarma. Noto un sudor frío que me empapa la frente. Maldita sea, ahora sí que estoy asustado. Tengo que salir de aquí, pero ¿cómo voy a hacerlo?

Me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia la puerta. Camino deprisa. Siento la mirada del cajero, que me taladra la nuca a medida que me alejo. Siento la mirada de todos los presentes, que se detiene en el bulto de mi bolsillo, el bulto que trato de disimular con la mano. Aguzo el oído a la espera del pitido de la alarma o de un grito del cajero que me ordene que me detenga. Me giro y miro hacia atrás. Sin apartar la vista de mí, el cajero está saliendo de su jaula. Lo veo retroceder, veo el aspecto pálido y enfermizo de su cara. Seguro que va a buscar a uno de los policías que vigilan el banco. Pero no deben pescarme con el bulto en el bolsillo, no deben pescarme con la pistola. Echo a correr, empujo a un lado a una mujer que acaba de entrar en el banco, atravieso el portal y me planto en la calle. Tengo que llegar como sea al callejón, tengo que llegar antes de que aparezca un policía con una pistola en la mano y me cosa a balazos por la espalda. Corro tan rápido como me lo permiten las

piernas, que todavía me tiemblan. Oigo el sonido que hacen mis pies al golpear la acera. No miro atrás, aunque veo que la gente se para en seco y contempla cómo me alejo. Giro una esquina y por fin llego al callejón del barril, pero no me detengo. Sigo corriendo, cada vez más rápido. Hacia la mitad del callejón, echo un vistazo atrás. Nadie ha girado la esquina todavía. Entonces me fijo en una trampilla que comunica la calle con el sótano de algún comercio. Es el conducto del carbón. Meto la cabeza y me deslizo hasta el fondo. Hace mucho tiempo que nadie utiliza este sótano. Hay telarañas por todas partes, desde el techo hasta el suelo. Las telarañas me cubren la cara y se me meten en los ojos cuando trepo, saltando desde una caja que hay en el suelo, hasta el hueco que forman las vigas en el techo. Las vigas están lo bastante cerca unas de las otras como para poder tenderme sobre ellas y permanecer en silencio. Allí tumbado, lo único que se oye es el jadeo de mi respiración.

De fuera, de la calle, creo oír voces de hombres que están gritando. No sé si gritan por mí, ni siquiera sé si me están buscando. Pero no puedo quitarme de la cabeza la mirada del cajero, esa mirada fija en la mano que tenía en el bolsillo. No puedo olvidar el paso que dio hacia atrás al reparar en el bulto de mi abrigo. El cajero no disparó la alarma porque ese banco no debe de tener alarma. En caso contrario, la habría oído. Si me están buscando, esos hombres de ahí fuera son unos desgraciados. Seguro que les gustaría hacer lo que yo he hecho, pero no tienen agallas. Saben que no tienen agallas y por eso me persiguen. No tienen agallas para hacer lo que les da la gana y por eso la pagan conmigo, que sí las tengo.

Fuerzo el oído para distinguir algún sonido que provenga del callejón, pero no oigo nada. Es de la calle de donde me llegan sonidos. Creo escuchar las palabras «atracador de banco». Me acurruco en las vigas. No debo hacer ningún ruido, no debo perder la calma aunque los oiga acercarse por el conducto, no debo moverme. Agarro la pistola con la mano. Tengo que estar preparado. Si entran en el sótano, llevarán una linterna para poder ver. Pero el tipo que me enfoque con la suya, no volverá a enfocar nada. Como la sostendrá con la mano derecha, yo dispararé hacia su izquierda. Pero para asegurarme, después de disparar hacia su izquierda, lo haré de nuevo hacia su derecha. Les demostraré a esos malnacidos que venir a buscarme no ha sido una buena idea. ¿Quiénes son ellos para saber qué está bien y qué está mal? ¿Cómo van a saberlo? ¿Acaso llevan muchos años viviendo en albergues cristianos? ¿Acaso se han visto obligados a alimentarse con los restos de basura de los restaurantes? ¿Cómo van a saberlo si tienen un buen trabajo? No, esa gente no puede saber qué es lo que está bien y qué es lo que está mal.

Permanezco acurrucado durante horas. Me duelen todas las articulaciones del cuerpo y me suben calambres por las piernas y la espalda. La débil luz que se cuela a través de la trampilla se oscurece por completo. Fuera es de noche. El callejón está en silencio, pero desde la calle me siguen llegando ruidos. Ruidos que ya no tienen nada que ver conmigo, simplemente los ruidos habituales de una calle. Me pongo a reflexionar. «No seas estúpido —me digo—. No te están buscando. De hecho, no te

han buscado en ningún momento. Un montón de gente te ha visto entrar en este callejón. Si te hubieran buscado, habrían inspeccionado este callejón de arriba abajo. Estos sótanos son el primer lugar en el que habrían mirado. ¿Qué pueden hacerte si escondes la pistola? Nada, no pueden hacerte nada. El cajero no ha visto la pistola que llevabas en el bolsillo, lo único que ha visto es un bulto. Y aunque esté convencido de que era una pistola, no tiene pruebas de que lo fuera. No se puede meter a un tipo en la trena porque alguien esté convencido de que ese tipo llevaba una pistola, el testigo tiene que haberla visto. Tampoco le has pedido al cajero que te diera el dinero. Estabas demasiado ofuscado intentando sacar la pistola del bolsillo como para abrir la boca. Lo único que has hecho es preguntarle cuánto dinero hace falta para abrir una cuenta corriente. Y no se puede meter a un tipo en la trena porque pida información sobre una cuenta bancaria. No, no pueden hacerte nada aunque te pesquen. Pero tienes que deshacerte de la pistola. Si te pescan con una pistola, entonces sí que lo vas a tener crudo.»

Me bajo de las vigas y estiro las piernas. Las tengo tan agarrotadas que apenas puedo moverlas. Escondo la pistola en un rincón, debajo de una pila de porquería. Pero antes de hacerlo, la froto para borrarle las huellas dactilares. Esta pistola y yo hemos terminado. Nadie podrá demostrar que era mía. No tengo nada de qué preocuparme. Trepo por el conducto del carbón y salgo al callejón. Miro a mi alrededor. No hay nadie, no están buscándome. Me sacudo las telarañas y avanzo hacia la calle.

En la esquina hay un tipo con un traje de *tweed*. Me acerco a él.

—Amigo —le digo—. Estoy pasando un mal momento y no tengo donde dormir. ¿No me daría unos cuantos centavos para pagarme una cama?

## Capítulo 6

Sentado en el bordillo de la acera, miro a unos niños que hacen cola. Tienen el rostro pálido y demacrado, se los ve cansados y hambrientos. Mientras esperan, no dejan de moverse de un lado a otro. Los cubos de hojalata que llevan en la mano están abollados y oxidados, esos cubos han aguantado mucho. No es la primera vez que estos niños vienen a por su cena. Uno a uno, van entrando en el albergue cristiano. Y uno a uno, salen con un cubo de sopa y un pedazo de pan duro.

Un niño se me acerca.

—Señor —me dice—, ¿puede vigilarme el cubo de sopa y el pedazo de pan mientras vuelvo ahí dentro a por más?

—Chaval —le digo yo—, ¿cuánta porquería de esa te puedes tragar?, ¿para qué quieres llenar otro cubo?

—Con un cubo no tenemos bastante. Somos seis. Y un cubo no es suficiente. En este albergue solo te dejan llenar un cubo, así que dejo uno fuera y vuelvo a entrar para que me llenen otro.

—¿Y qué haces para que no te reconozcan? Los empleados de los albergues tienen vista de lince. Con esa vista, no sé por qué no les dan trabajo como detectives.

—Soy más listo que esos tipos —me asegura—. La primera vez que entro me pongo esta gorra. Y la segunda, me la quito. Así no me reconocen.

—De acuerdo —le digo—. Te vigilaré el cubo.

El niño deja el cubo lleno de bazofia junto a mis pies y vuelve a la cola.

Yo me entretengo mirando a las mujeres que también hacen cola. En las colas de comida siempre se ve a muchas mujeres. Sus hijos son demasiado pequeños para venir a por esta porquería de comida, y por eso tienen que venir ellas. Las miro, las miro a los ojos. Los ojos de las mujeres que hacen cola para que les den comida son dignos de ser mirados: penetrantes, hundidos en unas cuencas profundas, rodeados por una sombra. A esas mujeres las preocupaciones les han llenado la frente de arrugas. Tienen los hombros encorvados, el pecho plano y una expresión particular en el rostro. He visto esa misma expresión en la mirada de un perro apaleado. Suelen llevar a sus bebés en brazos, y esos bebés suelen estar llorando. Siempre llorando. Pero no lloran porque se estén pinchando con un alfiler, sino porque tienen hambre. Cierran sus puños diminutos y golpean el pecho de sus madres. Aunque pierden el tiempo: ahí no van a encontrar alimento. Sus madres tienen el pecho plano, sus madres no tienen pecho. Los golpes suenan a hueco. Alimentándose con esa bazofia,

es imposible que las mujeres tengan leche. ¿Acaso puede salir leche de un pedazo de pan duro?

Las mujeres mueven a sus bebés de una cadera a otra. No dicen nada, no hablan, ni siquiera piensan. Se limitan a hacer cola y a esperar. A esperar todo el tiempo que haga falta. Al principio la espera se hace larga, pero luego ya no les importa: no tienen que ir a ningún sitio. Después de comerse la sopa que se llevarán a casa, tendrán tanta hambre como antes. Eso ya lo saben. Los bebés seguirán golpeando con los puños el pecho de sus madres. Y al día siguiente, sus golpes continuarán sonando a hueco. Las mujeres que hacen cola son viejas. No hay ninguna joven: no se puede ser joven mucho tiempo en una cola como esa. Enseguida les salen patas de gallo en los ojos y las punzadas de dolor en la boca del estómago las marchitan. En la cola tampoco hay chicas listas. Las chicas listas no se ponen en las colas de comida. Una chica guapa puede sacarse cama y comida si hace la calle y sabe manejarse a los policías, si no le importa acostarse gratis de vez en cuando con uno de ellos para que la deje en paz el resto del tiempo.

Se está haciendo de noche y ahí siguen todavía. Los ojos hundidos de las mujeres y el llanto de sus bebés me están poniendo nervioso. Cuando el niño sale del albergue, me pongo en marcha y me adentro en el barrio chino. Voy a casa de Karl. Al llegar, me agazapo entre las sombras en la acera de enfrente y me quedo mirando la luz de una ventana. Es la ventana de la propietaria.

Karl es un amigo que conocí en el parque. Trabaja sacando la basura de un restaurante y gana dos dólares a la semana. Es un trabajo miserable, pero dos dólares son dos dólares. Paga un dólar a la semana por la habitación y gasta el otro dólar en comida. Karl no tiene que preocuparse por la policía: sabe que no lo van a coger por el pescuezo y que puede mandarlos al infierno. Cuando hace demasiado frío para dormir en el parque, duermo en el suelo de su habitación.

Mi amigo Karl es escritor y siempre tiene hambre. Un dólar a la semana no le da para llenarse el estómago. Pero no es culpa suya. Si no come lo suficiente es porque la gente no compra lo que escribe. Karl escribe sobre bebés que se mueren de hambre y sobre hombres que recorren las calles en busca de trabajo. Pero a la gente no le gustan esas historias, no le gustan los relatos de Karl porque en ellos escuchan el llanto desesperado de las criaturas y ven el hambre en la mirada de los hombres. Karl siempre pasará hambre. Y siempre describirá cosas para que, al leerlas, la gente las vea.

La luz de la ventana se apaga. Ha llegado el momento. Cruzo la calle y empiezo a subir de puntillas las desvencijadas escaleras. Aunque está oscuro, sé muy bien dónde tengo que pisar. Esta no es la primera vez que hace demasiado frío para dormir en el parque y que pasaré la noche en el suelo de la habitación de Karl. Cuando la noche es muy fría, el quinto peldaño cruje, pero el resto de las noches no. Y el penúltimo siempre hace ruido, haga frío o calor. Por eso tomo la precaución de saltármelo. La propietaria tiene vista de águila y un oído finísimo. Karl dice que su corazón es como

un termómetro y que baja diez grados por cada día que te retrasas en pagar el alquiler. Dice que a él le gusta pagar con tres días de retraso porque así se muestra tranquila y agradable.

Giro el pomo de la puerta y me meto en la habitación de Karl. Es peligroso llamar. Ayer la propietaria me pilló justo cuando iba a entrar y no quiero volver a congelarme esta noche. Esta habitación es un cubil, pero al menos tiene techo. Y eso ya es algo. Porque no es tanto el frío lo que molesta en el parque, sino la humedad del rocío. Un catre estrecho y una mesa destartada son los únicos muebles de la habitación. Karl está inclinado sobre la mesa, escribiendo. Su rostro, pálido y enjuto, y sus ojos hundidos demuestran que no está vendiendo nada de lo que escribe. Es evidente que apenas se alimenta con un dólar a la semana. Al verme entrar, se pone de pie de un salto, dirige la mirada hacia la bolsa que llevo en la mano y sonrío. No tengo ninguna duda de que hoy no ha probado bocado. Cuando llevas mucho tiempo en la calle, aprendes a distinguir a los hombres que hace días que no comen.

—¿Traes dulces? —me pregunta.

—Sí —le contesto—. Traigo dulces y algo más. Esta noche estamos de suerte. Me quita la bolsa de la mano y mira dentro.

—¡Dios mío! —exclama—. ¡Una tarta de coco! ¡Una tarta de coco de verdad!

Karl aparta a un lado sus papeles y coloca encima de la mesa lo que he traído. Ambos estamos entusiasmados. Nos brillan los ojos y se nos hace agua la boca. Nunca había visto nada tan bonito como esos dónuts y bollos y, en el medio, destacando con orgullo por encima de todo, la tarta de coco. Es un espectáculo para nuestros castigados ojos. Algunos de los bollos están rellenos de mermelada y otros, cubiertos con azúcar glasé. Pero la tarta de coco es el premio gordo. Y aunque la hicieron hace dos días y en el medio está aplastada, nos da igual su aspecto y nos morimos de ganas de probarla.

Karl llena la cafetera de agua y yo le quito la camisa al quemador de gas. La llama es pequeña y no resulta fácil sostener encima la cafetera. El asa se pone al rojo vivo y tenemos que hacer turnos para sujetarla. Ambos estamos sudando cuando terminamos, pero el café vale la pena. Sin perder un instante, pongo en su sitio la camisa. Además de que necesitamos luz, si la propietaria descubre que se la estamos jugando no le hará ninguna gracia.

—¿Llamamos a Werner? —me pregunta Karl.

—De acuerdo —le contesto yo—. Esta mañana lo he visto por la calle. Por su mirada, habría dicho que se trataba de Jesucristo. Se le pone esa mirada cuando hace tres días que no come.

Karl sale al pasillo para ir a buscar a Werner. Werner es un conocido nuestro, un artista que pinta a la gente que se encuentra en el parque. Toda la gente que aparece en sus cuadros tiene una cosa en común: sus miradas reflejan hambre. A la hora de vender sus obras, Werner no tiene más suerte que Karl con sus relatos. Los cuadros son buenos, pero nadie los compra. Yo creo que nadie los compra por culpa de esas

miradas. Hay hambre incluso en la mirada del millonario gordo que, en uno de sus cuadros, pasea a un perro pequinés. Según Karl, hace falta algo más que un estómago vacío para tener esa mirada en los ojos. En mi opinión, si Werner borrara el hambre de la mirada de la gente que aparece en sus cuadros, podría comprarse más carne y borrar el hambre de su propia mirada. Pero Karl y Werner aseguran que hacer eso significaría traicionar su arte y la verdad es que cuando se ponen a hablar así no los entiendo.

Siempre que Karl o yo nos hacemos con un poco de dinero extra, compramos algo de comida y la guardamos en un armario para cuando las cosas se pongan feas. Durante un tiempo nos dimos cuenta de que nuestros alimentos iban desapareciendo, no de golpe sino poco a poco: una lata de habichuelas, una hogaza de pan, unos cuantos dónuts rancios. Y aunque cerrábamos la puerta con llave cada vez que salíamos de la habitación, no servía de nada, ya que se podía abrir con cualquier otra llave.

—Tendremos que hacer algo —dijo Karl un día—. No podemos quedarnos en la habitación todo el tiempo.

—Deja que me encargue yo —me ofrecí—. Tengo un truco para que ese tipo deje de robarnos los garbanzos.

Entonces fui a una farmacia y me gasté diez centavos en un purgante. Karl y yo lo echamos en un plato de habichuelas y lo removimos bien. Luego dejamos el plato encima de la mesa y salimos a la calle. Estuvimos fuera diez minutos. A la vuelta, el plato seguía allí, pero las habichuelas habían desaparecido.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Karl.

—Ahora el retrete —le contesté yo.

—¿Qué pasa con el retrete? —se extrañó.

—Que vamos a vigilarlo —le dije.

El retrete está al otro lado del pasillo, se puede ver desde nuestra habitación. Así que entreabrimos la puerta y nos pusimos a mirar a través de la rendija. Durante media hora no pasó nada. Pero de pronto oímos un estruendo que provenía del final del pasillo, del extremo donde está la habitación de Werner. Entonces lo vimos salir disparado de allí en dirección al retrete. Parecía tener mucha prisa. Estuvimos ojeando a través de la rendija hasta que volvió a su habitación.

—Y ahora vamos a reírnos de verdad —le dije a Karl.

—¿Más todavía? —se sorprendió. Estaba en el suelo, tronchado de risa—. ¿Te has fijado en la expresión de sus ojos cuando ha puesto la mano en el tirador? «Dios, por favor, que no haya nadie ahí dentro», decían.

—Espera —lo interrumpí—. Todavía no hemos terminado. ¿Sabes qué vamos a hacer?

—No —me respondió—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a meternos en el retrete y a cerrar la puerta por dentro —le propuse—. Hemos puesto tanto purgante en esas habichuelas que Werner va a tener que volver.

—Pero si no puede entrar en el retrete, tendrá que... —Karl se detuvo—. No —añadió—, no podemos hacer eso. No se lo merece. Ya ha sufrido suficiente.

Karl es demasiado sensible. Así que seguimos divirtiéndonos espiando a Werner a través de la rendija de la puerta. Tres veces más lo vimos recorrer a toda prisa el pasillo. Y cada una de esas veces acabamos en el suelo, riéndonos con lágrimas en los ojos. A partir de entonces, no se produjeron más robos. Ahora, guardemos lo que guardemos en el armario, nadie lo toca. Y cuando nos hacemos con algo especial como esta tarta de coco, solemos invitar a Werner.

Karl aparece por la puerta y pegado a él veo entrar a Werner. Tiene la cara pálida y los ojos, esos ojos negros como el carbón, hundidos completamente. Creo que no lo he visto nunca tan apurado. Cuando Werner descubre lo que hay encima de la mesa, parece que los ojos se le vayan a salir de las órbitas y se relame. No deberíamos haber puesto tanta comida junta. Una conmoción así no le va hacer ningún bien, incluso podría matarlo. La obra maestra de Werner nunca reflejará una escena como esta.

Solo tenemos una taza de café, pero podemos usar un tazón y un vaso. Le lleno la taza a Karl, me quedo el tazón para mí y le doy el vaso a Werner. Karl está sentado en un extremo de la cama, Werner en el otro y yo en el suelo con las piernas cruzadas. Estaría más cómodo en la cama, en el lugar donde está Werner, pero así le compenso por haberle adjudicado el vaso. Primero nos pasamos los donuts: uno para cada uno. Y cuando nos lo terminamos, volvemos a pasárnoslos. Werner se los acaba mucho más rápido que nosotros y se queda esperando a que también terminemos. Lo veo relamerse y mirar fijamente la mesa para luego dirigir la vista hacia un letrero solitario que cuelga de la pared: «Quien robe las mantas de esta habitación tendrá que responder ante la ley».

—¿Quién te ha dado todo esto? —me pregunta Karl—. ¿El panadero?

—La hija del panadero —le contesto.

—¿Es guapa? —sigue preguntando—. Debe de serlo. Las mujeres guapas son las únicas que deberían tocar dulces como estos.

—Regular —le respondo—. Es atractiva, sí. Pero no diría que es guapa.

—Cásate con ella —bromea Karl—. Cásate con ella y tráela a vivir aquí con sus maravillosos dulces.

—Nunca se sabe —digo yo.

—¿Qué te parece la idea? —le pregunta a Werner—. La bonita hija de un panadero inspiraría tu arte y los dulces te llenarían esas piernas flacuchas con un poco de carne.

Werner no contesta. Sigue con la mirada fija en los donuts de la mesa. Antes de llenarnos del todo, partimos la tarta. Queremos reservarle un hueco porque es un manjar especial. No muy a menudo logramos hacernos con un manjar tan especial como una tarta de coco.

Es un buen tipo, ese panadero. Tiene un corazón de oro. En vez de una chica atractiva, como les he dicho a Karl y a Werner, los dulces me los ha dado un hombre

de bigote descuidado que resuella al respirar. Si tiene una hija atractiva, yo no la conozco. Pero les he dicho que se trataba de una chica para presumir un poco.

Cuando terminamos de comer nos aflojamos el cinturón. Estamos hasta los topes. De los ojos de Werner ya ha desaparecido la expresión de angustia e incluso le hemos visto sonreír, entre bocado y bocado, un par de veces.

—Algún día se acabará esta situación —dice Karl—. Algún día podremos comer todo lo que queramos puesto que hay más que suficiente para todos. Algún día lo conseguiremos.

—¿Te refieres a una revolución? —pregunta Werner.

Son las primeras palabras que ha pronunciado desde que ha entrado en la habitación.

—Sí —admite Karl—, aunque no ahora. Ahora no hay líderes. Pero algún día surgirá uno de las masas.

—Tienes razón —asiente Werner—. Algún día habrá más que suficiente para todos.

Werner vuelve la mirada hacia las migajas de donut que han quedado en la mesa y se le iluminan los ojos. Si yo fuese un capitalista, me mantendría alejado de Werner cuando llegara ese día.

Estoy harto de tanta palabrería. Para detener una revolución de desgraciados no hace falta más que una bolsa de dulces. He visto a un único policía echar a patadas a cien vagabundos de una gran avenida. Un vagabundo con el estómago vacío no tiene agallas para hacer nada. Y con el estómago lleno no ve la necesidad de armar jaleo. ¿Para qué va armar jaleo si su barriga está satisfecha?

—No es justo —continúa Karl—. No hay justicia en este mundo. La gente no es consciente de lo que pasa, no ve lo que yo veo en los parques y en las colas de comida. Ayer me senté en el parque y me quedé contemplando las nubes bajas y oscuras que iban cubriendo el cielo. Me gusta sentarme y observar a los vagabundos que se pasean por allí. Ayer los vi mirando las nubes que avanzaban a través de un cielo cada vez más ensombrecido. Los vi olfateando el aire, pues son capaces de olfatear una tormenta. Los vi escabullirse como ratas hacia sus madrigueras. «Soy afortunado —pensé— porque al menos tengo un techo.» La mujer que estaba sentada a mi lado en el banco no tenía adonde ir. Y el bebé que llevaba en brazos tampoco. Era evidente. Era evidente por la manera en que miraba el cielo, por la manera en que apretaba la manta del bebé al oír el estrépito de los truenos. Se trataba de una mujer joven, una mujer joven que había olvidado qué aspecto tiene una hamburguesa. Lo supe por la expresión de sus ojos: había hambre en su mirada. Igual que la hay en la mirada de Werner, en la tuya y en la mía. La misma mirada que tenía Jesucristo.

»—Mejor que se busque un sitio para resguardarse —le dije—. La tormenta va a ser de las buenas.

»La mujer me miró con atención, pero como si no me oyera.

»—¿La tormenta? —preguntó—. Ah, sí, la tormenta.

»—El bebé se va a mojar —insistí—. Esa manta es muy poca cosa. Mejor que se busque un techo para no empaparse.

»—No tengo adonde ir —me dijo.

»—Ya, esto es un infierno —me lamenté.

»—Sí —asintió ella—. Lo es para el bebé. A mí no me importa. Estoy acostumbrada a la lluvia y también a mojarme.

»—¿Cuánto tiempo tiene?

»—Dos semanas. Mañana cumple dos semanas.

»Entonces se giró de frente y dirigió la mirada hacia la oscuridad. Yo seguí allí sentado, tratando de adivinar qué estaba pensando. “Si supiese lo que esa mujer está pensando, no viviría en una pocilga —me dije—. Me pondría a escribir el libro que escribiré el día que descubra qué es lo que piensan esas personas cuando se sientan en el parque y dirigen la mirada, perdida, hacia la oscuridad.”

»Un policía se acercó por el paseo y nos miró desconfiado.

»—Amigo, más vale que te lleves a tu mujer y a tu hijo a casa —me dijo—. Se acerca un huracán. En diez minutos lo tendremos encima.

»—De acuerdo, agente —le dije yo—, de acuerdo. Desde luego, el viento es cada vez más fuerte.

»Así que me levanté, pero la mujer se quedó allí sentada mirando al frente. Llevaba veinte centavos en el bolsillo y los palpé.

»—Señora —le dije—, no puede quedarse aquí sentada con esta tormenta. El bebé se morirá de difteria. —Entonces le ofrecí una de las monedas de diez centavos—. Métase en esa cafetería y espere a que pase el temporal. Ahí le darán un buen plato de comida por diez centavos.

»La mujer tendió la mano y cogió el dinero. Por el modo como cogió el dinero supe que había hecho lo correcto. Estaba hambrienta.

»—Gracias —me dijo—, muchas gracias.

»—No hay de qué —repuse yo.

»A medida que me alejaba, miré hacia atrás y la vi apretando al bebé entre sus brazos mientras cruzaba la calle en dirección a la cafetería. Yo me quedé en unos billares hasta que pasó la tormenta y, al salir, me dirigí a esa misma cafetería para tomarme un café. La mujer todavía estaba allí, sentada junto a la ventana. Cuando me sirvieron el café me acerqué a su mesa y me senté. Ella no pareció advertir mi presencia porque siguió mirando fijamente a través de la ventana. Al otro lado de la calle reluciente de lluvia se veía el parque, que en aquel momento, sumido en la oscuridad y completamente mojado, ofrecía un aspecto inhóspito.

»—Veo que no ha tenido problemas para resguardarse de la lluvia —le dije.

»La mujer se giró de inmediato y al verme dio un salto.

»—Oh —se sorprendió—, pensaba... pensaba que se había ido.

»—He venido a tomarme un café —le expliqué—. El café de aquí es bueno y solo cuesta cinco centavos. Un poco más arriba te cobran diez centavos. Diez centavos por

una taza de café, y además de café malo.

»—Sí, sí —asintió—. De café malo.

»La mujer no apartó la vista de la ventana. Había algo desesperado en su mirada.

»—¿Sabe qué opino de los tipos que le cobran a un desgraciado como yo diez centavos por una taza de café malo? —insistí.

»—Sí, sí —repitió ella—. De café malo, de café malo.

»Entonces me di cuenta de que sus respuestas no tenían sentido. A aquella mujer le pasaba algo. Había advertido que le pasaba algo al sentarme en su mesa. Y en aquel momento descubrí lo que era. El bebé. El bebé no estaba allí, el bebé no estaba con ella.

»—¿Dónde está el bebé? —le pregunté.

»La mujer no me contestó.

»Le seguí la mirada a través de la ventana. ¡Dios mío! Allí, en uno de los bancos, a pesar de la oscuridad del parque, pude distinguir un borrón blanco. Enseguida supe lo que era. Enseguida supe que el bebé era aquel borrón blanco. Al parar de llover, la mujer había salido y lo había dejado en un banco. Y ahora estaba esperando a que alguien se lo llevara. Nos mantuvimos callados durante un rato. Nos limitamos a seguir allí sentados sin apartar la mirada del borrón blanco del banco.

»—¿Y si se cae? —le pregunté en un susurro.

»—No puede caerse —me contestó—. He enganchado la manta al banco.

»Entonces vimos a un vagabundo que se acercaba sin prisa por el paseo. Lo vimos detenerse junto al banco, mirarlo extrañado y luego cruzar la calle disparado. Unos segundos más tarde volvió con un policía que había en la esquina. El policía echó un vistazo al borrón blanco y acto seguido regresó a la esquina e hizo una llamada desde una cabina.

»La mujer se levantó. Ya había visto todo lo que quería ver. Se caló el sombrero hasta los ojos para que el policía no pudiese reconocerla y me dijo:

»—Gracias por el dinero.

»—No hay de qué —le dije yo.

»—Mañana cumplirá dos semanas. Pero no me echará de menos, ¿verdad? ¿Cree usted que lo hará?

»—Es demasiado pequeño para echarla de menos —le contesté—. Ellos cuidarán del bebé. Y ahora es mejor que se vaya.

»La mujer salió a la calle y se alejó por el paseo a toda prisa.

»Yo me quedé allí sentado, bebiéndome el café a sorbos. En eso, un coche se detuvo junto a la acera y vi al policía que cogía al bebé y se lo daba a una mujer que ocupaba el asiento trasero. Cuando el coche se marchó, el policía se quedó allí plantado, inspeccionando el parque con la mirada. Estaba buscando a alguien. Paró a varios vagabundos que pasaban por allí, habló con ellos un poco y luego los dejó ir. «¡Dios mío! —se me ocurrió pensar—. El policía me está buscando a mí. Seguro que piensa que el bebé es mío y si le digo que no lo es, no me va a creer. Me meterán en

la cárcel y dejarán que me pudra allí dentro.” Fue entonces cuando me levanté de la mesa y salí a la calle. Y pegado a la pared, aprovechando la protección de los toldos, me largué a casa.

Karl deja de hablar. Está convencido de que nunca hemos oído una historia tan horrible como la de esa mujer que abandonó a su bebé en el parque porque no podía alimentarlo. Karl es muy sensible. Pero esa historia no es para tanto. Y si digo que esa historia no es para tanto es porque he visto cosas peores.

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera. Ha empezado a llover. Las gotas salpican el cristal produciendo un leve golpeteo. Abajo, las calles brillantes relucen en la oscuridad. Un vagabundo se encoge debajo de un toldo. Está empapado y parece abatido. Y aunque se arrima todo lo que puede a la pared del edificio, no logra escapar de la lluvia. No se puede escapar de la lluvia, sé muy bien que no se puede. Hace una noche de perros y él se siente como un perro. Lo imagino recorriendo las calles bajo el aguacero, pasando por delante de las casas, mirando hacia el interior de las ventanas. Allí, sentadas alrededor de la chimenea, ve a las personas que viven en esas casas. Mientras él se moja y pasa frío, esas personas están calientes y secas. Las ve leyendo el periódico. Leen sobre él. Puede que no lo sepan, pero así es.

—He leído en la prensa —los oyes decir— que en la calle 10 van a empezar a repartir comida. La cosa va mal. Es una lástima que vaya tan mal.

Luego pasan de página y nadie se acuerda del vagabundo que se está mojando. Pero el vagabundo que se está mojando no se olvida de nada. El agua que se desliza por su ropa empapada no le deja olvidar. Y las punzadas en la boca del estómago tampoco. En los parques y en las calles ocurren muchas cosas desconcertantes.

Me tumbo en el suelo, junto a la ventana, y cierro los ojos.

## Capítulo 7

Está nevando. Aunque los copos se derriten al caer, en el suelo se acumulan algunos centímetros de aguanieve. Las suelas de mis zapatos están sueltas. La del pie derecho sube y baja al andar. Esta mañana la até a la puntera del zapato con un cordel, pero el cordel se deshizo en una hora. Mañana la ataré con un trozo de alambre. Si la ato con un trozo de alambre, me durará una semana. Tengo los zapatos llenos de agua, la noto filtrarse entre los dedos de los pies a medida que camino. Y también al caminar, veo que de las suelas me salen burbujas. Además, estoy congelado de frío. Me levanto el cuello del abrigo y me cubro con él las orejas, pero no sirve de nada. El frío me llega de los pies, que tengo empapados, y también del viento, que aúlla en las esquinas. Y para rematarlo, llevo un abrigo fino. Se lo saqué al empleado de una funeraria. El dueño era un vagabundo que la palmó de tuberculosis en el parque. Todavía hay una mancha de sangre de la hemorragia en una de las mangas. También podría haberme quedado con sus pantalones y sus zapatos, pero estaban peor que los míos. Este abrigo es mi regalo de Navidad. Hoy es Nochebuena.

Hay luces en todas las tiendas y la gente se agolpa en ellas para hacer sus compras. De un lado al otro de la calle se levanta un gran arco con espumillón dorado y plateado. Y a lo largo del arco, luces de colores diferentes forman las palabras «Feliz Navidad». Las calles están abarrotadas de gente que camina apretada y se empuja. Todo el mundo ríe. Me pregunto cómo se sentirá uno al reír así. El chico y la chica que caminan delante de mí llevan riéndose toda la manzana. Él va cargado con una pila de paquetes que le llega a la barbilla. Y cuando uno de ellos se empieza a mover, ella lo devuelve de un golpe a su sitio y ambos se echan a reír. Pero no se ríen por el golpe que devuelve el paquete a su sitio, se ríen porque están locos el uno por el otro. Y además, porque es Nochebuena. Él lleva un abrigo de piel y los zapatos no le hacen ruido al andar. Desde luego, es más fácil reírse cuando no tienes frío y tus zapatos no están llenos de agujeros.

En la acera de enfrente veo un restaurante. El rótulo luminoso que hay encima de la puerta parpadea en la oscuridad: «Comida. Comida. Comida.» Seguro que en el restaurante los clientes están calientes y secos, a salvo de la lluvia y el frío de la calle. Qué agradable sería pasar la Nochebuena sentado ahí dentro, mirando lo desapacible que es el tiempo aquí fuera. Pero yo no encajo en ese lugar. Tengo cincuenta centavos, cincuenta centavos para celebrar con ellos la Nochebuena. Me paro a

escuchar a un grupo de músicos que están tocando villancicos en una esquina. Conozco el villancico que está sonando ahora: *Noche de paz*. Mi madre solía cantarme esa canción cuando era pequeño. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Eso fue mucho antes de quedarme en la calle. Y aquí estoy ahora, con la suela del zapato derecho colgando arriba y abajo. Aquí estoy, encogido en este andrajoso abrigo que saqué de una funeraria.

Avanzo hacia una pensión de mala muerte. Tengo hambre, pero no puedo comer. Porque si como, no voy a poder pagarme la cama. Está nevando y hace demasiado frío para pasar la noche en el parque. A pesar de todo, es Nochebuena y tengo hambre.

Al pasar por delante de un portal oscuro, me fijo en una chica que está allí dentro, de pie. Por su aspecto es evidente que busca clientes. La chica sale de la oscuridad y me dice:

—Eh, tú... ¿te vienes conmigo?

La miro. Miro su vestido barato de color rojo y su boina azul. Miro la expresión asustada de sus ojos. Esto no es lo suyo. Lo sé porque he visto a muchas otras y esta chica está nerviosa, no para de manosear un pañuelo.

—¿Adónde? —le pregunto.

Es una broma.

—Yo... déjalo, no me has entendido —me dice.

La chica se mira los pies y entonces advierto que sus zapatos están peor que los míos. Tiene las medias llenas de carreras que le suben desde los zapatos hasta el dobladillo del vestido. Me doy cuenta de que está en la misma situación que yo.

—No estás acostumbrada a esto —le digo—, y no se te da muy bien. ¿Por qué no vas a un albergue cristiano?

—No, no estoy nada acostumbrada. Eres el primero. Supongo que soy un poco torpe, pero todo se aprende.

—No, si de mí depende —le suelto—. ¿Tienes hambre?

—Por eso estoy haciendo la calle, porque estoy muerta de hambre.

—Tengo cincuenta centavos, vámonos a comer algo —le propongo.

—No debería aprovecharme de un tipo que está en la calle —reflexiona—, pero la verdad es que sería capaz de matar por una hamburguesa.

Avanzamos por la calle hacia el restaurante de la esquina.

—Tengo una idea —sugiere—. El dinero nos volará si cenamos en un restaurante, pero en mi habitación tengo un hornillo y con ese dinero podemos comprar lo suficiente para cinco o seis comidas.

—Es una gran idea —exclamo—. Yo me encargo de la compra. Soy gato viejo y sé cómo hacerlo. Yo entraré en las tiendas y tú me esperarás fuera.

Entro en el estanco de la esquina y cambio dos monedas de diez centavos en monedas de uno. Por cada uno de estos centavos pienso sacarles a los tenderos todo lo que esté en mis manos. Pasamos por delante de una carnicería. De la ventana

cuelga una hilera de pollos atados con un cordel. Tienen buen aspecto. Mientras los contemplamos, nos relamemos. Nos imaginamos qué bueno estaría uno de esos pollos asado a fuego lento. Pero nosotros no podemos pensar en comernos un pollo asado: no somos más que una pareja de vagabundos hambrientos que tiene como objetivo preparar un estofado. Cuando entro en la carnicería la chica continúa andando calle arriba y me espera en la esquina.

El carnicero es un hombre gordo de rostro colorado. Por encima del cinturón le sobresalen los pliegues de la barriga. Si tuviera el dinero que hace falta para alimentar una barriga como esa, todas mis preocupaciones desaparecerían. El hombre sonrío al verme. Cree que vengo dispuesto a gastarme dinero. Solo los clientes dispuestos a gastarse dinero pueden comprar uno de esos pollos de la ventana.

—Amigo —le digo—. Me he quedado en la calle y solo tengo tres centavos. ¿No podría venderme tres centavos de algún pedazo de carne que le sobre?

La sonrisa se le borra del rostro. Sabía que se le borraría. A nadie le gusta tratar con un vagabundo, ni siquiera a un carnicero barrigón. El carnicero frunce el ceño, se agacha para rebuscar en el contenedor donde van a parar los restos y saca dos pedazos de carne que empiezan a tener un color verdoso. No me los pienso quedar, no, señor. Una noche vi a un desgraciado a punto de palmarla por haberse comido un trozo de carne podrida. No se hable más: con la de carne que hay en el mundo, no voy a ser yo quien se coma la que está llena de moho.

—Amigo —le digo—, esos pedazos de carne están podridos. No esperaré que me gaste dinero del bueno en unos pedazos de carne verde.

—¿Y qué esperas que te dé por tres centavos?

—Espero que me dé restos de carne en buen estado. Carne que no esté verdosa por los lados.

—Maldita sea —se sorprende—. Me ha tocado el vagabundo exigente.

—Es que se trata de mi dinero y de mi estómago —insisto.

El carnicero maldice entre dientes, pero vuelve a rebuscar en el contenedor y saca dos trozos de carne sin ninguna mancha verdosa. Le doy los tres centavos y se los queda. Será tacaño. Mira que intentar cobrarme tres malditos centavos por dos pedazos de carne podrida. Vuelvo a la esquina, le doy el paquete a la chica y seguimos caminando.

—Ya tenemos carne —le digo—. Y en un momento tendremos pan. Sé cómo hacerlo.

Al pasar por delante de una panadería, nos detenemos y entro. Detrás del mostrador hay una mujer.

—Señora —le digo—. Solo tengo dos centavos. ¿No me vendería una hogaza de pan duro por dos centavos?

La mujer me da la hogaza de pan duro pero no tiende la mano para recibir los dos centavos.

—Guárdate los dos centavos para las cebollas —me dice—. Sin cebollas no se puede cocinar un buen estofado.

Se nota que es una mujer decente y que sabe lo que es pasar apuros. Nada que ver con el carnicero barrigudo, nada que ver con aquel malnacido. Salgo a la calle y le doy el pan a la chica. No quiero entrar en las tiendas con paquetes en las manos. Si los tenderos creen que tengo algo de dinero, no aceptarán el regateo. Cuando pasamos por delante de algún comercio que tiene buen aspecto, yo me detengo y entro. Pronto vamos tan cargados que no nos cabe nada más en las manos. Me he gastado los veinte centavos que he cambiado, pero todavía me quedan treinta para cuando se acabe todo lo que hemos comprado. No hay nada como regatear. Una vez, en Saint Louis, usé el mismo truco en los restaurantes y comí durante toda una semana con tres centavos.

—Hace días que no pruebo bocado —les decía—. ¿No me servirían media taza de café por tres centavos?

Eso no era mendigar. Si una taza de café cuesta cinco centavos, media taza solo debería costar dos y medio. Les estaba ofreciendo la oportunidad de que ganasen medio centavo de más. Pero no me servían media taza, me servían la taza entera. Y, a veces, también algo de comer. Todavía estaría alimentándome con esos tres centavos si no se los hubiese quedado algún malnacido como el barrigón de la carnicería. Siempre hay alguien que se encarga de dejar sin blanca a los vagabundos.

La chica y yo seguimos caminando, ahora en dirección a su casa.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —me pregunta.

—Hace tanto que ya ni me acuerdo —le contesto.

—¿Y no lo pasas mal? ¿No lo pasas mal cuando pides las sobras delante de los demás?

—Antes lo pasaba mal. Al principio me alimentaba con café y donuts porque me daba vergüenza pedir delante de la gente. Pero no puedes pasarte la vida alimentándote con café y donuts. El cuerpo no aguanta tanta grasa. Para mantener el estómago en buen estado es necesario comer de vez en cuando como Dios manda. El café y los donuts te van consumiendo por dentro.

—¿Cuánto tardaste en acostumbrarte? —insiste—. ¿No lo sigues pasando mal en el fondo?

—Los que te lo hacen pasar mal son esos carniceros miserables que te dejan sin un centavo y te insultan entre dientes. Pero no los que son como la mujer de la panadería. Esa mujer sabía que esta es una mala época, sabía lo que es estar en apuros, y estaba dispuesta a darle una hogaza de pan duro a un vagabundo hambriento.

—¿Y cómo es que no vas de puerta en puerta por las casas? —continúa—. ¿Es que la gente no te da nada?

—Yo solo pido en las casas de color amarillo —le digo—. Las casas de color amarillo me dan suerte, pero tiene que ser un amarillo claro. Hay vagabundos que

solo piden en casas de color verde, pero yo prefiero las que están pintadas de amarillo claro, de una tonalidad exacta de amarillo.

—¿Y alguna vez buscas trabajo? ¿Alguna vez has intentado dejar de vagabundear y volver a llevar una vida normal?

—Claro que sí. De vez en cuando lo intento. ¿Pero qué le voy a hacer si cuando pido trabajo se ríen de mí por pedirlo? No hay trabajo. Y últimamente apenas lo busco. A veces, cuando duermo en el parque, me despierto durante la noche, enciendo la pipa y me pongo a mirar las estrellas que lucen en el cielo, allá arriba. «Soy un hombre —me digo a mí mismo—. Y esto no es manera de vivir para un hombre. Mañana encontraré trabajo. Mañana llamaré a todas las puertas hasta que alguien me ofrezca algo. Voy a conseguir que me den trabajo.» A lo largo de la noche doy chupadas a la pipa y apenas puedo esperar a que se haga de día para ponerme en marcha. Pero llega la mañana y hace frío. Y avanzo tiritando por la calle, envuelto en este abrigo fino que conseguí en una funeraria. Me presento en las fábricas, en las tiendas y en los restaurantes con el estómago vacío. «¿Tienen trabajo? —les digo—. Cualquier tipo de trabajo. Estoy dispuesto a trabajar por lo que quieran, trabajaré por casi nada.» Pero sacuden la cabeza: no hay trabajo. Y al final ya no puedo preguntar. Tengo demasiada hambre. Y a un hombre con tanta hambre le falta energía incluso para pedir trabajo. Además, es de día. Las cosas se ven muy diferentes si las miras de noche o de día. Por la noche, tumbado en el parque y con la vista fija en las estrellas, es fácil encontrar trabajo. Pero de día, al calor y a la luz deslumbrante del sol, no resulta tan fácil. Todo lo contrario.

Entramos en el barrio chino, que es donde vive la chica. El barrio chino es el único lugar donde puedes alquilar una habitación por un dólar a la semana. La miro y ella me devuelve la mirada. En este mundo, no somos más que dos personas, dos personas iguales. Sabemos que somos iguales. Las punzadas que sentimos en la boca del estómago y la falta de sueño que se acumula en nuestros ojos nos han unido. No decimos nada más, no sentimos la necesidad de hacerlo. Yo voy cargado de paquetes, ella me coge del brazo y seguimos caminando.

Nos metemos en el portal de un destartalado edificio de ladrillo rojo y subimos por las escaleras hasta el tercer piso. La alfombra del vestíbulo está deshinchada y sucia. Pero es que las personas que viven aquí no han elegido el sitio por su elegancia. Si viven aquí es porque no tienen otro lugar donde vivir. En este barrio, los policías no molestan a las chicas que hacen la calle. Precisamente para eso está este barrio. Entramos en su habitación. Es un cuartucho diminuto, pero está limpio. Ella se encarga de mantenerlo así de limpio. En la habitación hay una cama y una silla, y encima de una caja descansa el hornillo. Puedes comer en la cama o directamente del hornillo. Mientras tengas algo que comer, eso es lo de menos. La cama es de matrimonio. Todo un detalle por parte de la propietaria: si en las habitaciones no hubiese camas grandes, el hornillo no tendría ninguna utilidad porque para comer no habría nada.

—Estos son mis aposentos —me dice la chica—. Y esa, mi cocina. ¿Qué te parece?

—Me parece una mansión —exclamo—. Hace dos años que vivo en los albergues cristianos.

Dejo los paquetes junto al hornillo y me siento en el borde de la cama. Llevo todo el día pateando las calles, todo el día mendigando. Y estoy cansado. No es fácil conseguir cincuenta centavos mendigando.

La chica se quita la boina y se pone a cocinar. La miro hacerlo. Es bonita. El pelo, castaño, y los ojos, azules, la favorecen. Un par de comidas decentes serían suficientes para llenarle las mejillas y borrarle la palidez del rostro. Hablamos mientras cocina. Le digo que el malnacido de la carnicería me ha dejado sin blanca y se ríe. Yo también me río. Nos entendemos, nos caemos bien. Yo no vivo así por capricho y ella tampoco.

La chica pela las patatas y yo limpio la cafetera.

—Mozo, la sal —me dice.

—Aquí la tiene, señora, y también la pimienta.

Nos lo estamos pasando bien. No hace falta gran cosa para que una pareja de vagabundos hambrientos pase un buen rato. Basta con el chisporroteo de las patatas que se están friendo en el hornillo; basta con el café, que inunda la habitación con su aroma.

—Es extraño cómo se conoce la gente, ¿no crees? —me pregunta—. ¿No te parece extraño que te haya conocido parándote en la calle?

—Los vagabundos siempre hacemos cosas extrañas —le contesto—. No podemos actuar como lo hacen los demás. Estamos obligados a hacer todo lo que esté en nuestras manos. Una vez, una mujer se negó a darme algo de comer. Entonces me senté en la acera, delante de la entrada de su casa, y me pasé el día allí sentado, con la cabeza hundida entre las manos. La mujer salió al anochecer y me dio algo de comida. Durante las dos semanas siguientes trabajé en su jardín. A veces todavía le escribo. Tenemos que comportarnos lo mejor que podamos.

—¿Qué has pensado de mí cuando te he parado? ¿Qué has pensado de una chica capaz de caer tan bajo?

—He pensado que se estaba muriendo de ganas de comerse una hamburguesa. Que no había probado una en toda la semana.

Se ríe.

—Pues estás en lo cierto —asiente—. Solo que en vez de una semana, llevo dos sin probarlas. Durante tres días me alimenté con unos cuantos nabos y remolachas que tenía por aquí. Pero estos dos últimos días, nada de nada.

—Cuando llevas dos días sin comer, las cosas se ven diferentes —le digo—. Lo sé porque a mí también me ha pasado. Yo he robado y he hecho cosas peores que robar cuando llevaba dos días sin probar bocado.

—Sí, las cosas se ven diferentes —afirma—. Lo que se supone que está mal deja de estarlo cuando la única cosa que está bien es conseguir algo de comer. Cuando he salido del portal para pararte, lo que quería era comida. Nada de lo que hiciera podía estar mal si me servía para conseguirla.

—Así me sentía yo el día en que me propuse golpearle a un tipo en la cabeza —le confieso—. Así me sentía el día en que me decidí a atracar un banco.

—Pero no golpeaste a ese tipo ni tampoco atracaste el banco, ¿verdad? Solo te propusiste hacerlo, ¿no es eso?

—Sí, solo me lo propuse. No tuve valor para golpear al hombre. Y en cuanto al banco, si la pistola no se me hubiese enredado con el forro del bolsillo, lo habría atracado. Pero quizás ha valido la pena que no lo hiciese. Porque de no ser así, lo más probable es que ahora no estaría aquí. Y me alegro de estar aquí.

—Yo también me alegro de que estés aquí. Y de estar aquí contigo. Me alegro de haberte parado en la calle.

—Y yo me alegro de que me parases a mí y no a otro tipo. Puede que ese otro tipo no hubiese sabido regatear en las tiendas.

—Regatearemos más veces —añade—. Y no aceptaremos carne con manchas verdes. No vamos a gastarnos dinero del bueno en unos pedazos de carne podrida. Con la de carne que hay en el mundo, no seremos nosotros los que nos quedemos con los trozos llenos de moho.

Me está imitando y ambos reímos.

—¿Y qué me dices del pan? —le pregunto—. El pan que nos han dado está demasiado duro. Me temo que a partir de ahora vamos a tener que hacer negocios un poco más lejos. Por dos centavos deberíamos conseguir un buen pan de centeno recién hecho, y no uno que esté duro.

—Y tampoco haremos negocios con los comercios que no nos ofrezcan un pedazo de mantequilla cuando compremos cebollas para hacer un estofado —continúa ella—. Un pedazo de mantequilla y un poco de leche de vaca.

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera. En la oscuridad, un millón de luces parpadea a través de la nieve brumosa. La chica se pone a mi lado.

—En Nochebuena, tener un techo ya es mucho —me dice—. Ahí fuera hay gente que está peor que nosotros.

—¿Y qué será de este techo mañana?

—Mañana será otro día. Pero esta noche tenemos uno.

Señalo la hilera de luces que dibuja el perfil del puente a la derecha de la ciudad.

—Debajo de ese puente viven un centenar de vagabundos —le digo—. Lo sé porque yo también he pasado allí algunas noches. Debajo de ese puente viven hombres casados, hombres con hijos. Ese será su techo esta Nochebuena.

La chica me coge la mano.

—Si sientes algo por la persona que te acompaña, si quieres a esa persona, dormir debajo de un puente no puede ser tan duro —reflexiona—. Ni siquiera si es

Nochebuena.

Permanecemos de pie, cogidos de la mano, junto a la ventana.

—Me gustas —me dice—. Me llamo Yvonne.

Nos reímos.

—Yo me llamo Tom.

—¿Dónde sueles dormir?

—En el parque.

—Puedes quedarte aquí —me propone— hasta que la propietaria nos eche.

## Capítulo 8

Estoy esperando, pero, maldita sea, qué despacio pasa el tiempo cuando haces cola para que te den comida. Por delante y por detrás de mí se extiende una fila de hombres, de centenares de hombres. Y aquí estoy yo, en medio de la cola, encogido de frío. Llevo dos horas de pie. Es de noche y faltan diez minutos para que empiecen a repartir comida. El viento silba en las esquinas y me corta la piel como una cuchilla. Solamente llevo dos horas aquí. Algunos de estos desgraciados llevan cuatro. Al otro lado de la calle, la gente se detiene en la acera para contemplarnos. Para ellos debemos de ser todo un espectáculo. Una cola de necesitados que se extiende a lo largo de dos manzanas es algo digno de ser contemplado. Los tipos de la acera no hacen cola para recibir comida. Tienen un buen trabajo y nada de lo que preocuparse. Debe de ser agradable no tener nada de lo que preocuparse.

«Un minuto tiene sesenta segundos —me digo— y diez minutos, seiscientos. Si cuento despacio, cuando llegue a seiscientos empezarán a repartir comida.» Me pongo a contar. Llego hasta cien, pero no puedo seguir adelante. Tengo que parar. Hace demasiado frío para contar. Doy patadas en el suelo de cemento, levanto los brazos y los muevo. Es indignante tener que hacer cola con este frío, pero, maldita sea, no me queda más remedio que aguantarlo. Tengo hambre y tengo que llenarme la barriga con algo. Sigo esperando. Los desgraciados que hacemos cola siempre estamos esperando: esperamos a que la cola empiece a moverse. Serán malnacidos. Nos tienen aquí plantados, congelándonos, para darse publicidad. Si nos dejaran entrar y nos dieran la comida ya, ¿qué pasaría con su publicidad? Desaparecería. Y lo saben. Por eso nos dejan a la intemperie, para que la gente de la acera de enfrente no se pierda el espectáculo.

Delante de mí se produce un alboroto. Veo a un grupo de hombres que se apiña y a un policía que los devuelve a la cola a empujones. Hay un vagabundo tendido en el suelo. Es viejo y tiene el pelo canoso. Aunque sus ojos están completamente abiertos, no se le mueve ni un pelo. Se ha cansado de esperar a que la cola empezase a moverse. Está tendido en la acera de cemento, más tieso que tieso. Pienso que ese vagabundo ha tenido suerte. Para él, la espera ha terminado. Lo cubren con una manta, lo cargan en la camioneta del albergue y allá va, camino de la morgue. Cuando un vagabundo la palma en una cola como esta, nadie protesta, a nadie le importa. Le tiran una manta por encima y se lo llevan. Lo único que necesita ahora es un coche fúnebre y un hueco en el cementerio. Y eso se lo tendrán que dar. Eso es lo

único que le tendrán que dar. Por muy larga que sea la espera, a él le va a dar igual. Seguro que les revienta enterrar a un vagabundo sin sacar nada a cambio.

Después de ver a ese viejo palmarla en la calle con este frío, los hombres se ponen de mal humor. Empiezan a empujar hacia delante y a insultar a los responsables del albergue por tenernos aquí plantados a la intemperie. Y al darse cuenta de que estamos realmente enfadados, abren las puertas y nos dejan entrar.

Un empleado del albergue nos da un plato hondo de hojalata, un vaso, también de hojalata, y una cuchara. Lo cogemos todo y avanzamos hacia esos otros empleados, que esperan de pie junto a unos recipientes llenos de estofado. Aquí dentro hace un calor asfixiante. Los empleados que se encargan de servir la comida están sudando. Las gotas de sudor se deslizan por sus rostros y acaban cayendo en los recipientes. Pero eso no tiene importancia. ¿Acaso un poco de sudor va a molestar a estos vagabundos? ¿Qué más da que se les remueva el estómago?

Con nuestro plato de estofado y nuestro vaso de agua nos sentamos en una mesa. La sala está repleta de mesas como esta. Otro empleado avanza por el pasillo con un cesto lleno de mendrugos, nos los lanza como si estuviese dando de comer a los cerdos y nosotros los cogemos al vuelo. El estofado está cocinado con zanahorias podridas, pero nos lo comemos. Tenemos que hacerlo. No podremos enfrentarnos al frío de la calle con la barriga vacía. Me zampo el estofado y me largo. El hedor de este lugar me da náuseas, huele a letrina.

Y ahora tengo que encontrar un cigarrillo. Me muero de ganas de fumar, pero no tengo tabaco. Inspecciono el bordillo de la acera con la mirada. Si alguien tira una colilla en la acera, lo más seguro es que el viento la arrastre hasta el bordillo. Las colillas más grandes siempre se encuentran junto al bordillo de la acera. Veo que hay una delante de una tienda. Es una colilla de las buenas, apenas se la han fumado. Desde luego, el tipo que la ha tirado estaba forrado. Me acerco despacio a la colilla, me paro, coloco los pies de manera que desde la tienda no puedan verla y me agacho para atarme el zapato. Pero en vez de atarme el zapato, recojo ese cigarrillo medio empezado. Mejor que los tipos de la tienda no me vean.

De camino hacia el albergue me detengo junto a un vagabundo que está apoyado en un poste de teléfono. El tipo tiene muy buen aspecto y lleva un rollo de tela metálica debajo del brazo. Nadie diría que es un vagabundo.

—El estofado estaba asqueroso —le digo.

—¿El qué? —se sorprende.

—Esa bazofia que nos ponen en el albergue.

—¿Es que te comes eso?

—¿Qué remedio me queda? —me defiendo—. O eso, o me muero de hambre.

—Un vagabundo con dos dedos de frente no tiene por qué comerse esa bazofia ni tiene por qué morir de hambre —me suelta.

—Si tú lo dices —dudo.

—Pues sí, yo lo digo —afirma—. Mira, aquí tengo diez centavos. —El tipo se saca una moneda de diez centavos del bolsillo—. ¿Qué te comprarías con diez centavos?

Lo pienso. ¿Qué podría comprar un vagabundo medio muerto de hambre como yo con una moneda de diez centavos? Por lo pronto, una taza de café me solucionaría la papeleta. Cuando tienes hambre, una taza de café caliente da para mucho.

—Café y dónuts —le digo—. Eso es lo que compraría si tuviese diez centavos.

—Y esa es la razón por la que comes bazofia —me dice él.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Que no utilizas el cerebro. ¿Por qué te crees que cargo con este rollo de tela metálica debajo del brazo?

—Desde que te he visto en la esquina que me lo estoy preguntado. ¿Por qué cargas con él?

—Por la policía —me responde—. Por eso lo cargo.

—¿Y qué tiene que ver la policía con la tela metálica?

—Cuando pasas por una calle importante —me dice—, ¿cómo caminas: rápido o despacio?

—Cualquier vagabundo te podría responder a eso —le digo yo—. Por una calle importante paso como un rayo. Si no caminas deprisa, los malditos policías te paran y te registran allí mismo.

—Tienes razón —admite—. Pero yo no apuro el paso en ninguna calle importante ni en ningún otro lado. Y los policías no se meten conmigo.

—¿Que no se meten contigo?

—No. No se dan cuenta de que soy un vagabundo. ¿Dónde se ha visto a un vagabundo con un rollo de tela metálica debajo del brazo?

—Eres un tipo listo —le digo—. No se me había ocurrido.

—Es tan fácil ser un vagabundo listo como un vagabundo tonto —me asegura—. Eso sí, los policías son todos tontos. Con un poco de vista, puedes engañarlos siempre que quieras.

—Todavía no me has dicho qué vas a hacer con esa moneda de diez centavos —lo interrumpo.

—Te voy a enseñar un par de trucos. Pero trucos de verdad, nada de imitaciones —me dice—. Ahora nos gastaremos este dinero en dos dónuts, ¿de acuerdo? Luego saldremos corriendo hacia una esquina donde veamos a un grupo de señoras esperando el tranvía. Dejaremos uno de los dónuts en el suelo y nos situaremos en la acera de enfrente. Cuando el grupo de señoras se haga más grande, cruzaré la calle a toda prisa, me lanzaré a por el dónut y me lo zamparé como si hiciese una semana que no he comido, ¿de acuerdo? Las mujeres son blandas, y con este truco puedes sacarte un pavo y a veces hasta dos.

Es evidente que este vagabundo es inteligente y que además tiene imaginación.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —le pregunto.

—Desde que me quedé en la calle.

—¿Y los policías? ¿No te han fastidiado nunca el truco?

—¡Los policías! —exclama—. Soy demasiado listo para ellos. Ven. Ahora verás por qué me niego a comerme esa porquería de los albergues.

Entramos en una panadería y compramos un par de donuts, un par de donuts grandes, recubiertos de miel. Nunca he visto nada tan bonito como esos dos donuts. Y no me extraña. Maldita sea, estoy muerto de hambre. Me gustaría hincarle el diente a uno, pero sé que sería una estupidez. Después de comérmelo, tendría más hambre que antes. Cuando estás hambriento y comes un poco, siempre te quedas con más hambre de la que tenías. Además, no podemos perder tiempo comiéndonos uno de esos donuts porque estamos a punto de poner en práctica un truco muy bien pensado.

Avanzamos sin prisa por la calle hasta que localizamos una esquina que nos parece apropiada. Un grupo de mujeres espera allí el tranvía. Cuando el tranvía pasa y se las lleva, aprovechamos para dejar uno de los donuts en el bordillo de la acera. Lo dejamos a la vista para que cualquiera que esté esperando el tranvía pueda verlo. Yo me quedo con el otro donut. Entonces cruzamos la calle y esperamos. En un momento se forma un nuevo grupo de mujeres en la esquina. También hay algunos hombres, pero no nos interesan. Los hombres son duros y las mujeres, blandas. A las mujeres no les gusta ver a un vagabundo que está en las últimas, mientras que a los hombres les da igual que ese vagabundo se muera de hambre.

—Ha llegado el momento —me dice mi compañero, y empieza a cruzar la calle.

Yo me quedo donde estoy y lo observo. Desde luego, ese tipo tiene agallas. No hay duda de que las tiene. Ahora entiendo por qué se niega a comerse la bazofia de los albergues. Un tipo con tanto arrojo puede vivir como un rey. Lo veo detenerse en medio de la calle y posar la mirada en el donut que está en el bordillo. Es toda una tentación. Espero a que se lance a por él, pero no se mueve. Ese vagabundo es muy astuto, sabe lo que tiene que hacer. Se queda de pie, con la mirada fija en el donut. Las mujeres reparan en él. Seguro que se preguntan qué hace ese hombre plantado en medio de la calle con la mirada fija en un donut. Entonces sigue caminando, llega a la acera y se para un poquito más arriba. Pero enseguida vuelve atrás, se desvía hacia el bordillo y se hace con el donut en un abrir y cerrar de ojos. Luego se detiene junto a un poste de teléfono y lo devora. Por el modo como actúa, parece que es la primera vez que coge un donut de la calle. Nadie diría que ese tipo lleva años empleando el mismo truco. El donut se lo traga casi entero, como si estuviese a punto de morirse de hambre, como si hiciese una eternidad que no come. Eso es lo que creen las mujeres. Eso es lo que él quiere que crean.

Una mujer gorda con un abrigo marrón rebusca en su monedero y saca unas cuantas monedas. Luego se acerca al poste y se las ofrece al vagabundo, que sacude la cabeza para decirle que no, pero alarga la mano para recogerlas. Quiere hacer ver que le hiere el orgullo tener que aceptar el dinero de la mujer. Es evidente que ese tipo no tendrá que recurrir nunca a la comida de los albergues. Cuando una persona

es generosa, quienes la rodean también quieren serlo. Y así, cuatro o cinco mujeres más escarban en sus monederos y se acercan al vagabundo que se oculta tras el poste. Lo que ese tipo se está embolsando no son cuatro chavos, es dinero de verdad. Una de las mujeres le da un pavo. Desde la acera de enfrente puedo distinguir el color verde del billete. Si tuviese agallas, mañana habría otro vagabundo en la ciudad que se gana la vida dando lástima. No tendría más que lanzarme a por un dónut y las mujeres se encargarían del resto.

El vagabundo da las gracias y se aleja por la calle. Unos minutos después, voy a buscarlo. No quiero que las mujeres vean que vamos juntos.

—Eres un genio —le digo—. Es el mejor truco que he visto en mucho tiempo.

—Te va a costar mucho encontrar un truco que lo supere. No hay nada como dar lástima —me dice—. ¿Cuánto dinero crees que le he sacado a ese dónut?

—No lo sé. Pero he visto que te han dado un pavo.

—Dos pavos y sesenta y cinco centavos —me anuncia—. Eso es lo que le he sacado a un solo dónut. Y tú pretendías gastarte los diez centavos en un café miserable. Para sobrevivir en la calle hay que utilizar el cerebro y la imaginación.

Sin perder un segundo, el vagabundo y yo nos metemos en un restaurante y pedimos una comida como Dios manda. Es un buen tipo. Cuando se va, me da una moneda de cincuenta centavos.

—A los vagabundos que se alimentan con la porquería de los albergues deberían darles una patada en el culo —me dice—. Con la de dónuts que hay en el mundo, no tienen por qué tragarse esa bazofia.

Me quedo sentado en el restaurante mientras reflexiono. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo que ese tipo? Soy tan inteligente como él y también tengo imaginación. Pero no puedo hacerlo.

Me faltan agallas. Me falta el arrojo necesario para lanzarme a por un dónut delante de unas cuantas mujeres. No hay nada más que decir. Nunca tendré valor para hacerlo.

## Capítulo 9

Estoy sentado en el estribo de un vagón de equipaje. Llevo cinco horas aquí encogido, helado de frío. Los pies me cuelgan por encima de las vías y el viento, que silba por debajo, me los mueve de un lado a otro. Oigo el chirrido de las ruedas al deslizarse por los raíles y, más arriba, el rugido del motor que se pierde en la oscuridad, una oscuridad más negra que la noche. El humo y las llamas salen disparados hacia el cielo y se deshacen en chispas abrasadoras que me queman la espalda y el cuello. No noto el viento que me mueve las piernas. Las tengo congeladas, completamente insensibles. Me arrimo todo lo que puedo a la puerta del vagón y me tapo la cara con las manos. Dios mío, qué mal lo estoy pasando. No podré soportar esto mucho más tiempo. He sido un estúpido por haberme subido a este tren de pasajeros. He sido un estúpido y ahora me estoy muriendo de frío.

Me pongo a pensar. Incluso si el tren se para, ¿cómo me voy a bajar? No puedo andar. Tengo los pies congelados, no me van a aguantar. Mientras trato de pensar aquí sentado, me quedo dormido. Pero enseguida me despierto sobresaltado.

«Serás idiota —me digo—. No puedes quedarte dormido. Acabarás entre las ruedas que silban ahí abajo. Sí, esas ruedas se encargarán de ti, te harán papilla en un segundo y nunca más volverás a pasar frío.»

Me pongo a cantar. A cantar a voces. Grito con todas mis fuerzas para vencer el rugido de las ruedas y el silbido del viento que me llegan desde abajo. No quiero acabar entre esas ruedas. Puede que no sea más que un vagabundo y puede que los vagabundos estén mejor muertos, pero no quiero acabar de esa manera. Me estoy mareando. Intento cantar más alto, intento escuchar mi voz por encima del ruido del viento y de los vagones, pero no puedo. No puedo mantenerme despierto. Sé que no lo conseguiré porque me estoy durmiendo. Me pregunto si es así como un hombre se muere de frío. Porque ahora ya no tengo tanto frío, ahora estoy entrando en calor. El viento ruge con la misma fuerza que antes, así que debe de hacer el mismo frío. Pero ya no lo noto. Ahora la sensación es de calor. Dios mío, tengo que hacer algo para no morirme de frío. Muevo los brazos y me inclino para asomar la cabeza por uno de los lados del vagón. El viento me corta la cara, pero no la aparto hasta que las lágrimas me corren por las mejillas. Oh, Señor, ¿cuándo parará este tren?

El tren da una sacudida, como si hubiese un bache en las vías, y me lanza hacia delante. Oigo el chirrido de los frenos y me agarro a los extremos del vagón con todas mis fuerzas. Los dedos, congelados, al principio me resbalan, pero luego consigo

controlarlos. No tengo miedo, no estoy asustado. Me limito a mantenerme agarrado. Advierto que la velocidad del tren disminuye y distingo las luces dispersas de una población. Aunque no hay muchas luces, es evidente que el tren va a parar. Y al darme cuenta de que va a hacerlo, rompo a reír; rompo a reír como si me hubiera vuelto loco.

Mientras tanto, sigo agarrado con todas mis fuerzas a los extremos del vagón. Cuando el tren se detenga, se producirá otra sacudida, y no quiero acabar debajo de las ruedas. El tren se para delante de una estación de mala muerte. Seguro que aquí no hay policías. Lo que tengo que hacer ahora es bajar de este tren antes de que se vuelva a poner en marcha. No estará mucho tiempo aquí parado. Pero ¿cómo voy a saltar al suelo? Tengo las piernas entumecidas, congeladas. No creo que aguanten mi peso. Me las froto rápido, con fuerza. Y a medida que la sangre empieza a correr por ellas, siento punzadas de dolor. Intento moverlas y lo consigo. Las veo moverse, sí, pero no las siento. Hago un esfuerzo y me levanto, pero no noto el estribo que estoy pisando. Me inclino hacia un lado del vagón, me agarro a la escalerilla y empiezo a bajar por ella. Mientras me sujeto con una mano, guío mis piernas con la otra, y así voy bajando. Y cuando llego al último peldaño, me paro. La distancia que me separa del suelo es demasiado grande para mis pies congelados. Pero salto. Caigo boca abajo entre la carbonilla que hay al lado de las vías y oigo el silbido del tren, que emprende la marcha. Permanezco allí tumbado, con la cara ensangrentada, mientras los vagones se van alejando. Permanezco allí tumbado, con las piernas congeladas, completamente insensibles. Y tiemblo al pensar en el estribo, y en el rugido de las ruedas y el silbido del viento que me amenazaban desde las vías. Entonces hundo los puños en la carbonilla y me levanto. El dolor que me recorre las piernas me contrae los músculos de la cara, pero aprieto los dientes y me pongo en camino.

Lo que necesito ahora mismo es una taza de café. Una taza de café caliente es lo mejor para entrar en calor, puesto que el frío me ha quitado el hambre. Me las arreglo para llegar a la calle principal del pueblo, donde todavía se ve luz en los pocos establecimientos que siguen abiertos. Paso por delante de un restaurante y leo el letrero de la ventana: «Pruebe nuestras hamburguesas por diez centavos». Me pregunto si a un vagabundo muerto de frío como yo le dejarán probarlas. Entro en el restaurante. Hay dos clientes que están comiendo. A medida que me acerco a la barra, el tipo que la atiende retrocede y lanza una mirada a la caja registradora. La expresión de su rostro es de espanto. Al mirarme en el espejo que cubre la pared del fondo, comprendo que ese tipo se haya asustado. A mí también me asusta lo que veo: además de tener la cara negra como el carbón, la tengo llena de sangre por los cortes que me he hecho al caer sobre la carbonilla. Me he dado un buen golpe en la cara.

—Amigo —le digo al tipo de la barra—. Estoy sin blanca. ¿No podría darme una taza de café?

—No te puedo dar nada —me contesta—. Lárgate antes de que te eche a patadas.

¿Cómo se puede ser tan malnacido? Aquí estoy, medio muerto de hambre y a punto de morir de frío, y ese tipo no se digna ni a ofrecermé una miserable taza de café. Pero estoy demasiado congelado incluso para insultarlo. Me gustaría decirle cuatro cosas, pero tengo demasiado frío. Y aunque vuelvo a la calle y lo intento en otros dos restaurantes, todos se niegan en redondo a ayudarme. No hay manera de conseguir que me den comida para entrar en calor. Pero hay algo que voy a tener que conseguir sea como sea: un lugar donde dormir. Con este tiempo, es necesario encontrar un techo.

—¿Dónde está el sheriff? —le pregunto a un tipo que me encuentro en una esquina.

—Lo encontrarás en el taller —me contesta—, pasando el rato al lado de la estufa.

Me dirijo al taller y allí lo encuentro: un policía de pueblo, sentado junto a la estufa en el despacho.

—Jefe —le digo—, quiero que me meta en el calabozo. Me he quedado en la calle y no tengo donde dormir.

—La cárcel no es un hotel —me suelta—. No pienso encerrarte. Si te meto en el calabozo, me lo dejarás hecho un desastre.

¿Pero dónde se ha visto esto? Ahora resulta que los vagabundos ni siquiera pueden pasar la noche en un maldito calabozo. Dicen que este es un país libre, y resulta que ni siquiera podemos entrar en el calabozo para escapar del frío y del viento.

—¿Puedo acercarme a la estufa para calentarme un poco? —le pregunto—. Estoy congelado.

—A ver si lo entiendes —me increpa—. En este pueblo estamos hartos de los vagabundos como tú. Lo que tendrías que hacer es coger la carretera y largarte de aquí, maldita sea.

—¿Y qué más tendría que hacer? ¿Pegarme un tiro?

—Si mañana sigues aquí, te aseguro que desearás haberlo hecho.

Salgo a la calle y me pongo a caminar. Camino deprisa. No es que me sienta con fuerzas para hacerlo, es que no tengo otro remedio si no quiero morirme congelado. Y no exagero. Al pasar por delante de un bosquecillo de nogales, distingo allí dentro, lejos de la carretera, una casucha con luz en la ventana. Llamo a la puerta y me abre un viejo con una linterna en la mano.

—Hola —le saludo—. ¿No tendrá algún rincón donde pueda pasar la noche? Estoy congelado y no tengo casa.

El viejo me pone la mano encima de la cabeza.

—Hijo, ¿crees en Cristo? —me pregunta.

—Pues claro —le contesto—, claro que creo en Cristo. Pero ¿tiene algún rincón donde pueda dormir?

—Se acercan los últimos días —me anuncia—. Pronto se oirá el sonido de la trompeta. Arrepiéntete o arderás en la llama eterna.

Ese viejo está como una regadera, no hay duda al respecto.

—¿No tendrá algún rincón donde acomodarme? —insisto—. ¿Un cobertizo viejo o algo parecido?

Prefiero quedarme fuera que dormir cerca del viejo: está para que lo encierren en un manicomio.

—El Señor se ocupará de la oveja perdida —continúa.

Entonces me acompaña al almacén donde guardan las nueces. Es un edificio muy grande y el suelo está cubierto de nueces amontonadas. El viejo coge una pala y cava un agujero en uno de los montones. Luego extiende un par de sacos de arpillera en el fondo y me dice:

—Hijo, acuéstate en este agujero y descansa.

Hago lo que me pide.

Entonces me cubre de nueces y apila unos cuantos sacos encima de mí. Lo único que se me ve es la cara, pero también me la tapa con un saco.

—Descansa para poder pelear mejor las batallas del Señor —me dice.

Luego coge la linterna y vuelve a la casucha.

Me he quedado completamente a oscuras. Tendido bajo las nueces, me pongo a pensar. Aquí estoy, acostado en un agujero, cubierto de nueces. Antes de dormir en la calle, dormía sobre un colchón de plumas. Y pensaba que estaba en las últimas. Tenía buen aspecto, comía tres veces al día y dormía en una cama. ¿Cómo podía pensar que estaba en las últimas si no me faltaba ni techo ni comida? Pero eso fue hace dos años. Y dos años pesan como si fueran diez cuando estás en la calle. Es como si hubiese envejecido una década. En aquella época parecía un joven perdonavidas. Lo era. Y tenía algo de color en las mejillas. Pero desde entonces he caído en picado y he tocado fondo: ¿qué hay más bajo que dormir en un agujero y que te cubran de nueces? Si tuviese agallas, pienso, no aguantaría esto. ¿Por qué hay gente con tanto dinero y yo tengo que dormir en este agujero? Puede que los tipos con dinero sean inteligentes, puede que trabajen duro. No lo sé. Y no me importa. El caso es que ellos viven una realidad, y yo otra. La religión te dará la solución, dicen en los albergues cristianos. La religión y la moral. Pero ¿qué más me da la religión y la moral mientras estoy aquí, cubierto de nueces, tumbado en este agujero? ¿Se puede saber quién ha repartido el mundo y se lo ha dado a unos cuantos? ¿Se puede saber qué derecho tiene alguien a decir que ese pedazo de tierra es suyo y que tú no puedes dormir en él?

Tendido en la oscuridad, reflexiono. Hace demasiado frío para dormir. En el estribo del tren era incapaz de mantener los ojos abiertos y ahora no hay manera de cerrarlos. Oigo las ratas, que corretean por el suelo. Aparto el saco que me tapa la cabeza y fuerzo la vista a través de las sombras. Las ratas me dan miedo. Una vez, en un campamento de vagabundos, me desperté con dos ratas en la cara. Desde entonces

sueño con ratas del tamaño de un gato que se me sientan en la cara y me destrozan la nariz y los ojos. Está demasiado oscuro y no las veo. Pero no puedo quedarme aquí tumbado, esperando, porque el corazón me va a estallar. No puedo seguir aquí, escuchándolas corretear por el suelo sin verlas. Así que aparto las nueces, me levanto y sin hacer ningún ruido me dirijo hacia la carretera. Prefiero no despertar al viejo chiflado que ha cavado el agujero. No quiero herir sus sentimientos ni arriesgarme a que le dé un ataque de locura.

Camino con la cabeza gacha para evitar que el viento que aúlla me corte la cara y escucho el crujido de los árboles a los que ese mismo viento azota. Me mantengo a la izquierda de la carretera. No consigo oír el ruido de los coches que se acercan por detrás de mí. El rugido del viento no me permite oír nada. De vez en cuando, me giro y pierdo la mirada en la oscuridad, tratando de vislumbrar la luz de unos faros. Y si la veo, me paro en seco y hago una señal con la mano para que me recojan. Pero al ver mi mano alzada, nadie se detiene. Los conductores pisan el acelerador y se alejan cada vez más rápido. ¿Por qué habrían de recoger a un vagabundo hecho polvo con los pies llenos de ampollas? Es de noche y están asustados. Temen que les dé un golpe en la cabeza. Y lo entiendo. Entiendo que tengan miedo. Nadie sabe de lo que puede ser capaz un vagabundo que está muerto de frío y cansancio. En condiciones así, un vagabundo no responde de sí mismo.

Cuando llego a la altura del pueblo, lo rodeo. Las ratas me dan miedo y aquel sheriff tenía cara de rata. Avanzo hasta las vías y con cautela me meto en uno de los furgones que hay ahí parados. Empujo la puerta para cerrarla, pero no la cierro del todo. Si a lo largo de la noche el furgón empezara a moverse, quiero estar preparado para salir volando. Entonces saco un periódico del bolsillo y lo extiendo en el suelo, me quito los zapatos, que usaré de almohada, y me acuesto. Estoy exhausto y en un minuto me duermo.

No sé cuánto tiempo estoy dormido, pero me despierto con un sobresalto. Algo me ha despertado. De pronto tengo los ojos completamente abiertos y la mirada perdida en la oscuridad.

Noto algo extraño en la parte superior de la cabeza. Es una sensación que ya conozco, una sensación que me advierte de algún tipo de peligro. Tuve esa sensación cuando un tren en el que viajaba descarriló. Y también noté algo raro en la parte superior de la cabeza cuando un tipo con el que estaba hablando cayó muerto en la calle. Mi respiración se vuelve entrecortada y esa extraña sensación me recorre todo cuerpo. Lo que empieza como un cosquilleo en los pies, me sube hasta la cabeza y se convierte en un escalofrío en las raíces del pelo. Sé lo que significa y estoy aterrorizado. Me apoyo en un codo y me levanto. En la quietud del furgón, el crujido que hace el papel de periódico cuando me muevo resuena como un trueno. El rayo de luz que se abre paso a través de la rendija de la puerta no tiene fuerza suficiente para iluminar el otro extremo del furgón. Pero sé que ahí no hay nada. Lo sé porque está a mis espaldas. Sea lo que sea lo que hay en este furgón, está detrás de mí.

Me digo a mí mismo que no hay razón para tener miedo. «En el furgón estoy yo solo —me repito—. No ha sido más que una pesadilla. Llevas demasiado tiempo en las vías y se te han crispado los nervios. Tendrás que dejar los trenes durante una temporada y descansar en los campamentos. Has tirado de la cuerda demasiado.» Pero solo me digo eso para detener el hormigueo que siento en la cabeza y los escalofríos que me recorren la espalda. Porque no estoy así por subirme a los trenes. Hace tanto que lo hago que no sabría qué hacer si tuviese que dejarlo. Pero no, sé que en este furgón hay algo. Algo que está cerca, algo que está a mis espaldas. Siento una mirada que me taladra la nuca. Y esa sensación me advierte de un peligro, de un peligro inminente. Dios mío, estoy aterrado. Tengo la piel de gallina. Quiero gritar con todas mis fuerzas, quiero salir volando por la puerta, quiero precipitarme en la noche y echar a correr. Sumido en la oscuridad, alargo la mano para coger mis zapatos y me calzo, pero no consigo atarme los cordones porque los dedos me tiemblan demasiado. Me quedo sentado, temblando, intentando dominarme.

«Eres un idiota —me digo a mí mismo—, un completo idiota. Esa puerta está prácticamente cerrada: no puedes escabullirte por ahí. Sea lo que sea lo que está detrás de ti, te atraparé antes incluso de que intentes abrirla. Además, ¿quién querría hacerte daño? No eres más que un vagabundo, no tienes ni un centavo. ¿Por qué querría alguien lastimarte? Debes quedarte aquí. Debes quedarte aquí y esperar.»

Durante cinco, diez minutos, espero medio incorporado en un codo. Pero no ocurre nada. Siento el sudor, que se desliza por mi rostro y me gotea desde la barbilla. Aunque hace frío, el sudor me empapa la cara. No puedo soportar esta espera en la oscuridad. Si tengo que esperar mucho más, me volveré loco. Así que me pongo a cuatro patas y empiezo a arrastrarme hacia la puerta. Me arrastro con cuidado, creo que nunca me había arrastrado tan despacio. Si alguien me viese, pensaría que estoy completamente inmóvil. Entonces oigo un sonido y me paro en seco. Es un sonido apagado, como si algo estuviese avanzando hacia mí, como si alguien levantase un pie para dar un paso adelante, y luego hiciese lo mismo con el otro pie para ir acercándose.

De pronto, a través de la oscuridad escucho un chillido, un chillido desgarrado. El chillido de un loco, de alguien que ha perdido el juicio. Siento su presencia, que atraviesa el aire y aterriza sobre mi espalda. Me tumba en el suelo, me clava en la nuca sus garras afiladas y con sus dedos largos me empieza a apretar la garganta. Mi respiración se convierte en un jadeo. Me está estrangulando. Intento asirme a sus garras y advierto que sus muñecas son las muñecas de un hombre. Unas muñecas fuertes, cubiertas de pelo como las de un animal. Estoy tumbado boca abajo en el suelo del furgón. Me hunde las rodillas en el lomo y con los dedos, que son como hierros candentes, me aprieta más y más fuerte. Tengo el cuello tan inclinado hacia atrás, que no me extrañaría que me lo partiese. Me siento aturdido, cada vez más débil.

Como si se tratase de un sueño, soy consciente de que esas garras que se me clavan en el cuello intentan matarme, asfixiarme, mientras me debato a ciegas en la oscuridad.

Entonces consigo darme la vuelta. Las garras se sueltan, pero al deslizarse por mi cuello me arrancan la piel a tiras. Noto el escozor de la garganta y la humedad característica de la sangre. Mientras mi atacante cae al suelo, yo me levanto a trompicones. A pesar de la oscuridad, sé que ahora lo tengo delante y se pone en pie con dificultad. No es más que una masa informe, una masa informe que quiere matarme, que quiere acabar conmigo. Al verlo abalanzarse sobre mí, me agarro a una de las paredes del furgón y le lanzo una patada con todas mis fuerzas. Noto el golpe, contundente, y oigo un gruñido agudo, como el que dejaría escapar un cerdo. Le he hundido el pie en la barriga. Cae al suelo con un golpe seco, da un par de vueltas y enseguida se levanta de nuevo. El rayo de luz que se cuela por la rendija de la puerta hace centellear algo en su mano. Un escalofrío me recorre la espalda. Sé lo que es ese centelleo, sé que es una navaja. Pero no puedo dejar que me ataque con una navaja, no puedo dejar que me abra en canal. Tengo que largarme de aquí antes de que me mate. Dios mío, tengo que salir volando. Alcanzo la puerta de un salto, apoyo en ella las manos y hago fuerza para abrirla, pero parece atascada. Aunque las astillas se me clavan por debajo de las uñas, apenas siento el dolor. Estoy demasiado asustado para sentirlo. De nuevo, por detrás de mí, oigo un chillido.

Me giro con rapidez. La navaja centellea en la oscuridad, por encima de mi cabeza. Agarro la muñeca peluda que sostiene el cuchillo. La hoja afilada me hace cortes en los brazos. Sé que me hace cortes en los brazos por la quemazón y los chorretones que me salpican la cara. Forcejeo con la muñeca que sostiene la navaja y con el brazo que me golpea la cabeza. Me estoy quedando sin fuerzas, la pérdida de sangre me está debilitando. Ya no puedo sostener la mano que se aferra a la navaja. Fijo la mirada en el centelleo intermitente que se agita por encima de mi cabeza mientras peleamos a la luz de la luna que se filtra por la rendija de la puerta. El centelleo está cada vez más cerca. Le retuerzo la muñeca con todas mis fuerzas. Se la retuerzo hasta que oigo un chasquido que resuena entre los jadeos y el forcejeo. Al tiempo que el brazo se queda sin fuerza y la navaja cae al suelo del furgón con un estrépito, oigo otra vez el chillido. Y cuando me lanzo al suelo a por la navaja, un puño me aplasta la cara. Entonces me arrastro al otro extremo del furgón y, a tientas, intento levantarme, pero no puedo. Estoy demasiado débil para ponerme de pie. Así que me quedo en el suelo, temblando.

A través del rayo de luz que entra por la puerta veo a un tipo plantado, con la mirada perdida en el suelo. La navaja sigue brillando, pero no la recoge. Porque no es la navaja lo que está mirando. Lo que llama su atención es el charco de sangre que se ha formado por los cortes de mi brazo. El tipo contempla la sangre como si estuviese en trance. Entonces se deja caer de rodillas, mete las manos en el charco y grita. Lo veo embadurnarse la cara de sangre. Lo veo temblar y estremecerse, y también lo

oigo farfullar mientras lo hace. Mientras tanto, yo sigo aquí tendido, esperando a que el centelleo de la navaja se acerque, pero no se mueve. El tipo se pone de pie de un salto y se lanza hacia la puerta del furgón. Entre murmullos y balbuceos la empuja, la abre y salta a las vías. Lo oigo gritar a medida que se aleja entre los matorrales.

Me quedo tendido en la oscuridad. Tengo el brazo ensangrentado, estoy temblando y respiro con dificultad.

## Capítulo 10

Avanzamos a cuatro patas y aflojamos el ritmo cuando nos acercamos al depósito de trenes. Está tan oscuro que uno apenas distingue su propia mano. Oímos el estruendo que se arma alrededor de los vagones, al otro lado de esta valla alta de madera que nos separa del depósito. Oímos el traqueteo de las locomotoras de maniobra que empalman los furgones de nuestro tren. No tendremos que esperar demasiado. Oímos que el tren se pone en marcha y se dispone a salir. Con cautela, nos acercamos al máximo sin que nos vean los vigilantes y, al hacerlo, nos rasguñamos las manos y las rodillas con los cantos afilados de las piedras de las vías y tropezamos con las traviesas que sobresalen más que el resto. Maldecimos entre dientes. Nos arrastramos a un lado de las vías y nos apretujamos junto a un montón de traviesas. Estamos nerviosos. Los vagabundos que tienen que subirse a un tren de noche siempre se ponen nerviosos. El tren empieza a moverse. Vemos a un empleado que desde el techo de un furgón hace señales con la linterna al maquinista. Oímos los resoplidos de la locomotora a medida que se acerca. Hago un esfuerzo para escucharlos con atención. Puedes hacerte una idea de la velocidad a la que se acerca un tren si escuchas sus resoplidos detenidamente. Este tren está ganando velocidad muy rápido. Cuando pase por aquí delante iré a toda máquina. Me mantengo alerta por si aparece algún vigilante. Si ya van en el tren, seguro que están esperándonos. Los vigilantes me han pegado tantas veces que tengo el cuerpo lleno de marcas.

Veo acercarse el tren. Veo las chispas que salen de la chimenea y las llamas que saltan por encima. El resoplido del motor es constante. Se trata de un tren largo, un tren de dos locomotoras. Puedo distinguir las chispas de cada una de las máquinas. Ahora entiendo por qué avanza tan rápido. Y eso significa algo. Significa que no hará ninguna parada hasta que llegue a su destino, significa que los trenes de pasajeros se desviarán para dejar pasar a este convoy, que tiene prioridad.

Un vagabundo entrado en años coge su fardo para volver al campamento de donde venimos.

—Este va demasiado rápido —nos dice—. Mañana saldrá otro. No quiero acabar vendiendo lápices en la calle.

Cuatro o cinco vagabundos lo siguen. También saben identificar un tren que va demasiado rápido. Y tampoco quieren convertirse en inválidos que venden lápices.

Yo me agazapo en la oscuridad y espero. Un poco más adelante veo a otros vagabundos que también se ocultan junto a las vías. No son más que una sombra en la

noche. Aunque espero ser capaz de conseguirlo, estoy muy nervioso. Está demasiado oscuro para ver las escalerillas de los vagones. Tendré que localizarlas a tientas. He escogido un trozo de terreno plano para empezar a correr y me he asegurado de que no hay ningún cambio de agujas que pueda hacerme caer. Si tropiezas con algo cuando estás corriendo para subirte a un tren, seguro que no lo cuentas. Al menos ya no tendrás que preocuparte por subirte a ningún otro.

Las locomotoras rugen al pasar por nuestro lado. Me doy cuenta de que he esperado a la intemperie en vano, de que es imposible subirse a un tren como este. Va demasiado rápido. El estrépito que causa al pasar por los raíles y las chispas que escupe por las chimeneas me lo confirman. Ni siquiera me lo tendría que haber planteado. Ha sido una estupidez. Maldita sea, detesto pasarme toda la noche esperando un tren para luego dejarlo pasar porque va demasiado rápido.

Delante de mí hay un vagabundo que no piensa como yo.

«Hermano —me digo—, espero que tengas razón, porque si te equivocas, no volverás a pensar en nada.»

El tipo se pone a correr al lado del tren. Veo que se lanza a por una escalerilla y que consigue agarrarse a ella. La velocidad lo empuja con fuerza contra la pared del furgón. Desde donde estoy escucho el golpe. Pero el tipo no se suelta. Ha logrado aguantar el choque. Lo veo subir los peldaños de la escalerilla para quedarse en el techo. Vaya, ha sido bonito verlo. Ese tipo no se ha pasado toda la noche esperando un tren para luego dejar que se le escape. Es un veterano. Después de ver cómo se ha subido al tren, no hay duda de que lo es.

Otro vagabundo se pone a correr a la altura de los vagones. Es evidente que está asustado. Alarga la mano para agarrarse a una escalerilla, pero el tren avanza demasiado rápido y la aparta con una sacudida. No lo va a conseguir. Sé que no lo hará porque no tiene agallas. Para subirte a un tren, tienes que decidirte y lanzarte sin pensarlo. El vagabundo se decide a intentarlo. Lo veo alargar el brazo y agarrarse a otra escalerilla. La velocidad lo empuja hacia atrás y lo arroja contra el furgón. El golpe es fuerte. Si logra aguantar, se salvará. Pero no lo consigue. El tipo se suelta y cae de cabeza en la zanja que hay junto a la vía, una zanja cubierta de carbonilla. Dios mío, o está muerto o se está quemando vivo. Está demasiado oscuro para ver si se mueve o no. Y no voy a acercarme a comprobarlo. Me he pasado la noche entera a la intemperie esperando ese tren y voy a subirme a él. El primer vagabundo lo ha conseguido. Y si él lo ha conseguido, yo también puedo hacerlo. He subido a tantos trenes como cualquier otro desgraciado.

«Asegúrate de saltar hacia la parte delantera del furgón —me digo—. Asegúrate de lanzarte a por la escalerilla de la parte de delante. Si no logras sujetarte, acabarás en la zanja como ese vagabundo. Eso ya es bastante fastidiado, pero es que si saltas hacia la parte trasera y se te suelta la mano, acabarás entre dos furgones.»

Los tipos que caen entre dos furgones no tienen nada que hacer. En una ocasión vi a un vagabundo al que acababan de sacar de debajo de un furgón y puedo asegurar

que ese vagabundo no ha vuelto a pensar en subirse a un tren que avanza de noche a toda velocidad.

Sopeso la distancia y echo a correr junto a la vía. Alargo los brazos para tocar la pared de los furgones que pasan volando y voy rozándola con las manos. Y en cuanto noto el golpe de una escalerilla, me lanzo. Dios, qué suerte he tenido. Mis dedos han conseguido mantenerse sujetos. Me aferró a la escalerilla con todas mis fuerzas. Sé lo que viene a continuación. Mi cuerpo se estampa contra la pared del furgón. Me siento como si me quisieran arrancar los brazos y las costillas me duelen como si me las hubieran machacado. Pero lo aguanto. Lo he logrado. Estoy magullado y dolorido, pero lo he conseguido. Subo por la escalerilla hasta el techo. El viento sopla con fuerza y enfría el sudor que me baña la cara. Este tren va tan rápido que me cuesta creer que lo haya logrado. Me estremezco. Las manos me tiemblan como hojas y el corazón parece que me vaya a estallar. Siempre que consigo subirme a un tren como este, que avanza de noche a tanta velocidad, me pongo así de nervioso.

Mientras permanezco tendido en el techo a merced de las ráfagas de viento, me pregunto qué habrá sido del pobre desgraciado que ha caído en la zanja, me pregunto si habrá muerto. Sé que los vagabundos que no se han decidido a subir al tren se ocuparán de él, pero aun así no consigo quitármelo de la cabeza. Un tipo como él no debería haberse echado a la carretera, debería haberse quedado en un albergue cristiano. Un tipo como él, que no tiene agallas para subirse de noche a un tren, solo debería subirse a los que pasan durante el día. No basta con alargar el brazo y agarrarse a una escalerilla. Tienes que rozarla con los dedos y entonces lanzarte a por ella. Si lo logras, considérate afortunado. Y si no, bueno, ¿qué demonios importa? ¿Qué más da que un vagabundo se muera? En realidad, que un vagabundo esté en la calle no es muy diferente a que esté muerto. De todos modos, me alegro de estar aquí arriba y de que no me hayan hecho papilla esas ruedas que silban en las vías.

Paso dos horas tendido en el techo del furgón, hasta que el tren se detiene ante una señal que, de momento, le impide continuar avanzando. Las ráfagas de aire frío y la escarcha que cubre el furgón me han dejado el cuerpo completamente agarrotado. Tengo que encontrar un vagón vacío. En un vagón vacío hará el mismo frío que aquí arriba, pero al menos me ahorraré las rachas de viento que cortan como una cuchilla. Bajo del furgón y me pongo a correr a lo largo de las vías hasta que oigo las voces de unos vagabundos en uno de los vagones. Empujo la puerta para abrirla y me meto dentro. En este vagón ya hay unos diez hombres. Los veo andar de un lado a otro y dar patadas en el suelo para protegerse del frío. Este vagón da pena, esos desgraciados dan pena y yo también la doy. Pero ¿qué demonios importa? Los vagabundos siempre dan pena. Si no fuese así, no serían vagabundos.

Algunos hombres están tumbados en el suelo y se tapan con periódicos viejos. Son los que pasan menos frío. Al fin y al cabo, hay mantas mucho peores que las hojas de un periódico. Yo no tengo ni eso. Me siento en un rincón. El cuerpo me tiembla y los dientes me castañean igual que les castañean a los vagabundos que me

rodean. Parece que suenen al compás de la canción que entonan las ruedas del vagón. Cierro los ojos e intento dormir, pero lo único que hago es permanecer sentado mientras sigo pensando. «Aquí estoy —me digo—, en este furgón que avanza hacia el oeste. ¿Y para qué quiero yo ir al oeste? Bueno, en el oeste hace calor. En el oeste no nieva ni llueve. Así que no tendré que soportar el castaño de mis dientes cada vez que intento echar un sueño.» Como hace demasiado frío para seguir en el suelo, me levanto y me acerco a unos vagabundos.

Nos arrimamos unos a otros en un pequeño grupo. Vemos que hay un montón de tela asfáltica en el suelo. La cogemos, la rompemos en pedazos pequeños y le prendemos fuego. Las llamas parpadean e iluminan nuestros rostros demacrados y mugrientos. Un humo negro sale disparado hacia el techo e inunda el vagón. Nos acurrucamos alrededor del fuego. El humo apenas nos deja respirar, pero mientras consigamos calentarnos un poco, eso nos da igual. Golpeamos el suelo con los pies entumecidos y movemos las manos de un lado a otro. Esto no es más que un furgón cargado de vagabundos muertos de frío. Con las mejillas chupadas y los ojos enrojecidos seguro que no causamos muy buena impresión. Pero es que no nos importa causar o no una buena impresión. Lo único que queremos es calentarnos. Me quito los zapatos y acerco un pie al fuego. Lo tengo tan insensible que ni siquiera noto que me estoy quemando con la llama, y no lo aparto hasta que el calcetín se chamusca y empieza a arder. Entonces cambio de pie y vuelvo a empezar otra vez. Una y otra vez.

Seguimos acurrucados, envueltos en humo, tosiendo y carraspeando. No nos atrevemos a abrir la puerta. Si los empleados ven salir humo de este furgón, alertarán a los vigilantes en la siguiente parada. Y si los vigilantes nos pescan haciendo fuego dentro del tren, nos pasaremos el resto de nuestros días a la sombra. Pronto, la tela asfáltica se acaba. Entonces sacamos nuestras navajas y nos ponemos a raspar astillas de las vigas del furgón. Pero las vigas son duras y cuesta mucho trabajo arrancar suficientes astillas para mantener vivo el fuego, que se acaba apagando.

Me arrastro de nuevo a mi rincón y espero a que se haga de día. ¡Conque el desierto! Menuda tomadura de pelo. Según los libros, en el desierto hace un calor abrasador. Me pregunto si alguno de los tipos que ha escrito esos libros habrá cruzado el desierto de noche, acurrucado en el rincón de un furgón. Tendido en mi rincón, oigo cómo les castañean los dientes a los demás hombres. Oigo ese castaño incluso por encima del rugido de las ruedas.

—Maldita sea —se queja el vagabundo que está en el rincón enfrente del mío—. No pienso aguantar esto mucho más tiempo. Voy a conseguir una pistola, eso es lo que voy a hacer. Y les voy a demostrar a esos malnacidos que no pienso morirme de frío en un furgón de tren.

Lo veo dar patadas en el suelo para activar la circulación de la sangre.

—Ni borracho te crees tú eso —le contradice el tipo que lo acompaña—. Llevo años escuchando las mismas estupideces. Los vagabundos se congelan en los

furgones y acaban acostumbrándose. El rincón de un furgón, ese es nuestro sitio.

—Si alguna vez pongo la mano en una pistola, les demostraré a esos desgraciados cuál es mi sitio —insiste el primer vagabundo—. El día que ponga las manos en una pistola, desearán no haber nacido.

—Sí, yo también decía eso —interviene otro tipo—. ¿Y sabes qué hice el día que me cayó en las manos una pistola? Nada. Eso es lo que hice: nada de nada. Los vagabundos solo tenemos agallas para engullir bazofia y morirnos de frío. No servimos para otra cosa. Por eso somos vagabundos.

Tendido en mi rincón, pienso que ese tipo tiene razón. Los vagabundos no servimos para otra cosa. Yo también tuve en mis manos una pistola. ¿Y qué hice con ella? Lo mismo que él: nada. Quién sabe, podría estar dándome la gran vida si hubiese sido capaz de dar aquel golpe en el banco. Podría estar dándome la gran vida o criando malvas. ¿Y qué pasaría si estuviese criando malvas? ¿Es que estar criando malvas es peor que permanecer aquí tumbado, escuchando el castaño de mis dientes, que resuena al compás de las ruedas del furgón? No, no hay nada peor que esto, excepto, quizás, estar tendido en un agujero y que te cubran con nueces.

El tren se detiene junto a una torre de agua y una ráfaga de aire me abofetea la cara al tiempo que oigo abrirse la puerta del furgón. No me extrañaría que algún empleado nos echara a patadas y nos dejara tirados en este lugar olvidado de Dios. Pero no es el caso. Dos nuevos vagabundos se unen a nosotros. Llevan linternas grandes para inspeccionar el furgón y por la manera como lo hacen, enfocando las linternas a todas partes, intuyo que se trata de dos tipos con mala intención. Hace tiempo que no se afeitan y una barba mugrienta les cubre la cara. Su aspecto es sucio. Con la de agua que hay en el mundo, un vagabundo no tiene por qué ir tan sucio. Uno de los tipos lleva un parche negro en un ojo y una gabardina vieja. Y el otro, un abrigo marrón raído y un gorro de lana azul.

El tren lanza un silbido y se pone en marcha. Aquí tumbado, oigo el resoplido del motor y me pregunto cuántos kilómetros más faltan.

—A ver, desgraciados. Poneos todos en ese lado del furgón, rapidito.

Yo me levanto enseguida. Los tipos que acaban de entrar en el furgón se han quedado en la puerta y nos miran de cara. Con una mano sujetan las linternas y con la otra, sendas pistolas. Ahí, de pie, resultan amenazadores. Y también resultan amenazadoras esas pistolas grandes y negras. Uno de ellos me apunta directamente con el arma. Como el tren se mueve y da sacudidas a medida que avanza, la pistola se le puede disparar en cualquier momento. Así que no pierdo ni un segundo en ponerme donde nos han dicho. No hay duda de que esos maleantes van en serio. Si no es así, ¿por qué llevan pistolas? ¿Y por qué ese tipo me ha tenido que elegir a mí para apuntarme con su arma? ¿Por qué no apunta a cualquiera de los otros? Aparte de mí, en este furgón hay muchos vagabundos. Pero a ellos tampoco les ha hecho ninguna gracia ver esas pistolas y avanzan hacia el otro extremo del vagón tan rápido como yo.

Todos sabemos lo que pasa, todos sabemos lo que nos espera. Esos tipos son unos secuestradores que se disponen a desvalijarnos. Detesto a los vagabundos que atracan a otros vagabundos para quedarse con sus cuatro chavos. El tipo que es capaz de hacer algo así es un miserable hijo de perra. Pero no me atrevo a decirlo en voz alta. No, mientras nos apunten con las pistolas.

—Arriba las manos —dice el atracador del gorro azul.

Las levantamos de inmediato.

—Tú, pelirrojo, ven aquí —ordena el otro—. Y vosotros, piojosos, como alguno intente algo, lo acribillamos a balazos.

El vagabundo pelirrojo avanza hasta el centro del furgón. Le tiemblan los brazos, que lleva en alto. Está asustado, y con razón. Yo también estoy muy nervioso. Hace tiempo que no veo a unos matones con tan mala baba. Uno de ellos registra al pelirrojo mientras el otro nos enfoca con la linterna y nos mantiene a raya con la pistola.

—¿Dónde tienes la pasta? —pregunta de malos modos el que hace el registro.

—En el bolsillo de los pantalones —le contesta el pelirrojo—. En el bolsillo izquierdo. Pero apenas llevo cuatro perras.

—Ahora veremos cuánto llevas —dice el atracador—. Y como te pesque mintiéndome, te daré una buena tunda y te dejaré en el desierto para que los buitres se diviertan contigo.

El tipo que hace el registro es un experto. Se nota que lleva tiempo dedicándose a desvalijar a desgraciados como nosotros. Porque no solo registra los bolsillos, también revisa la badana del sombrero y el forro de la ropa. Al pelirrojo no le encuentra más que unas cuantas monedas.

—Vuelve al rincón —le ordena—. Y no bajes los brazos.

Entonces pasa a registrar a otro vagabundo. En el forro del abrigo, enganchados con un imperdible, le descubre cinco dólares. Quién lo iba a decir. Ese desgraciado lleva cinco dólares escondidos en el forro del abrigo y ha estado gorroneando caladas a los demás vagabundos. Un tipo tan agarrado merece quedarse sin un centavo.

—Conque mintiendo, ¿eh? —le dice el atracador, y le golpea en la cara con la culata de la pistola. El vagabundo sale volando, cae en el suelo y ya no se levanta.

—Eh, desgraciados, si alguno de vosotros se mueve, lo coso a balazos —dice el matón que nos apunta con la pistola.

No nos movemos.

Uno a uno, el atracador del parche nos registra a todos. Yo soy el último y me llega el turno.

—Venga, tú —me dice.

Avanzo hasta el centro del furgón con las manos en alto. El tipo me cachea. Cincuenta centavos es todo lo que llevo en los bolsillos y no encuentra más dinero en la ropa.

—¿Dónde escondes la pasta? —me pregunta—. Si no me lo dices, acabarás como tu amigo.

—Solo llevo cincuenta centavos —le contesto—. Ya tienes todo mi dinero.

—Muy bien, vuelve a ese lado.

Vuelvo donde estaba. Pero vuelvo satisfecho. El malnacido que nos ha registrado no es tan listo como pensaba. Apuesto a que soy el único vagabundo del furgón que todavía conserva algún centavo. Soy más inteligente que ese matón. Debajo de la venda que me he puesto en el brazo, llevo escondidos dos pavos. Y aunque mi brazo está en perfectas condiciones, manché la venda con un poco de yodo para que pareciese que tengo una buena herida. A mí mismo se me ocurrió esa idea para evitar que los atracadores me robaran la pasta, pues desde que me eché a la carretera, esta no es la primera vez que me tropiezo con unos ladrones.

El tren entra en una vía muerta y reduce la marcha. Va a cederle el paso a un tren de pasajeros. Los atracadores abren la puerta del furgón: saben que se aproxima una parada. Seguro que dan el mismo golpe todas las noches.

—Tumbaos en el suelo de cara a la pared —grita uno de ellos.

Lo hacemos. Cuando el tren se para, oímos a los atracadores salir a toda prisa, cerrar la puerta y echar el cerrojo. Nos han dejado encerrados aquí dentro. Todos los vagabundos del furgón se levantan y se ponen a insultar a los maleantes. Todos menos yo, que no digo palabra porque todavía llevo dos dólares debajo de un vendaje manchado de yodo.

## Capítulo 11

Es de noche y estamos en un campamento de vagabundos. Esta noche el campamento es nuestra casa. Y nuestra casa es un vertedero. Nos rodean montones de latas y botellas rotas. Y entre esos montones se han encendido hogueras. A nuestra derecha, un hombre y una mujer se acurrucan junto a las llamas. Y en los brazos de la mujer, un bebé respira con dificultad. Tiene difteria. El bebé tose hasta que la cara se le pone morada. La mujer, que está asustada, lo golpea en la espalda. El bebé se recupera durante unos instantes, pero eso es todo. No se puede curar a un bebé que padece difteria dándole palmadas en la espalda.

El hombre camina de un lado a otro entre las montañas de basura, con los hombros caídos y las manos entrelazadas a la espalda. Camina sin descanso, camina sin parar. Su rostro refleja una expresión particular. La reconozco porque también la he visto en mi cara. Cuando un vagabundo tiene esa expresión en el rostro es evidente lo que está pensando. Está pensando que ojalá Dios le pusiera una pistola en las manos. Pero ese hombre no pondrá las manos en ninguna pistola porque las pistolas cuestan dinero. Y él no tiene dinero. Es un miserable vagabundo y nunca tendrá un centavo.

¿Adónde van? No lo sé. Y ellos tampoco. El hombre busca trabajo, pero es un completo idiota porque no hay trabajo. Como no ha podido dejar que su mujer y su hijo se mueran de hambre solos, los ha traído consigo. De modo que ahora puede verlos morir de hambre con sus propios ojos. ¿Qué remedio le queda? No puede hacer más de lo que ya hace. Si se oculta en una calle oscura y le golpea a un malnacido en la cabeza, corre el riesgo de que lo pesquen y lo pongan a la sombra de por vida. Él lo sabe. Por eso se mantiene alejado de las calles oscuras y alimenta a su mujer y a su hijo con la bazofia que prepara entre estas montañas de basura.

Contemplo este campamento salpicado de fuegos. Forman un espectáculo lamentable, todos esos vagabundos con la ropa hecha jirones y las mejillas hundidas. Los veo acucillados al lado de las llamas, preparando la comida. Los veo sacar de sus fardos algunos restos de carne y ponerlos en la sartén para cocinarlos. Por la noche se acurrucarán junto al fuego. Igual que mañana y pasado mañana, y el otro... Pero no junto al mismo fuego. La policía no permite que los vagabundos se queden mucho tiempo en un sitio. Aunque el escenario no cambiará demasiado: estén donde estén, todos los vertederos tienen el mismo aspecto.

Alrededor de este fuego somos cinco hombres. Por turnos y a trompicones nos adentramos en la oscuridad para buscar leña. La leña es escasa y en los campamentos los vagabundos acaban con ella. Salgo en su busca y al intentar abrirme camino en la oscuridad, tropiezo con una alambrada de espino. Me hago rasguños y cortes en las manos, pero no me importa. No me importa porque acabo de encontrar madera suficiente para pasar la noche. Esta noche no tendremos que volver a apartarnos del calor del fuego para ir a buscar leña. Una alambrada como Dios manda se sujeta con postes de madera. Y un par de postes macizos arderán durante unas cuantas horas. ¿Qué más me da que esta alambrada sea de alguien? ¡Al diablo con todo! Somos cinco hombres y tenemos frío. Necesitamos una hoguera y necesitamos leña para mantenerla encendida. Así que cojo un tubo de hierro y me pongo a hacer palanca para soltar las grapas.

La madera es buena y arde bien. Ahora no tenemos que arrimarnos tanto a las llamas. Ya no hace frío, excepto cuando una ráfaga de viento nos golpea por detrás. Entonces nos estremecemos y nos giramos de espaldas al fuego, y ahí es cuando vemos las ratas, que corretean de un lado a otro entre las sombras. Se trata de ratas enormes, ratas que se salen de lo común. Pero yo soy más listo que ellas porque llevo conmigo una pieza grande de lona que no uso para protegerme del frío, sino para impedir que esas ratas me arranquen un pedazo de nariz mientras duermo. Lo que no consigue la lona es silenciarlas ni evitar que las note cuando se pasean por todo mi cuerpo. Las ratas de ese tamaño son pesadas. Así que cuando las tengo encima, noto perfectamente su peso, además de oírlas husmear en busca de un sitio donde atacar. Entonces me cubro la cabeza con la lona y no pueden hacerme nada.

—Ya podéis pasearos y olfatear todo lo que queráis —les digo—. Porque a mí no me vais a tocar, ratas apestosas.

Cuando miro a todos estos vagabundos junto a las hogueras, lo que veo es un cementerio. Apenas queda espacio para moverse entre las lápidas, que no son de mármol ni tienen grabado ningún epitafio. Las lápidas son los hombres, y los epitafios los llevan grabados en la palidez grisácea de sus mejillas hundidas. Estos hombres están muertos. Estos hombres son fantasmas que recorren las calles de día y se tapan con periódicos viejos para pasar la noche. Fantasmas que gimen y se agitan en la oscuridad. Los estoy viendo, los estoy mirando. De vez en cuando, un borrón blanco se levanta del suelo. Las ratas y el frío no lo dejan descansar. Es un fantasma intranquilo. Aunque quizás son las punzadas de hambre lo que le quita el sueño y la tranquilidad. O el suelo, que está duro y húmedo. En un campamento de vagabundos son muchos los motivos que hacen que los fantasmas estén intranquilos cuando llega la noche. Yo soy uno de esos fantasmas inquietos.

Miro el rostro de los hombres que comparten la hoguera conmigo. No somos extraños ya que el fuego nos ha unido. Y no nos hacemos preguntas porque no hay nada que preguntar. Estamos aquí. Y si estamos aquí es porque no tenemos ningún otro sitio adonde ir. Los hombres contemplan las llamas con sus ojos hundidos y

ojerosos. Tienen los hombros caídos y encorvados. Después de pasarse las noches buscando leña en la oscuridad para mantener encendido el fuego del campamento, todos los hombres acaban pareciéndose. Enfrente de mí, acucillado, hay un tipo con chepa que se pone a hablar. Su voz es apagada y monótona:

—Me planté en este estado en 1915, con cien pavos que me había sacado trabajando en la cosecha en Kansas. Al bajar del tren, me fui directo a la taberna del pueblo. Me había congelado durante el trayecto y necesitaba un trago para entrar en calor. Pero cuando me quise dar cuenta, estaba borracho como una cuba. Entonces, mientras estaba en la barra, un chicano se abalanzó sobre mí y yo me lo quité de encima de un empujón. De hecho, nunca me han gustado los chicanos. Y cuando me quise dar cuenta, nos estábamos peleando con navajas. Al clavarle la navaja en las costillas, dejó caer la suya y empezó a gritar. No estaba malherido, apenas fue un pinchazo, pero se asustó. Alguien me agarró y me sujetó los brazos por detrás. Pensé que iban a darme una buena tunda. Pero en aquella época era fuerte y corpulento, y a pesar de la chepa, tenía una buena espalda. Así que conseguí soltarme y darle su merecido a ese tipo. Le clavé la navaja en el corazón. Y mientras se desplomaba en el suelo, con las manos me rozó la cara. Fue un roce suave porque apenas le quedaban fuerzas. Un roce suave y ligero, como el de las manos de una mujer o de un fantasma. Todavía hoy, cuando me duermo, sueño con el roce suave y ligero de esas manos. No me enteré de que ese tipo era un policía hasta que me metieron en la trena.

»Pues bien, me cayeron veinte años. Y eso es mucho tiempo, es toda una vida. Escribí a mi madre y le dije que había encontrado trabajo en la construcción en México. Y eso es lo último que mi familia supo de mí. Quería que pensaran que había muerto allí. Quince años, ese es el tiempo que pasé entre rejas. La cárcel me arruinó la vida, como se la habría arruinado a cualquiera. Cuando salí a la calle, estaba como me veis ahora. En vez de sangre, tengo agua en las venas. No soy capaz de soportar el frío porque en vez de sangre, tengo agua.

»Cuando salí a la calle, me dediqué a vagabundear de ferrocarril en ferrocarril. Un desgraciado sin hogar, eso es lo que era. Y eso es todo lo que podía llegar a ser. Me había convertido en un viejo. Entonces se me ocurrió la disparatada idea de volver a casa para ver cómo iban las cosas y me subí en un tren que iba hacia el este. En fin, el pueblo era el mismo de siempre. Ya os lo podéis imaginar. En todos aquellos años apenas habían construido algún edificio. Pero no pasé mucho tiempo allí. Lo primero que hice fue acercarme al cementerio para buscar una tumba, la tumba de mi madre. No me costó mucho encontrarla. Sabía que estaría allí. Quince años son muchos años. En el pueblo tenía una hermana y un hermano, pero ya había visto todo lo que quería ver. Así que di media vuelta y deshice lo andado para volver a las vías. Por la noche tenía que pasar un tren en dirección oeste, y me subí a él.

Cuando el tipo termina, no decimos nada. Nos quedamos sentados, mirando fijamente las llamas. Son muchas las cosas que pueden hacer que alguien acabe en la calle. Y en un instante puedes pasar de tenerlo todo a verte sentado alrededor de un

fuego contando tu historia a un grupo de vagabundos. Los demás hombres también podrían contar la suya, si quisieran. Todos tienen su propia historia. Pero no dicen nada. Algunos no hablan nunca y de noche se los ve caminar de un lado a otro entre las montañas de basura con una expresión particular en la cara.

De pronto nos llega el sonido de unas voces desde el otro lado de las vías. Alguien se está acercando. Levantamos la cabeza. «Más vagabundos que buscan un fuego para escapar del frío», pensamos. Pero la suerte no nos acompaña. Cuatro hombres avanzan a toda prisa desde las vías. Llevan porras en las manos y pistolas enfundadas a la altura de la cadera. Es la policía. Dios, ¿es que no podemos ni descansar en un apestoso basurero?

—Poneos en fila, ratas piojosas —nos ordena el jefe.

Lo veo levantar la porra. Está deseando que se le presente la oportunidad para machacarle la cabeza a algún vagabundo.

Nos ponemos en fila. Somos veinte, veinte contra cuatro. Pero no tenemos nada que hacer. Si nos cargamos a uno de esos malnacidos, nos pudriremos en la cárcel. Si se cargan a uno de nosotros, les subirán el sueldo. Los vagabundos lo tenemos todo perdido. Y ellos lo saben.

—Arriba las manos —gruñe el jefe.

Levantamos las manos y nos registran los bolsillos. Pero al no encontrar nada se enfadan.

—Seréis hijos de perra. Estoy por machacaros la cabeza y dejaros para las ratas —nos amenaza uno de los policías—. Al fin y al cabo, no sois más que un puñado de ratas de alcantarilla.

Ese mismo policía echa un vistazo al campamento y al ver nuestras cenas calentándose junto a las llamas, se pasea de fuego en fuego y, a patadas, lanza toda la comida al suelo. Cómo me gustaría matar con mis propias manos a ese desgraciado. No somos más que veinte vagabundos hambrientos y todos hemos tenido que trabajar duro para conseguir esa comida. De hecho, los vagabundos siempre trabajamos duro para conseguir alimentarnos. Y ahora que estábamos a punto de comer, va y nos tiran toda la comida al suelo.

—Venga, largaos de aquí, coged la carretera antes de que empecemos a repartir —dice otro policía.

—Malnacido —salta el tipo que acompaña a la mujer y al bebé—. Eres un miserable malnacido.

El policía se acerca a él y le suelta un porrazo en la cabeza. Oímos un golpe sordo y vemos al tipo caer al suelo. Aunque le sale sangre del boquete que se le ha abierto en la cabeza, se levanta y avanza tambaleándose hacia el fuego. La mujer que sostiene al bebé se pone a gritar. Y nosotros empezamos a rodear a los policías al tiempo que inspeccionamos el suelo en busca de palos y piedras.

—Colguemos a esos hijos de perra —dice un vagabundo viejo—. Despellejémoslos vivos.

Los policías se dan cuenta de que vamos en serio, desenfundan las pistolas y nos apuntan con ellas.

—Al primero que me ponga la mano encima le meto un tiro —nos advierte el jefe.

Dejamos de acercarnos a ellos. ¿Qué podemos hacer ante esas pistolas que nos apuntan? Nada, no podemos hacer nada.

—Largaos por esa carretera ahora mismo y no se os ocurra volver nunca —añade otro policía.

Nos dirigimos hacia las vías. Nos espera una noche fría, con los pies llenos de ampollas y las barrigas vacías.

A unos ocho kilómetros siguiendo las vías hay una torre de agua donde los trenes se paran a veces a repostar. Si tenemos suerte, podremos subirnos a un tren que nos saque de aquí esta noche. Nos ponemos en marcha. Llevamos andado poco más de un kilómetro y medio cuando advertimos que el hombre y la mujer del bebé se han quedado rezagados. No resulta nada fácil caminar por las vías en plena oscuridad, y ellos están cansados y hambrientos. Así que deciden pararse a un lado para pasar la noche. Nosotros continuamos andando. A nuestras espaldas oímos al bebé, que hace esfuerzos por respirar, y a la mujer, que le da palmadas en la espalda.

Como está tan oscuro, avanzamos tropezando con las traviesas hasta que nos ponemos a un lado y seguimos caminando. Los abrojos atraviesan las suelas de mis zapatos, pero no me paro. No puedo pararme. Si lo hago, no seré capaz de seguir adelante porque los pies se me hincharán. Avanzo penosamente y, a cada paso, las espinas afiladas de los abrojos se me clavan más. Enderezo el fardo que llevo a la espalda y empiezo a cojear. Miro las estrellas que están ahí arriba, en el cielo, pero no me ofrecen ningún consuelo. Pienso en el pobre desgraciado que se ha quedado rezagado y me lo imagino acostado entre la maleza con su mujer y su hijo.

—Maldita sea —me digo—, si Dios existe, ¿por qué deja que pase esto?

Caminamos renqueando durante horas, cargados con nuestros pesados fardos, hasta que llegamos a la torre y nos tumbamos debajo. Nos quitamos los zapatos, esos zapatos a los que apenas les queda suela, y damos un descanso a nuestros pies cubiertos de ampollas. Permanecemos tendidos como si estuviéramos muertos y miramos al cielo. Nos pasamos la noche hablando, sin preocuparnos de que alguien nos oiga porque nos da lo mismo: lo que queremos es hablar, ya que es la única manera que tenemos de desahogarnos. El jorobado le cuenta sus problemas al vagabundo del jersey andrajoso de color rojo. Y aunque al vagabundo del jersey rojo no le importan los problemas del jorobado, en ellos reconoce algunos de los suyos, y por eso lo sigue escuchando. El jorobado no habla para sí mismo, nos habla a todos nosotros. Sus problemas y los nuestros son los mismos.

—Hace tres años que duermo a la intemperie —dice un vagabundo viejo—, pasando frío en la oscuridad. ¿Acaso va a ser siempre así? ¿Es que las cosas no van a cambiar? ¿Cuánto se supone que podremos aguantar?

—Tú y yo nos moriremos en uno de estos campamentos —interviene el jorobado—. Esto no va a ir a mejor, sino todo lo contrario. Llevo un periódico en el bolsillo. —El jorobado se da un golpecito en el bolsillo y añade—: Y el editorial de ese periódico dice que desde la depresión la salud de la gente ha mejorado. Dice que, de todos modos, la gente come demasiado y que la depresión, además de hacer que se vuelva a creer en Dios, nos está enseñando los verdaderos valores de la vida.

—Farsantes —se queja un vagabundo mientras roe un pedazo de carne medio podrida—, son unos condenados farsantes.

Imaginaos al tipo que escribió ese artículo. Imaginaos también a su mujer y a sus hijos. Los veo sentados a la mesa, con un criado de uniforme que, a sus espaldas, les sirve lo que le piden. Seguro que se pasan el día arriba y abajo en sus Rolls-Royce. ¿A que no habéis visto nunca a un tipo como ese haciendo cola en un albergue? ¿A que no? Pero el muy desgraciado escribe todas esas tonterías y la gente va y se las lee. Conque los verdaderos valores de la vida, ¿eh? Si ese tipo tiene tantas ganas de creer en Dios, ¿por qué no cambia su Rolls-Royce por un oxidado cubo de hojalata y se pone a la cola? Menudo farsante.

—Dice que para vivir lo único que se necesita es trigo —continúa el jorobado—, y que la depresión no es para tanto. Dice que la gente no se va a morir de hambre porque hay trigo de sobra. Y que si un hombre quiere comer, solo hay que darle un saco de trigo.

—¿Y se puede saber dónde está el trigo? —pregunta el vagabundo viejo—. Al venir aquí pasé por Kansas y vi que estaban quemando el maldito trigo porque resulta que está más barato que el carbón. La gente hace horas de cola para conseguir un pedazo de pan seco. Que alguien me diga dónde está el trigo.

—Y como intentes hacerte con él —dice otro vagabundo—, como intentes quedarte un poco, acabarás entre rejas en un abrir y cerrar de ojos.

A lo lejos, el silbido de un tren atraviesa la noche como un gemido monótono y solitario. Nos ponemos los zapatos, nos acercamos a las vías y esperamos. Luego nos tumbamos, pegamos la oreja a los raíles y escuchamos el rumor que nos llega a través de ellos. Intercambiamos miradas y sacudimos la cabeza. Demasiado rápido. Si ese tren no se detiene junto a la torre para repostar agua, pasará demasiado rápido para subirnos a él en marcha. No podemos arriesgarnos a intentarlo. Somos gatos viejos y el rumor que nos llega a través de los raíles nos indica si un tren se acerca a demasiada velocidad. Volvemos al lugar donde hemos dejado los fardos y nos sentamos. Si ese tren no se detiene, pasará otro mañana. Qué más nos da esperar un día, un mes o un año más. Al fin y al cabo, no vamos a ningún sitio.

A poca distancia distinguimos el humo del tren, que se aproxima. Ese tren no va a parar aquí, eso está claro.

—Se acerca por la curva —grita un chico joven—. ¿Es que no pensáis cogerlo?

Sacudimos la cabeza. Sabemos que ese tren va demasiado rápido. Basta con escuchar sus resoplidos y observar las chispas que salen volando de la chimenea.

El chico avanza hasta las vías y se queda esperando. ¿Acaso piensa intentarlo? Si lo hace, ese maldito mocoso debe de estar chiflado. Pero, qué demonios, todos los mocosos están chiflados. Y nos lo ponen difícil a nosotros, que ya somos veteranos. El tren se acerca silbando, agitándose. La locomotora y una docena de vagones nos pasan por delante sin que apenas lo advirtamos. Ese tren no puede permitirse el lujo de disminuir la marcha por un puñado de vagabundos. El chico, de pie junto a la vía, observa el tren, que pasa zumbando. Se está decidiendo a intentarlo, pero es un completo idiota solo por pensarlo. He visto a demasiados hombres con muñones en las piernas como para planteármelo. Todavía puedo andar, y eso ya es algo.

Me siento en mi fardo y observo al chico. No es más que una sombra junto a la vía. Los vagones pasan a toda velocidad y él se pone a correr a su lado. Entonces se lanza para agarrarse a una escalerilla sin darse cuenta de que es la de la parte trasera. ¡Será idiota! ¿Qué hace intentado agarrarse a esa escalerilla? ¿Es que todavía no sabe que hay que lanzarse a por las de delante? La velocidad del tren lo empuja hacia arriba y luego hacia atrás. El chico se queda colgando entre dos vagones, pero acaba soltándose y choca contra los enganches. Lo oímos gritar. Ha caído en la vía. ¡Oh, Dios mío, ha caído en la vía y esas ruedas le están pasando por encima! Nos acercamos corriendo. Está tendido junto a los raíles, completamente destrozado. Donde tendrían que haber estado su pierna y su brazo derechos, vemos dos grandes cortes teñidos de rojo. La sangre que mana de los muñones cae en el suelo y forma un charco sobre la carbonilla.

Arrastramos al chico a un lado. No sobrevivirá, es evidente que no lo conseguiremos. Tiene los ojos medio cerrados y una expresión bobalicona en el rostro. Sonríe. Pero es una sonrisa tímida, incómoda. A ningún vagabundo le gusta caer al suelo cuando intenta subirse a un tren. Le hiere el orgullo verse vencido por él. Y a pesar de estar desangrándose encima de la carbonilla, este chico también se siente humillado, de ahí lo incómodo de su sonrisa.

Me inclino sobre él.

—Amigo, ¿quieres un cigarrillo? —le digo.

—¿Qué? ¡Ah! ¡Hola! —me dice—. Sí, dame uno.

Le pongo el cigarrillo entre los dientes y se lo enciendo.

—Tengo una sensación extraña en el brazo —se queja—. Siento un cosquilleo, como si lo tuviese dormido. Ese tren iba a toda máquina. Debo de haberme dado un buen trompazo.

—Sí, ha sido un golpe de los buenos —asiento—, pero estarás bien enseguida. La verdad es que iba como una bala.

—Sí, como una bala —repite—. Al soltarme he pensado que no iba a contarlo.

El chico no sabe que está malherido. No ve los muñones ni la sangre que cae encima de la carbonilla. Me inclino un poco más para taponarle la vista. ¿Qué ganará si se entera? Al fin y al cabo, en un minuto estará muerto. No podemos hacer nada. Pronto, sus problemas se habrán terminado.

Lo miro y se me revuelve el estómago. Estoy viendo morir a un crío. Es muy duro ver morir a una persona. Incluso se me hace difícil ver morir a un viejo vagabundo, pese a saber que va a estar mucho mejor muerto. Pero ver morir a un joven es otra cosa. Se supone que los jóvenes tienen que vivir en vez de morir.

El rostro del chico ha perdido todo rastro de color. El color se ha quedado en el suelo, mezclado con la carbonilla. Cierra los ojos y el cigarrillo le cae de la boca. Se estremece. Un simple estremecimiento, como si tuviese frío. Eso es todo. Ya no está con nosotros. Saco una hoja de periódico y le cubro la cara.

Permanecemos sentados en la oscuridad, mirándonos unos a otros.

## Capítulo 12

Estoy en un albergue cristiano, acostado en la cama de arriba de una litera. Es una litera alta, de tres camas. Si mientras duermo me doy la vuelta para ponerme boca abajo, puedo caerme y romperme el cuello. El dormitorio es grande. Además de mí, hay un millar de hombres. Acostado aquí arriba, escucho el ronquido de ese millar de hombres, y no resulta agradable. Acostado aquí arriba, los escucho roncar, incapaz de dormir porque no puedo parar de pensar. Miro las vigas que hay ahí arriba y las sombras que juegan entre ellas. Son como buitres que planean en el cielo, a la espera. Buitres que se precipitan desde las vigas hasta las paredes, y que luego se abaten sobre sus presas: ese millar de hombres que descansan sudorosos en estas literas piojosas, ese millar de hombres que gimen y se estremecen. Acostado aquí arriba los oigo gemir y estremecerse, y lo único que puedo hacer es preguntarme por qué.

«Dios no existe —me digo—. Si existiera, no pasaría esto. ¿Qué han hecho esos hombres para vivir como ratas en un basurero? ¿Por qué permite Dios que vivan de esa manera?»

Está completamente oscuro. Negro, excepto por la luz y las sombras que me llegan desde el rótulo luminoso de fuera. Es un rótulo grande, que cuelga de unos alambres en la fachada del edificio. «Jesús es la salvación», se lee. Oigo el murmullo de los vagabundos que se acomodan como pueden delante de la puerta de entrada. Se apoyan en las paredes y se tumban en la acera. Esperan. Pero no hay nada que esperar. Esta noche no habrá cama para ellos en este albergue. Han llegado tarde. Aunque aquí hay camas vacías de sobra, han llegado demasiado tarde. Para poder dormir en este albergue tienes que llegar pronto y escuchar el sermón. Pero ellos han llegado demasiado tarde. Acostado aquí arriba me pregunto desde cuándo Jesucristo tiene horarios.

Ahí fuera también hay tipos que se pasan el día drogados. Puedo oírlos roncar y gemir en el portal. A esos les trae sin cuidado dónde acabarán pasando la noche. De hecho, les trae sin cuidado que se haga de noche. No hay nada en el mundo que les importe. Y los entiendo. Entiendo que se droguen porque así no pasan hambre. Esos tipos no sienten la necesidad de comer. ¿Para qué se van a gastar diez centavos en comida si pueden gastárselos en una lata de gel combustible y olvidarse de que tienen hambre? Porque además del hambre, se olvidan de muchas otras cosas.

Vuelvo la mirada hacia el vagabundo de la cama de al lado. A través de la oscuridad lo veo allí tumbado. Está pálido como la cera y parece que los huesos le

vayan a atravesar la piel. Lo que más destaca son los ojos, que ha puesto en blanco y se le mueven todo el rato. Ojos grandes incrustados en una calavera que apenas tiene carne. Ojos grandes y blancos. Eso es lo que me horroriza al verlos moverse así, que no tienen color, que están totalmente en blanco. Aunque giro la cabeza, sigo oyendo los gemidos de ese tipo. Gemidos sin vida que brotan de un pecho sin vida. Pero no puedo apartar la vista, no puedo dejar de mirarlo. Sus manos, tendidas encima de esas mantas sucias, parecen dos garras. Y en vez de oír su respiración, lo que oigo es un estertor. ¿Por qué nadie ayuda a ese pobre desgraciado? ¡Que alguien haga algo! Soy un iluso. Cuando ese tipo exhale su último suspiro encima de esa miserable litera, los del albergue tendrán una boca menos que alimentar con su repugnante bazofia de zanahorias. Al infierno con ellos. Algún día pagarán por esto.

—Maldita sea, ¿se puede saber qué le pasa a ese? —me pregunta el vagabundo de una cama vecina.

—Que la está palmando en ese camastro asqueroso, eso es lo que le pasa —le contesto.

—¿Y tiene que armar tanto jaleo para palmarla? —insiste—. He visto a muchos vagabundos estirar la pata. Y ninguno armó tanto alboroto como ese.

—Supongo que cuando la estás palmando tienes derecho a hacer todo el ruido que te dé la gana —le digo—. ¿Qué más le da a él que un puñado de vagabundos se despierte? Después de todo, nadie se está matando por echarle una mano.

—Dale un trago —me dice el vagabundo— o un buen golpe en la cabeza. Mañana me echan de aquí y tengo que dormir un poco si quiero volver al ferrocarril. Si no duermes lo suficiente, no puedes volver a los trenes.

Acostado aquí arriba reflexiono. Ahí hay un vagabundo que ha vivido su vida y ahora se está muriendo entre las mantas roñosas de este albergue. ¿Y a quién le importa que viva o muera? Si con un vaso de agua se le pudiese salvar la vida, de todos modos la palmaría. Nadie en este albergue se lo daría. Ese vagabundo se está muriendo y el tipo que tiene al lado la está armando porque los gemidos de su pecho sin vida no le dejan dormir en paz. Ese vagabundo no ha sido siempre un vagabundo. En algún lugar y en algún momento, ese vagabundo tuvo un hogar. Y quizás, una familia. Pero ¿qué ha sido de ellos? No lo sé. Y lo más probable es que él tampoco lo sepa. Está solo. Vivir en la calle lo ha obligado a estar solo. Y morirá solo. Morirá encerrado en un albergue, entre un millar de vagabundos y sus ronquidos nocturnos, pero morirá solo. El rótulo luminoso de ahí fuera seguirá parpadeando en la oscuridad «Jesús es la salvación», pero a ese vagabundo no le servirá de nada porque va a morir solo.

Doy un grito al empleado del albergue que se encarga de limpiar.

—¡Maldita sea! ¿A qué vienen esos gritos? —me pregunta—. ¿Es que no ves que vas a despertar a los demás?

—Ahí arriba, en ese camastro asqueroso, hay un tipo que la está palmando. ¿Entiendes ahora por qué grito? —le digo—. ¿Piensas dejar agonizando a ese pobre

desgraciado toda la noche?

—¿Y qué quieres que haga con él? —me responde—. No pienso hacer de madre de una pandilla de miserables vagabundos como vosotros.

—No eres más que un empleado de albergue —le provoco—. Y los empleados de los albergues sois unos hijos de perra.

—Eh, tú no puedes hablarme así —me amenaza—. Voy a hacer que te echen de aquí, voy a asegurarme de que mañana te pongan en la calle.

—Llama a una ambulancia para ese tipo —insisto—. Si no, la llamaré yo y luego te daré una paliza que recordarás toda tu vida.

—Llamaré a la ambulancia —me dice—, pero mañana tendrás que largarte. Ya me encargaré yo de que te echen.

Entre maldiciones, el empleado se dirige al despacho para llamar a la ambulancia.

El médico no tarda en llegar. Lo acompañan dos hombres vestidos de blanco cargados con una camilla. El matasanos se sube a la litera y examina al moribundo. Le busca el pulso y se lo toma mirando el reloj. Luego le pone un termómetro en la boca y cuando se lo quita, sacude la cabeza. Entonces saca un pedazo de papel y un lápiz.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta al vagabundo.

El vagabundo no contesta. No puede contestar. Pronto dejará de respirar y ya no tendrá que volver a probar la bazofia del albergue. El vagabundo cierra los ojos y la voz se le quiebra en la garganta. Mueve las manos, esas manos que parecen garras. Quiere hablar, pero no puede.

—¿Dónde vives? —insiste el matasanos.

El vagabundo no contesta. No se lo puede decir, pero yo sí. Vive en cualquier agujero donde pueda resguardarse de la lluvia, en cualquier lugar donde encuentre un par de sacos de arpillera con los que taparse los huesos. Él no se lo puede decir. Se está muriendo. Lo sé porque he visto morir a muchos vagabundos viejos. Sus labios sin vida se apartan y dejan a la vista unos dientes amarillos. Se diría que el vagabundo sonrío al matasanos que le pregunta dónde vive. Me estremezco entre las mantas. Ese vagabundo es un fantasma, un fantasma lívido y demacrado. Intento no mirarlo. Es espantoso ver sonreír a un muerto, espantoso y macabro.

El matasanos baja de la litera.

—Ese tipo no tiene ninguna posibilidad —le oigo decir—. No puedo hacer nada por él. Está desnutrido, se ha quedado en los huesos. En una hora habrá muerto.

—¿Y qué hacemos con él? —le pregunta el empleado.

Ese maldito empleado no quiere mover un dedo por un viejo vagabundo que en una hora habrá muerto. No quiere tener que ayudar a cargarlo escaleras abajo. Todos los empleados son iguales. Todos son unos desgraciados.

—Pasadlo a la camilla —ordena el matasanos a sus acompañantes—. Nos lo llevamos.

Los hombres colocan al vagabundo en la camilla y se lo llevan. El vagabundo no ha movido ni un músculo de la cara. Solo destacan sus ojos, que vuelve a poner en blanco, y el estertor que exhala su pecho vacío.

Los ronquidos del millar de hombres ya no atraviesan la noche. Nadie ronca ahora. Desde las literas, todos esos hombres se incorporan apoyándose en los codos para mirar a los dos tipos de blanco que se llevan al vagabundo. Saben muy bien lo que están viendo, saben que están presenciando un funeral. Aunque el vagabundo no haya muerto todavía, están asistiendo a su entierro. Ese vagabundo no volverá. De los albergues se llevan a muchos vagabundos en camillas como esa. Y una vez se los llevan, ya no vuelven. Todos sabemos que estamos asistiendo a un funeral. Y que si te sacan en camilla de un albergue es porque estás muerto.

Los hombres que cargan con el vagabundo bajan pesadamente las escaleras. Acostado aquí arriba, oigo el golpe de sus pasos. Los demás hombres se han vuelto a echar en la cama y algunos se cubren con las mantas hasta la barbilla. Tienen frío, aunque en este dormitorio no hace mucho. Pero si tienen frío no es porque haga frío, sino porque están asustados. Sé lo que están pensando. Piensan que el vagabundo de la camilla que cargan pesadamente escaleras abajo no es un simple vagabundo, sino que son ellos. Se ven a sí mismos en esa camilla. Ven el blanco de sus ojos a través de la oscuridad nocturna y escuchan el estertor de sus pechos sin vida. Ese será su final. Saben que así será. No pueden pasarse la vida engullendo bazofia y congelándose de frío por las noches. Porque una de esas noches su respiración se convertirá en un estertor y vendrán con una camilla a por ellos. Nadie ronca ahora. Con los ojos como platos, contemplamos las sombras que juegan en el techo, observamos el parpadeo del rótulo que ahí fuera anuncia: «Jesús es la salvación».

Por debajo, noto un picor que me recorre el cuerpo. Me digo a mí mismo que es la mugre pegajosa de las mantas, pero no es eso. Sé que no es eso porque son piojos, que me pican y se pasean por debajo de mi cuerpo. Acostado aquí arriba, los noto moverse, pero no me rasco porque rascarse no sirve de nada. Acostado aquí arriba, aprieto los dientes hasta que no puedo soportarlo más tiempo. Entonces aparto las mantas y enciendo una cerilla, pero no los veo. Son demasiado pequeños para verlos. Sacudo las mantas con las manos y luego saco del bolsillo de los pantalones unas hojas de periódico y las reparto por encima de la cama. Dejo que algunas cuelguen por los lados con la esperanza de que si esos piojos intentan alcanzarme, se caigan por el borde y se maten. Después me acuesto y me tapo con las hojas que han sobrado.

Ahora estoy mejor. El picor que me hacía apretar los dientes mientras estaba tumbado ha desaparecido. Antes de que los piojos me coman vivo, prefiero morirme de frío. El tipo de la litera de abajo ronca y se rasca. Y el tipo de la litera que hay todavía más abajo también ronca y se rasca. Acostado aquí arriba, intento pensar en el pasado, intento pensar en los años que llevo vividos. Pero soy incapaz de hacerlo. Lo único que me viene a la cabeza son los trenes a los que me he subido, los golpes

que me ha dado la policía, la bazofia de los albergues que he engullido. A la gente que en algún momento conocí, ya no la recuerdo. No están conmigo ni forman parte de mi vida. No me queda ningún recuerdo de ellos. Incluso la imagen de mi familia, incluso la de mi madre, se han ido desvaneciendo en la interminable sucesión de trenes y vagones que invaden mis pensamientos en las frías y largas noches. Todo lo que hubo desapareció. Acostado aquí arriba llego a la conclusión de que todo lo que un día existió, ha dejado de hacerlo. Mi vida ha terminado antes de empezar. Clavo los ojos en la negrura del techo, y en esa negrura trato de encontrar la respuesta al acertijo de por qué estoy aquí, tendido en esta litera de tres pisos, envuelto en los ronquidos de un millar de hombres.

Vuelvo la mirada hacia la cama vacía del vagabundo. En una hora habrá muerto. Me estremezco. «Dios mío —pienso—, ¿a mí también me espera eso?» Si ya es bastante duro morir en una cómoda cama de plumas, arropado por las lágrimas de tu familia; si eso ya es difícil, cómo será esto otro. Cómo será morir tendido en lo alto de una litera, con una manta mugrienta en vez de colchón, gimiendo y haciendo esfuerzos por mantener la respiración. Cómo será morir ahí tendido, con los piojos paseándose por todo tu cuerpo. Cómo será morir con los ojos en blanco, brillando a través de la oscuridad, y con los huesos a punto de atravesarte la piel. A mí también me pasará, igual que le ha pasado a ese tipo. De hecho, ya me está pasando. Puedo notarlo. Veinte años antes de lo que me tocaría, acabaré del mismo modo que él. Puede que sea en un albergue como este y que vengan a recogerme con una camilla. Puede que esté tumbado en el rincón de un furgón, acompañado por el rugido de las ruedas. O puede que sea rápido y me sorprenda temblando de frío en una cola de comida, una de esas colas que ocupa toda una manzana y no se mueve nunca. Acostado en la cama de arriba de esta litera de tres pisos, me estremezco. Pero no de frío, sino de miedo. ¿Qué puede hacer un hombre como yo? Lo sé demasiado bien. Lo único que puede hacer es tratar de llenarse el estómago con suficiente bazofia para que la respiración no se le convierta en un silbido ronco. Lo único que puede hacer es tratar de encontrar un miserable techo bajo el que cobijarse durante la noche. Día tras día, semana tras semana, año tras año, todo se reduce a eso: tres comidas y un techo.

## Otros escritos



## Tres cameos

Cuando aquella rubia menuda, la que llevaba un pequeño crucifijo de bronce colgando de un cordón rojo junto al corazón y que en vez de piernas parecía que tuviese dos palillos, se desplomó delante de la tienda de baratijas, y un reportero escribió un artículo explicando que se estaba muriendo literalmente de hambre porque el orgullo le impedía mendigar, se armó un gran revuelo. El teléfono del hospital no paraba de sonar, todo eran llamadas ofreciéndole un hogar con familias decentes y respetables. Aunque nadie llamó para ofrecerle dinero porque dar dinero no es lo correcto. ¿O es que nadie ha visto a esos mendigos ciegos que te encuentras por la calle meterse con disimulo en sus coches de lujo para volver a casa cuando se hace de noche? Para volver a alguna de sus casas, porque a saber cuántas casas tienen. Así que aunque nadie le ofreció dinero, alguien debió de acogerla en su casa, porque no volvió a desplomarse delante de ningún otro reportero, ni volví a saber de ella, de ahí que suponga que alguien debió de acogerla.

Pero cuando, más adelante, se desplomó aquella otra chica, como no había ningún reportero delante, la llevaron a la cárcel, la encerraron en una celda y la acusaron de mendigar en la calle. Lo más lógico sería pensar que había leído los periódicos y que estaba tratando de aprovecharse de la buena voluntad de la gente. Eso es lo que pensaron los policías, y eso es lo que habría pensado cualquier persona juiciosa, porque, desde luego, la gente no va por la calle desplomándose a causa del hambre. En la cárcel le dieron su ración de alubias, polenta y melaza, y a la mañana siguiente, cuando volvieron a buscarla para llevarla al juzgado, estaba tendida en el suelo, muerta; de modo que el caso del tipo que comparecía por haberse saltado un semáforo en rojo se tuvo que celebrar antes, y ese tipo se alegró mucho de que así fuera, porque todo el mundo sabía que a aquel viejo juez se le agriaba el humor cuando llevaba más de dos horas enjuiciando, y que habría sido capaz de condenarlo a cadena perpetua por haberse saltado un semáforo en rojo si hubiese hecho más de dos horas que estaba en el estrado.

Ruthie era morena y Jim era moreno, lo cual no deja de ser curioso si creemos en eso de que los polos opuestos se atraen. Lo que sí era indudable es que estaban locos el uno por el otro, y si Ruthie seguía estando loca por Jim a pesar de que llevaba tres años sin conseguir trabajo estable, es porque estaba loca por él de verdad. El bebé

tenía cierto parecido a Jim, tenía sus mismos ojos, entre azules y grises, y a Ruthie ese parecido no le incomodaba, ya que el bebé era un niño y siempre se espera que un niño se parezca a su padre. Ruthie y Jim recibían dos dólares semanales de los servicios sociales y pagaban uno a la semana por el atillo mal ventilado donde vivían, una habitación sin luz que solo se iluminaba las pocas veces que conseguían reunir el dinero suficiente para comprar una vela. Se las arreglaban bastante bien a base de zanahorias, remolachas y lechuga, verduras que en el mercado se conseguían a un centavo el manojo, y a veces a Jim le salía un trabajito cortando el césped de alguna casa. Entonces se daban el capricho de comprarse un pedazo de carne, pero eso era a veces y ocurría raramente. Cuando Jim veía una oferta de trabajo en el periódico, siempre se presentaba a ella. Llevaba tres años haciéndolo. Y en esos tres años nunca murió atropellado por un camión. Pero entonces sucedió. Cuando un reportero se enteró de lo que había pasado, escribió un artículo muy sentido sobre Jim, el pobre Jim, que después de tres años buscando trabajo, ¿quién iba a decirlo?, murió atropellado cuando comenzaba a trabajar en el primer empleo que conseguía en todo ese tiempo. Todos dijeron que, por supuesto, era una desgracia que hubiese muerto justo cuando iba a borrarse de las listas de los servicios sociales, y también dijeron que, por supuesto, debía de haber sido un golpe muy duro para la pobre Ruthie y el bebé; pero nadie les llevó nada de comer, porque ante una tragedia como esa en lo último que se piensa es en comida y, de todos modos, hay personas terriblemente orgullosas y nunca sabes si se van a ofender si les llevas algo de comer, así que lo mejor es no arriesgarse.

Alquiló la habitación número 6 del segundo piso, en la parte trasera del edificio, y durante todo el tiempo que estuvo allí apenas habló con nadie. Acostumbraba a salir a buscar trabajo por la mañana y no volvía hasta que oscurecía, y por la expresión de cansancio que reflejaba su rostro hombruno al llegar a casa, era evidente que nunca tenía suerte. Pero cómo iba tenerla con esa ropa tan estafalaria que llevaba: traje de oficina de sarga azul, camisa de hombre también azul, corbata y zapatos marrones sin tacón. Y es que para encontrar trabajo como dependienta en una tienda debes ponerte algo femenino y delicado. Así es como las quieren, femeninas y delicadas. Cualquiera diría que no comía, y Dios sabe si lo hacía, ya que a nadie se le ocurrió preguntarle si tenía hambre. No tenía nada, excepto, claro está, aquel marco hecho con tiras de cobre y bronce; el marco era bonito, es cierto, igual que la fotografía de la chica que había dentro. La señora Pink y la mujer de la limpieza acostumbraban a entrar en su habitación para mirar la foto mientras ella estaba fuera buscando trabajo, y la señora Pink solía sacudir la cabeza porque tiempo atrás había leído un libro y aquella ropa masculina y aquellos andares de hombre querían decir algo, y me apostaría cualquier cosa a que la señora Pink también sabía lo que aquello quería decir.

Después de que la sacaran del lago y la llevaran a la morgue, la fotografía no tardó ni diez minutos en desaparecer. La señora Pink se fue directa a mirar en la habitación de la mujer de la limpieza y, en efecto, allí la encontró, debajo del colchón. La pelea fue terrible puesto que la señora Pink también quería el marco, que al fin y al cabo estaba en su casa y eso parecía darle más derecho a ella que a la señora de la limpieza a la hora de quedárselo. Ambas tenían serios rasguños cuando llegaron los policías, que las metieron en el furgón y se las llevaron. Les cayeron cinco días más las costas, y no sé quién se hizo con el marco, pero no fue ninguna de ellas. Era un marco precioso, hecho de tiras de cobre y bronce.

## Hombres famélicos

Estábamos en 1930. La Union Pacific, la Southern Pacific, la Baltimore & Ohio, la de Santa Fe y otro centenar más de líneas ferroviarias recorrían un país queapestaba, un país envuelto en el hedor de la comida y el forraje que, acumulados en silos, almacenes y graneros, se pudrían porque nadie tenía dinero para comprarlos. En las vías, largas filas de furgones permanecían al sol y se echaban a perder sobre raíles oxidados, y los grandes trenes negros que resoplaban a través de la noche, con sus hileras de vagones medio vacíos, transportaban más hombres en las cámaras frigoríficas y encima y debajo de los furgones, que kilos de mercancías en su interior.

Los trenes de pasajeros que atravesaban la oscuridad bramaban y rugían con un aire de impaciente burla, y en los estribos, agarrados a los peldaños de las puertas, y en el techo, se multiplicaban los hombres demacrados que contenían el vacío de sus estómagos con sus manos y que superaban en número a los que viajaban cómodamente sentados. Estábamos en 1930, en plena depresión. El orín se acumulaba en los candados de las fábricas y las máquinas se llenaban de mugre porque nadie se encargaba de cuidarlas, y por la noche las ratas se acercaban y olfateaban la quietud de toda esa maquinaria que antes de 1930 tanto había rugido y vibrado. Los hombres se plantaban delante de las fábricas y observaban el orín que día tras día se acumulaba en los candados, y su expresión era de enfado porque querían entrar y quitarse el abrigo y acercarse a sus máquinas y ponerlas en marcha; querían contemplar los metros de tela que escupían unas y las largas tiras de metal anaranjado que salían de las entrañas de otras. A veces, esos hombres a los que habían apartado de las fábricas y prohibido el contacto con sus máquinas sellando las puertas de entrada, se reunían precisamente allí para hablar y maldecir, pero no maldecían a las máquinas, a las que no podían acceder debido a las puertas y ventanas selladas, sino a los propietarios de las fábricas que se negaban a abrir esas puertas y a dejar que el aire corriese por esas ventanas.

Esos hombres dormían en altillos, en graneros, en sótanos, en tiendas de campaña y también al raso. Y había carpinteros y albañiles que en 1930 ni siquiera tenían una tienda y no les quedaba otra que pasar la noche en los aserraderos, entre toneladas de maderos que se iban combando y retorciendo bajo la fuerza del sol.

Estamos en 1930, en Los Ángeles.

De pie, delante de un albergue cristiano, esperamos mucho rato hasta que la cola empieza a moverse. Entramos arrastrando los pies y nos sentamos en las mesas.

Doscientos hombres nos sentamos en esas mesas, delante de un plato de alubias que huele a pelo chamuscado y un pedazo de pan duro. Enseguida nos lanzamos a por las alubias y el pan. El jorobado que tengo enfrente mete la cuchara en el plato y pesca un trozo de carne cubierto de pelusa negra, de unos cinco centímetros de largo. En los albergues no es habitual tropezarse con un pedazo de carne tan grande, con o sin pelusa. Se trata de la pierna de un animal y todavía conserva el pie con los dedos extendidos.

—¿Por qué demonios no lo han despellejado antes de cocinarlo? —se queja el jorobado.

—¿Es conejo? —le pregunto—. Una vez vi un conejo negro. Aunque quizás sea una ardilla.

Al jorobado no le ha hecho ninguna gracia encontrarse entre las alubias un trozo de carne cubierto de pelusa negra que además tiene dedos.

—Sea conejo o sea ardilla, deberían cortarle los pies antes de meterlo en la olla —afirma.

Engullimos las alubias.

De pronto, el vagabundo que está sentado al lado del jorobado se tapa la boca con las dos manos y echa a correr por el pasillo en dirección a la puerta. El jorobado vuelve la mirada hacia el plato de su compañero, coge la cuchara y revuelve lo que queda dentro. Acto seguido, saca la cuchara y la levanta.

—Ni conejo ni ardilla. Dios mío —grita—, han preparado las alubias con carne de rata. Mirad la cabeza de esta condenada rata. Y ahí, junto a mi plato, hay una pata. ¿Dónde demonios están las otras tres? ¿Alguien me lo puede decir? ¿Quién se las ha comido?

La cabeza de la rata se tambalea en la cuchara. Tiene los labios fruncidos y enseña sus afilados dientes blancos. Advierto que le faltan los bigotes y caigo en la cuenta de que se le han chamuscado.

—¡Eh, mirad lo que le han hecho al ratoncito Pérez! —exclama el vagabundo que tengo al lado—. ¡Mirad, lo han *descapitado*!

Algunos aguantamos hasta llegar a la calle y otros convertimos el suelo en una pocilga. Fruitity-Toot, el marica de rostro chupado que cecea, lanza un grito y se desploma. El colorete no es suficiente para ocultar la palidez de sus mejillas. Al cabo de un rato, lo reanimamos con un poco de agua y volvemos a nuestros platos de alubias chamuscadas. Y cuando nos las terminamos, nos levantamos para preguntar si, por favor, podemos repetir.

En la calle, como no pueden oírnos ni los empleados ni los encargados del albergue, los criticamos. ¡Serán desgraciados! ¿A qué viene eso de poner carne de rata en la comida? Están chiflados si creen que nos hemos tragado esa patraña de que la rata ha ido a parar a la olla por accidente.

Nadie ha volcado ninguna mesa.

Nadie ha lanzado ningún plato de alubias al cuadro de tamaño natural de la Oveja Perdida que cuelga en la pared.

El *Times* no tendrá su titular: «La policía da su merecido a un grupo de comunistas».

Somos el *lumpenproletariat*... De nosotros no se puede esperar nada.

Estábamos en 1931 y por la calle te podías encontrar de vez en cuando a un hombre con los pantalones bajados murmurando entre dientes: «¿Cómo vamos a trabajar si no hay trabajo, eh? ¿Cómo vamos a hacerlo?».

En la calle los criticábamos y nos quejábamos. ¡Serán desgraciados! ¿A qué viene eso de poner carne de rata en las alubias?

Desde los titulares y desde las revistas, el presidente Hoover se desgañitaba asegurando que no, que ni hablar, que no había depresión y que, en caso de apuros, estaba seguro de que los vecinos se ayudarían unos a otros. La Cruz Roja controlaba las raciones de reserva y esperaba con impaciencia a que se produjese algún caso de fuerza mayor para salir disparada al rescate. Los mineros, con sus mujeres esqueléticas, pálidas y hambrientas, y sus chiquillos enfermos de difteria y pelagra, acumulaban en sus doloridos estómagos la carbonilla de las minas de Virginia Occidental, Illinois y Pensilvania. Y ahí estaban, inspeccionando las herrumbrosas aguas de azufre en busca de ranas y cangrejos también herrumbrosos, recorriendo las peladas colinas de sasafrás para conseguir un poco de cerraja que luego hervían sin ningún otro condimento. Cuando las ranas y los cangrejos se acabaron, y también se acabó la cerraja, los mineros de Virginia Occidental, Illinois y Pensilvania pensaron que si lograban plantarse en el Capitolio y conseguían que los mandamases y los peces gordos vieses en qué condiciones estaban, quizás harían algo respecto a sus estómagos vacíos, quizás mantendrían en funcionamiento la fábrica y evitarían que los sheriffs les lanzasen sus mantas raídas y sus camastros al barro, el mismo barro que cuando llovía se convertía en azufre amarillo. Así que emprendieron el viaje, pero como les resultó imposible hablar con las altas esferas, decidieron hacer carteles, y los que sabían escribir escribieron en los carteles sus quejas y reivindicaciones. Algunos exigieron ayudas económicas para aplacar el hambre, y otros rezaron para que se las concedieran. Los sheriffs, pensando en futuras acciones, se fijaron en los que hicieron públicas sus exigencias, ya que saltaba a la vista que se trataba de un puñado de rojos. Cuando los mineros se acercaron a la Casa Blanca, los policías les quitaron los carteles y les dijeron que podían avanzar junto al edificio pero sin entrar en el recinto. Los manifestantes enviaron un comité de tres personas a entrevistarse con el presidente y el secretario de este los acompañó de vuelta a la puerta, lejos de los suelos encerados, y les explicó que sí, que sin lugar a dudas el presidente iba a hacer algo respecto a la situación en que se encontraban los mineros de Virginia Occidental, Illinois y Pensilvania.

Los policías los escoltaron hasta las afueras de la ciudad y cuando, días después, regresaron a sus barracas, algunos mineros se encontraron con que alguien había

apilado sus mantas raídas y sus camastros junto al riachuelo de azufre, y con que ese mismo alguien les había sellado las puertas de sus barracas y les había dejado un papelito blanco que no sabían leer. Algunos abandonaron allí sus camastros, ya que no podían cargarlos, y se echaron a la carretera con sus mujeres, con sus hijos y con sus perros de patas larguiruchas, que parecían estar más gordos que sus dueños. Aunque la mayoría no tenía perros, ya que los perros hacía tiempo que, por instinto, se habían marchado de aquel lugar donde no había huesos para que los niños los pudieran chupar, y menos aún para que los royeran los perros. Corría el rumor, además, de que algunos mineros se habían comido a sus propios perros y luego se habían plantado delante de la tienda de la empresa para preguntar si alguien les había visto el pelo.

Estamos en 1931. Es de noche y en el suelo astillado de un furgón nos amontonamos veinte hombres que entre gemidos, patadas, escupitajos y gruñidos, escuchamos el silbido de las ruedas y el rugido del viento que nos llegan de las vías. Entre nosotros hay mecánicos, maestros de escuela, albañiles, abogados y barrenderos de Iowa, Texas, Rhode Island, Utah y Maine. En un rincón, un chico negro canta con voz grave y baja:

Cansado de cargar con tanto peso,  
avanzo a duras penas por esta solitaria carretera.

Nos incorporamos apoyándonos en los codos y cantamos con él:

Amor mío, amor mío, ¿qué he hecho yo  
para que me trates de esta manera?

El chico pálido del jersey verde se aguanta la barriga con las dos manos y gime. Tiene las piernas flacuchas contraídas y apretadas contra el pecho. Gotas de sudor le recorren la cara y desde la barbilla salpican el suelo. Sacamos la cabeza por la puerta del furgón en espera del destello blanco de los mojones que pasan volando.

—Ochenta kilómetros más —le decimos al chico.

—Setenta y nueve.

—Ya solo quedan setenta y ocho —insistimos.

Al cabo de un rato, el chico pierde el conocimiento y dejamos de anunciarle cuántos kilómetros faltan. Poco después, oímos a un vagabundo que se acerca por el techo. Nos asomamos por la puerta todo lo que podemos y al verlo descender, le sujetamos las piernas y lo empujamos hacia dentro. El vagabundo se saca de debajo de la camisa unos pedazos de hielo que ha robado de la cámara frigorífica. Entonces le estiramos las piernas al chico enfermo, le cubrimos la barriga con hielo y seguimos atentos a los mojones.

Unos momentos después, el chico deja de sudar. A nadie se le escapa que el hielo ha llegado demasiado tarde y que el chico tiene el apéndice destrozado.

El negro de Carolina del Sur sigue canturreando *Lonesome Road Blues* y el vagabundo que tengo al lado murmura que ojalá, ojalá tuviese una pistola en la mano.

No esperamos que el proletariado haga la revolución.

Estábamos en 1932.

Las mentes pensantes se rascaban la cabeza y afirmaban que la depresión era el resultado de la especulación y del crecimiento desordenado, y que lo que necesitaba el país era una economía planificada. En los parques y en las esquinas de las calles, hombres de rostro demacrado, ojos negros y vivaces, y dientes blancos que resultaban amenazadores a la luz del sol, se subían a cajones de madera y entre susurros, gritos y súplicas, explicaban a una audiencia de hombres famélicos que fruncían el ceño que el ochenta por cien del país era propiedad de Morgan, Rockefeller, Ford, Mellon, la familia Dupont de Nemours y otros como ellos. Y entonces llegaban los policías y sacaban sus porras, y golpeaban en la cabeza a los hombres de las cajas de madera hasta que se desplomaban unos encima de otros, y así les resultaba más fácil arrastrarlos al furgón que los esperaba junto a la acera. Y los hombres famélicos que los habían estado escuchando y que para desayunar se habían tomado un cuenco de gachas y para comer intentarían conseguir un poco de café, sonreían socarronamente o soltaban una risita nerviosa mientras contemplaban a los policías darles su merecido a aquellos rojos. Luego se escabullían por un callejón y se iban a recorrer las puertas traseras de los restaurantes en busca de colillas.

Estamos en 1932, en Saint Louis. Un chico de Harvard, otro de Columbia y yo, nos bajamos de un tren de mercancías y nos ponemos a pedir limosna por las casas. Es de noche y nadie nos da de comer, y por eso probamos en los restaurantes, pero tampoco nos dan nada. Al cabo de un rato, el chico de Harvard, el de Columbia y yo, empezamos a hurgar en los contenedores de basura que hay en la parte de atrás de los restaurantes en busca de algún pedazo de pan o algún pomelo que se hayan dejado a medias. Y yo, que en esto soy mejor que los otros dos porque ellos nunca han tenido que hacerlo ni en Harvard ni en Columbia, me encuentro una rebanada de pan untada de mantequilla. Poco después, el encargado de un restaurante llama a la policía y un agente se presenta en el callejón, nos detiene y nos dice que no somos más que unos cerdos miserables y que lo único que se merece un puñado de piojosos como nosotros es que nos meta un tiro.

Nos acusan por vagabundear. Mejor que no esperemos mucha ayuda del *lumpenproletariat* para hacer la revolución.

Estábamos en 1933. Los hombres se multiplicaban en las largas y ondulantes colas de comida que recorrían, de una manzana a otra, las calles de la ciudad. Llovía, y con el movimiento de los hombres, que cambiaban de postura para dar un respiro a sus doloridos pies, la cola parecía adquirir vida y levantarse y descender como si se tratase de una oruga gigante que avanzara para revolcarse durante un instante en la porquería que los albergues repartían para mayor gloria de Dios. Los ojos hundidos de aquellos hombres brillaban con malignidad ante las palabras «Jesús es la

salvación» del rótulo que, con sus parpadeantes luces de neón, parecía burlarse de su miseria a medida que caía la noche. Esos hombres arrastraban los pies para acercarse cada vez más a los recipientes de la humeante y vomitiva bazofia que los esperaba en las asfixiantes cocinas de los albergues. Una vez dentro, cogían el pedazo de pan duro y el plato de estofado apestoso que los empleados de los albergues les servían de cualquier modo para mayor gloria de Dios. Esos hombres de rostro inexpresivo oían el rumor monótono e incesante del sermón que les llegaba desde la tarima que había delante de las mesas, pero no escuchaban las palabras que se pronunciaban. Un rato después volvían a la calle, se ajustaban el cinturón a su barriga quejumbrosa y se ponían a buscar colillas entre los excrementos de los caballos y los escupitajos que se acumulaban junto al bordillo de las aceras.

Al atardecer, se los veía sentados en esas mismas aceras y en los portales de las casas debatiendo consigo mismos, con inusitado fervor, si tragarse el interminable sermón del albergue para conseguir una cama o arriesgarse a pasar la noche en las vías, en el suelo helado y lleno de astillas de algún furgón. Algunos, los más soñadores, sentados en las aceras o en los bancos del parque, dejaban volar la imaginación para verse de nuevo en las fábricas, junto a sus máquinas, y en la cola de la ventanilla de las oficinas el día de paga, en espera de un sobre amarillo lleno de billetes verdes. Otros, los más crispados, se imaginaban a sí mismos atacando a algún transeúnte, golpeándolo en la cabeza con un palo y arrastrándolo a un lado en la oscuridad para luego registrarlo y descubrir que tenía los bolsillos llenos de billetes verdes, suficientes billetes como para nadar en la abundancia el resto de sus vidas. Había quienes fantaseaban con coches blindados, esos coches que transportaban los tesoros de los bancos. En su imaginación veían caer uno de aquellos sacos blancos llenos hasta arriba de billetes verdes. Como ellos eran los únicos que lo veían, lo recogían, se lo escondían debajo del abrigo y se dirigían a la estación de tren para comprarse un billete que los alejara de allí. El toque de porra con que un policía les daba en el pie devolvía a la realidad a todos aquellos hombres y los apartaba de sus sueños. Entonces se levantaban y, enfurruñados, se alejaban por la calle sin mirar atrás, conscientes de que a esa hora el albergue ya habría cerrado.

Estamos en 1934.

Al lado de las vías de la Union Pacific, la Southern Pacific, la Baltimore & Ohio y la de Santa Fe, hay pueblos enteros contruidos por hombres sin trabajo con latas de los vertederos, viejas láminas de metal y restos de cajas de madera. Las casas tienen chimenea y al anochecer se ve el centelleo de los fuegos donde esos hombres cocinan las sobras de carne podrida, los guisantes y las alubias que mendigan en los almacenes y las patatas mohosas que recogen junto a las vías. Todas las ciudades tienen una úlcera como esta en sus afueras, y algunas tienen dos o tres. Los trenes de mercancías traen hombres famélicos, desesperados y muertos de frío, que se preparan una taza de café con los posos, duros y secos, pegados en las paredes de la cafetera que descansa junto al fuego. Por la noche, esos hombres se arrastran pesadamente de

fuego en fuego como fantasmas con los ojos huecos. La gente de la ciudad no sabe que están allí excepto en esas ocasiones en que llaman a la puerta y una voz quejumbrosa pregunta si puede cortar el césped a cambio de un pedazo de pan con mantequilla. Pero si esas voces quejumbrosas que se ofrecen a cortar el césped a cambio de un pedazo de pan con mantequilla se suceden con demasiada frecuencia, la policía y los bomberos se presentan en los poblados que se levantan junto a las vías, y con sus hachas y sus pistolas del 45 destrozan sartenes, latas de café y ollas, y luego prenden fuego a las barracas. Y la gente de la ciudad, convencida de que es el aserradero lo que está en llamas, llega de muchos kilómetros a la redonda. Pero no es más que un puñado de policías jugando a hacer fuegos y un puñado de bomberos jugando a ser bomberos.

Nadie se enfrenta a los policías ni a los bomberos porque van armados con pistolas y con hachas, y con la ley que los ampara. Los hombres tienen miedo de enfrentarse a ellos, así que recogen sus cosas y, avanzando con dificultad, siguen las vías hasta perderse de vista. Tumbados entre las sombras, a la espera de algún tren que se los lleve lejos, maldicen a los policías y a los bomberos, y sueñan con encontrarse algún día a uno de esos malnacidos en un furgón oscuro para retorcerle el cuello con sus propias manos.

Ejércitos de hombres, millones de hombres, recorren el país de norte a sur y de este a oeste en 1934. Cuando doscientos hombres se suben a un tren en una dirección, otros doscientos se suben a otro en la dirección contraria. ¿Pero acaso importa la maldita dirección en la que vayan? No hay trabajo, y sin dinero no hay comida en ningún sitio, por más que les llegue el hedor putrefacto de todos los alimentos que se pudren en los silos, los almacenes y los graneros.

Estamos en 1934, en Los Ángeles, California.

En esta pensión de mala muerte nos amontonamos un centenar de vagabundos. Los trabajadores de los tranvías de la ciudad están en huelga. El día antes de que los conductores y los revisores abandonaran sus puestos de trabajo, la empresa colgó un aviso en el tablón de anuncios:

«Los empleados que mañana no se presenten en sus puestos de trabajo serán sustituidos por esquiroles. La empresa entenderá que esos empleados han renunciado a su trabajo y no los volverá a contratar».

Lo decían con palabras más bonitas, pero se trataba de una amenaza. Los esquiroles se iban a poner al volante de los tranvías. Y la policía se iba a subir a esos tranvías para proteger a los esquiroles. En una situación como esa, con la policía en los tranvías protegiendo a los esquiroles y protegiendo los intereses de la empresa de transporte, ¿qué margen de negociación les quedaba a los trabajadores? Y como la solidaridad no daba de comer a los huelguistas, estos tenían que hacer algo para evitar que los tranvías siguiesen funcionando. Así que cuando los tranvías se detenían, les metían palos en las ruedas, ordenaban a los pasajeros y a los esquiroles que bajaran a la calle y hacían volcar los vagones. Primero los empujaban hasta conseguir que se

balancearan, y luego los volcaban. Un tranvía se convierte en una máquina triste e inútil cuando lo ves boca arriba, con las ruedas agitándose en el aire.

En esta pensión de mala muerte nos amontonamos un centenar de vagabundos. Y delante de la pensión, veinticinco huelguistas han detenido un tranvía. Le han puesto palos en las ruedas y están empujando los vagones. Pero a pesar del sudor y los gemidos de esfuerzo, no consiguen volcarlo. Desde la acera, nos quedamos mirándolos. Entonces oímos la sirena de los coches de la policía, que ahí vienen con sus porras, sus pistolas y sus bombas de gas lacrimógeno.

Uno de los vagabundos de la acera, un tipo enfermo de tuberculosis con una cicatriz que le recorre el rostro, se remanga y sonrío:

—Yo fui sindicalista —nos dice—. Y todavía me queda fuerza. ¿Alguno de vosotros también lo ha sido?

El tipo cruza la calle a grandes zancadas. Los vagabundos más viejos lo siguen, y los más jóvenes seguimos a los viejos. Entre todos empujamos el tranvía y el estruendo de los cristales al hacerse añicos resuena a mucha distancia. Resulta extraño ver un tranvía boca arriba, con las ruedas girando en el aire. Volvemos a la acera justo en el momento en que los coches de la brigada se paran dando un frenazo. Los policías persiguen a los huelguistas porra en mano, pero a nosotros, que seguimos en la acera, no nos hacen ni caso; para ellos no somos más que unos miserables vagabundos, el despreciable *lumpenproletariat*.

En 1935, 22 millones de personas recibían del gobierno alguna ayuda económica y la deuda pública ascendía a 34 mil millones de dólares, y ni siquiera las mentes pensantes sabían cuánto dinero era eso, y levantaban las manos al cielo y preguntaban de dónde iba salir más dinero. El humorista Bugs Baer decía que aún había más dinero allí donde habían ido a parar todos aquellos millones, pero las mentes pensantes no prestaban atención a ese tipo de comentarios. Cada día había más gente que perdía el juicio y los manicomios estaban a reventar de personas que se habían vuelto locas, personas que te clavaban la mirada a través de los barrotes de hierro y que cogían alubias, alubias rojas, y una a una, las ensartaban en un alambre color lavanda y las escondían debajo de la alfombra. Y cuando volvían a buscarlas después de un buen rato y las alubias ya no estaban allí porque, en su ausencia, alguien se las había comido, se ponían a gritar porque alguien se había hecho con ellas. Y el hombre de los zapatos de charol y la leontina de oro les decía que no perdiesen el tiempo gritando, que en la casa no quedaba ni una condenada alubia y que, de hecho, apenas quedaban alubias en el mundo, así que no valía la pena que siguieran gritando. Entonces abrían el armario y se ponían a rebuscar dentro. Y allí estaban los ángeles, siete ángeles sin contar al que había derramado betún negro por encima de las zapatillas rojas, y los gatos negros que se paseaban por la casa como malos augurios y el sollozo de los bebés a los que habían abandonado en las rocas de las montañas.

Hubo huelgas en Detroit, en Milwaukee, en Seattle y en Portland; en Frisco, en LA, en Walla Walla y en Bad Axe, Michigan. Las masas ponían a prueba su fuerza y

la policía y los cuerpos especiales aparecían, y a algunos huelguistas los golpeaban, y a otros los mataban. Y en los parques y en las esquinas de las calles, hombres de rostro demacrado, ojos negros y vivaces, y dientes blancos que resultaban amenazadores a la luz del sol, se subían a cajones de madera y entre susurros, gritos y súplicas, les contaban a los hombres famélicos con los que habían sudado en las fábricas, en el campo y en los despachos, que Morgan, Rockefeller, Ford, Mellon y la familia Dupont de Nemours, se enriquecían y engordaban a costa del ochenta por cien de la población. Y entonces llegaban los policías con sus porras y los golpeaban en la cabeza hasta que se desplomaban unos encima de otros, y así les resultaba más fácil arrastrarlos al furgón que los esperaba junto a la acera. Pero cuando se los llevaban, otro hombre se subía a la caja de madera y los policías lo atacaban con las porras y le disparaban con sus pistolas, pero las porras no le dejaban marcas y los disparos no le hacían sangrar ni lo herían, y los policías se asustaban porque no habían visto nunca a un hombre así y eso los asustaba. Los ojos negros y los dientes blancos resplandecían al sol, y en Frisco, en LA, en Detroit, en Chicago, en Nueva York y en Misisipi, hombres famélicos, vestidos con harapos descoloridos debido a la sal de su propio sudor, escuchaban delante de las puertas y las ventanas selladas de sus fábricas:

—¡Tenemos la solución! Con nuestras remachadoras construimos puentes y rascacielos. Con nuestras palas excavamos minas, trazamos carreteras y tendimos vías. Nuestro sudor y nuestra sangre están en el campo, en los barcos, en todo lo que nos rodea. Y ahora vamos a recuperarlo. ¡APARTAOS!

Hay que asumir las consecuencias

Estaba a punto de dar a luz. Llamaste al médico, DElmar-395. Y el médico dijo:

—¿Tiene dinero?

Y tú respondiste:

—Por el amor de Dios, doctor, mi mujer se está muriendo.

Y él insistió:

—Pero ¿tiene dinero?

—Doctor, por favor, ¡LE DIGO QUE EL NIÑO VA A NACER EN CUALQUIER MOMENTO!

Con un resoplido, la voz, cargada de frialdad, repitió:

—Dinero.

Y se oyó el chasquido del auricular.

La señora Pink, borracha como una cuba, se alejó de tu lado para subir a trompicones las escaleras.

—Si no tiene dinero, no vendrán. Más vale que me vaya a vigilar al mocoso antes de que se caiga al suelo.

Y tú pensaste: «Una única víctima mortal en más de 11 millones de kilómetros demuestra que los trenes son más seguros que los coches Ford y que los aviones Sikorsky, más seguros incluso que cualquier otra cosa que se te ocurra».

Y seguiste pensando: «¿Cabe decir que no todo es tan seguro en las vías o basta con medir con precisión la distancia entre los raíles y dejar que se practique el aborto? Claro está que hay que actuar con cautela y apartar la carbonilla y las astillas grasientas de las traviesas, ya que podrían provocar una infección».

Cuando no quedaban más toallas para absorber la sangre, llamaste al teléfono de urgencias, EMergency-777. Ya no recuerdas cuántas horas estuviste esperando, pero no vino nadie. La hemorragia se detuvo sola. Entonces colocaste un periódico encima del colchón empapado y la rica y despreocupada heredera Barbara Hutton Mdvani, que aparecía en una de las fotos, fue purificada, sin ser consciente de ello, con la preciosa sangre de Cristo. Tu mujer se quedó dormida y cuando te despertaste, en mitad de la noche, y le pusiste la mano en la frente y notaste que había dejado de sudar y que la tenía seca, no fue necesario que acercaras la oreja a su pecho para escuchar los latidos de su corazón: sabías perfectamente que estaba muerta. Te quedaste allí tendido, contemplando la cortina que se movía con suavidad de un lado a otro, empujada por la brisa que llegaba desde la calle Ivy, y pensaste: «El alma se

escapa ligera a través de los coágulos de sangre, de las cortinas, de la ventana, y se aleja calle arriba».

Recordaste una película y pensaste: «Las copas de cóctel no se rompen, excepto en Tijuana. El Foreign Club se ha quemado y Kay y Bill se han fundido en un abrazo con la copa en la mano».<sup>[1]</sup>

Y seguiste pensando: La mayoría de muertes en casos de aborto se produce por el uso de instrumentos que no han sido desinfectados. ¿Expropiación? El señor que entiende de leyes plantea la pregunta: ¿podemos cortar el cordón y pasar el escalpelo por la carbonilla de las vías sin consultar primero a John W. Davis, que a su vez consultará a los hermanos Van Swerigen?<sup>[2]</sup> ¿Y qué harán estos? ¿Nos enviarán una carta o un telegrama, nos telefonarán desde el pueblo vecino o a larga distancia para animarnos a actuar en nombre de la Humanidad? ¿O nos pedirán que retrasemos la intervención hasta que pase el tren número 6? ¿O que apartemos a la paciente de las vías, alegando que los directivos de la compañía ferroviaria, de acuerdo con John W. Davis, consideran que el bebé tiene que nacer y que hay que asumir las consecuencias?

Llevaste el balde de porcelana blanca a la cocina y lo vaciaste en el fregadero. Te quedaste contemplando el remolino rojo hasta que la última gota desapareció por el desagüe. Entonces abriste el grifo y limpiaste el fregadero con agua. Quitaste una cucaracha del escurridor y automáticamente echaste un poco de detergente. Cubriste a tu mujer con el abrigo y cogiste al bebé, que permanecía junto a su brazo extendido. Abriste el baúl y dejaste al bebé entre la ropa que había allí dentro. Para no despertarlo, lo tapaste con cuidado con el mono azul y la camisa vaquera que sacaste del armario. En algún lugar habías leído que los cerdos se comen a los niños. Aunque quizás era un rumor o alguien te lo había dicho. Lo que sí sabías a ciencia cierta es que les daban de comer carbón para prevenir los parásitos. Cerraste la puerta con suavidad, bajaste las escaleras sin conseguir evitar que los peldaños crujieran y saliste a la calle. Te pusiste a andar, completamente ajeno a las horas que pasaban mientras seguías andando. Como ya tenías frío al pasar por delante del bar de Pete, entraste en el local. Con los ojos vidriosos, echaste un vistazo a la hilera de botellas: Crab Orchard, 3 Star, Seagram's, 5&7, aunque sabías que el contenido de todas aquellas botellas provenía del mismo barril que había detrás de la barra. Al comprobar las monedas que llevabas en el bolsillo, los dedos helados te temblaban.

—Un trago de lo que quieras —le dijiste a Pete.

—Bonita noche —te dijo él.

—Maravillosa.

Y recordaste aquella canción que decía: «Oh, la dama de rojo. Oh, la dama de rojo».

El borracho flacucho que estaba encorvado sobre una mesa dio un puñetazo en la superficie de mármol y dijo con hablar gangoso:

—Lo que este país necesita es una buena guerra.

El tipo te lanzó una mirada agresiva, pero tú no le prestaste atención. Entonces metió la nariz en el vaso de cerveza y murmuró:

—Una guerra por el Corredor Polaco, el Corredor, el Corredor...

De pronto, con inquietud, te acordaste. Te acordaste de que no tenías que olvidar que eras el padre de un niño y que lo tendrías que criar en un albergue del YMCA, y que le tendrías que explicar muchas cosas sin andarte con rodeos y que tendría que entender que NO SE PERMITE IR EN BAÑADOR... viejo... conversación de amigos... hombre a hombre... chicas... caballeros... tu hermana... enfermedades terribles... los diferentes tipos de chancros... y en último lugar, pero no por ello menos importante, el dolor de testículos... dicen que en las Islas de los Mares del Sur ¡LOS LLEVAN DE UN LADO A OTRO EN CARRETILLAS!... los padres comieron uvas agrias y los hijos sufren dentera.

Y pensaste: «Puede que la sangre que perdió a un lado de la vía se deslice despacio hasta alcanzar las traviesas llenas de grasa de la compañía ferroviaria. Puede que la sangre sea absorbida por las traviesas y que eso atraiga a las termitas, a las hormigas y a las viudas negras. Puede que todos esos insectos roan la madera para llegar a los coágulos, provocando así peligros graves, accidentes serios, pérdidas de dividendos y la falta de confianza en el Transporte Ferroviario».

Y seguiste pensando, mecánicamente pero con total lucidez, en las palabras que retumbaban en tu cerebro y que parecían adquirir tres dimensiones: «Consideramos... que el bebé tiene que nacer... y que hay que asumir las consecuencias».

—Invita la casa —dijo Pete.

—Gracias —dijiste tú.

Y pensaste: «El cortejo avanza por las calles de la ciudad como una espléndida procesión melancólica».

Y dijiste en voz alta:

—¿Avisarás al Departamento de Salud Pública, a la Policía y a los responsables de la limpieza de las calles y el alcantarillado?

Pete contestó:

—Seguro que ya están avisados. Esos desgraciados son más corruptos cada día.

Y con toda claridad, te dijiste a ti mismo:

—UNA HORA MÁS, UNA HORA MÁS Y SERÁ DE DÍA.

## Muere un vidriero

*Judson Art Glass Co., maestros vidrieros... Cogía la caña que descansaba en el estante y, sin perder un segundo, se acercaba al horno que contenía el cristal. Los demás trabajadores hacían lo mismo que mi viejo y se ponían alrededor del horno. Y al verlos así parecía que estuviesen en el tiovivo de un circo. Mi viejo metía el extremo de aquella caña hueca en el agujero que había a un lado del horno. La caña se hundía en la pasta de vidrio, aquella pasta anaranjada, y una ola de calor salía de allí dentro y le chamuscaba la piel, desde la cara hasta sus encorvados hombros.*

Escúchame solo a mí.

Porque te estoy hablando de Michael, te estoy hablando de mi viejo. Míralo ahí sentado, contemplando las brasas del fuego. Lo único en lo que piensa es en las humeantes chimeneas de la fábrica y en el horno de vidrio que no verá nunca más. Igual que no verá el sudor que iba empapando el maldito suelo y que, debido al calor, se convertía en vapor. Al final lo ha vencido la enfermedad y ahora se pasa el día sentado junto al fuego sin apenas pronunciar palabra. Gases en el estómago, cree que tiene, y que estará bien en una semana. ¿De verdad piensas que es eso, viejo? ¿Y qué me dices de las llagas purulentas que te han salido en la barriga y en el costado? ¿Acaso no es el cáncer que te ha vencido por dentro y que ahora te ataca por fuera? Mírate las piernas, hinchadas como dos postes de telégrafo. Las tienes tan hinchadas que si te levantas de esa silla y te pusieras a andar, oiríamos el borboteo del líquido acumulado dentro. Pero ese que está en la silla no eres tú, viejo. Porque tú estás en la fábrica, tú estás moldeado en los vasos en los que la gente bebe combinados, los mismos vasos que tiran al suelo cuando ya van borrachos. Aunque yo sé muy bien que lo que hay en el suelo no es un vaso. Sé que es mi viejo, roto, despedazado, hecho añicos.

*Del horno sacaba una bola de cristal y a toda prisa la ponía encima del mármol, aquella plancha acerada, brillante y fina. En el mármol la hacía rodar hasta que tomaba una forma tan suave y redonda como la de la caña que la sostenía. Entonces mi viejo soplaba a través de la caña, aquella caña hueca, y el cristal que colgaba del final se hinchaba como un globo, un globo rojo, un globo de carnaval. Pero ¿dónde demonios estaba el carnaval?, ¿qué había sido de las sugerentes bailarinas, de los refrescos y los combinados?*

Y ahora nos sale con el lago. El viejo cree que el lago le aliviará la indigestión. Cree que el lago le curará las llagas que le han salido en el costado y ya le cubren la

barriga, las llagas que le estoy viendo mientras se las vendo con finas tiras de gasa. Pues bien, espero que tenga razón, aunque sé que está muerto y que puedo darlo por muerto. Sé que el lago no puede curarlo y sé que nadie puede hacer nada para salvarlo. ¿Acaso no estaba ya muerto cuando dejé la caña en su sitio y se desplomó en el suelo, aquel suelo empapado con el sudor de un millón de botellas? Mi viejo no es más que un esqueleto que se sienta junto al fuego. Pero ahora resulta que quiere ir al lago y se comporta como un niño enfurruñado decidido a salirse con la suya. Un borracho tira un vaso al suelo, dice que lo pagará y pide otro trago. Si estás pasando un buen rato, ¿qué importa que se rompa un vaso? Empeña los muebles de la familia y envía a ese viejo vidriero al lago. Tres y medio por ciento al mes, ¿no son cuarenta y dos por ciento al año? Pues lo pago y arreando. Y te vas al lago Lorain, viejo, a casa de tu hermana. Y deja ya de sonreír con los labios pegados a los dientes. Por Dios, deja de sonreír así.

*Y mi viejo le pasaba la caña al soplador que trabajaba con el molde. El soplador tenía la enfermedad, sabía que estaba enfermo, lo sabía. ¿Cáncer? No, ni hablar. Él expulsaba el cáncer cada vez que soplabla a través de una caña. Fue mi viejo el que enfermó de cáncer. Era tuberculosis lo que tenía el soplador que trabajaba con el molde, y en eso estaba mejor que mi viejo, porque sabía que estaba enfermo y sabía que no tendría que sacrificarse toda la vida inflando el cristal dentro del molde. Pero mi viejo no sabía que tenía cáncer y su trabajo se convirtió en una broma pesada: ahí estaba él, dejándose la piel para comprarles unos zapatos a sus tres, cuatro, cinco hijos, a esos niños tan guapos y listos. Zapatos que nunca les pudo comprar. ¿No es eso una broma pesada? ¿Y no fue también una broma pesada para la línea ferroviaria de la región, esa línea en la que trabajaban unos mil hombres, cuyos directivos se desgañitaban desde los periódicos y las revistas para que mi viejo se largase de una vez, para que se fuese a una tierra más próspera? ¿No fue también una broma pesada?*

Porque mi padre volvió. Y cuando fuimos a buscarlo a la estación, ¿qué hacía aquel coche fúnebre aparcado junto a la acera? ¿Lo adivináis? Aquella noche mi viejo no viajó ni encima ni debajo ni en los asientos de un vagón de pasajeros. Aquella noche viajó en un vagón de mercancías, en una caja de madera de pino. Porque ¿qué sentido tenía comprar un ataúd allá en Lorain, Ohio? ¿Acaso el transporte no se paga a peso? ¿Acaso no te cobran cada gramo?

Camina por la calle de la amargura, oh,  
camina por la calle de los sueños.

Siéntate en el asiento del conductor, madre, llevemos a casa al viejo vidriero que viene del lago, porque es

El viejo de la montaña.  
El viejo de la montaña.

Llévalo a la sala de estar y tiéndelo en el sofá, el sofá que hemos cubierto con una tela de seda precisamente para eso, para que mi viejo descanse como se merece. ¡Despierta, viejo, despierta! ¡Te encantará saber que estás tendido sobre una tela de seda! En la cocina intentas comerte unas patatas fritas, pero se te atragantan, te cuesta tragarlas con el viejo ahí tendido. Cómete una patata, viejo. Antes solías comerlas y ahora vas a echarlas de menos. Pero ¿quién está chillando ahí dentro? ¿Y a qué viene ese gañido, Billie? El gato negro se ha subido al pecho de mi viejo, ¡y no hay manera de que baje! Es un presagio. Mi vieja piensa que es un mal presagio. Maldita sea. Como si en esta casa no tuviéramos bastantes problemas sin el mal fario del gato negro subido al pecho de mi viejo, que está más muerto que muerto.

Y luego a la iglesia y a saludar a ese cara caballo tan amigo de Dios. Que todos sus pensamientos están con mi viejo no se lo cree ni borracho. Sus pensamientos están ocupados por una sarta de interesadas palabras que predicán la resignación. Obreros con relucientes trajes de sarga azul y rígidas camisas almidonadas se retuercen incómodos en sus asientos y las mujeres de esos obreros, sentadas a su lado, se retuercen junto a ellos. Del fondo de la sala nos llegan los alaridos de un niño. ¿Es que nadie se lo va a llevar fuera? Con sus malditos gritos nos está arruinando el funeral, y no es que sea muy habitual celebrar un buen funeral. No se debe gritar nunca en un acto así: los lamentos han de ser ahogados y silenciosos. Que alguien haga el favor de llevarse a ese mocoso de aquí.

#### ROCA DE LA ETERNIDAD

Esa es la canción. Y hay que cantarla en alto porque esa es la que eligió. Mi viejo decía que tenía gases en el estómago, pero no era tonto. Mi viejo no tenía un pelo de tonto. Nos dijo lo que quería. Primero:

#### ROCA DE LA ETERNIDAD

y después:

#### LA CRUZ DE JESÚS

y a continuación que empezásemos a tirarle tierra. Que no se te olvide la cruz. Pónsela en el bolsillo de la chaqueta, junto al corazón. Él lo pidió, así que hazlo y complácelo. Aunque, demonios, a ningún obrero se le escapa que el corazón de mi viejo está en las grietas del suelo de cemento de la fábrica, el suelo que recogió su sudor y que vio apagarse su vida y su corazón. Pero ¿de qué sirve mencionar eso ahora que el cara caballo está a punto de soltar unas lágrimas?

Antes de partir,  
levanta la mirada  
y busca a tu Creador.  
Duduá, duduuá,

al ritmo de un chachachá.

¡Y qué despedida! Dios mío, ¿se ha pronunciado alguna vez una despedida como la de mi viejo? Nubes oscuras, negras, furiosas avanzan apresuradas entre rugidos. Entiendo que te sientas ofendido por este espectáculo que le han montado a mi viejo. Ahí están los enterradores y los que han cargado el féretro. Ahí están llorando, recitando oraciones, cantando. Pero ¿es que a alguien le importa un bledo la muerte de mi viejo? Meted al viejo en la tierra y cubridlo con ella. Llueve a cántaros y el agua que cae a raudales empapa a las mujeres de los obreros y les pega los vestidos de seda azul a sus delgados cuellos, les pega la tela a los pechos y les marca los pezones. Resuenan los truenos. Me apuesto cualquier cosa a que ahí arriba hay alguien enfadado, alguien condenadamente enfadado por todas las tonterías que se están haciendo por este obrero que se iba quedando sin vida cada vez que soplaban por el extremo de una caña hueca.

Tiempo tormentoso, oh, me siento tan solo.

Unas correas grandes y negras. Yo quiero que me entierren en un ataúd color crema. Quince hombres a cargo de la caja de pino de un hombre muerto. Arriad las velas mayores. Arriad los foques.

Y la arena del desierto se enfrió.

Plaf, hizo al caer pesadamente en el agua anaranjada que había en el fondo. Recoged las correas, guardadlas para otros obreros. Vienen quintillizos, gemelos, trillizos.

Tiempo tormentoso, oh, me siento tan solo.

Tienes tierra en los ojos, viejo, tienes tierra en la cara. Y en las llagas de la barriga también tienes tierra. Reza en voz baja, murmura una oración, gimotea la canción y luego coge la pala. Un sonido seco acompaña a la primera palada de tierra que cae dentro, y a la segunda, y a la tercera. Cinco chicos guapos y listos rodean el ataúd y observan el agua que se ha convertido en un remolino en el fondo del agujero. Una cuarta palada y ya no tendré que esperar a que te cubran del todo, viejo, porque me estoy calando hasta los huesos y la vieja, maldita sea, también se está calando.

## Autobiografía

Tengo veintiocho años. Nací y fui al colegio en Huntington, Virginia Occidental. Provengo de una familia de trabajadores. Mi padre empezó a trabajar en una mina de carbón cuando tenía ocho años. Más adelante, entró como soplador en una fábrica de vidrio y a los cuarenta y cuatro años, sin recursos para pagar un tratamiento médico, murió de cáncer. De cinco hermanos, yo era el mayor. Mi madre ocupó el puesto de mi padre en la fábrica. El padre de mi padre murió aplastado en una mina de carbón. Para mi padre, lo mejor que podía ofrecerle la vida era trabajo, y lo único que le inquietaba era perderlo. Lo que más deseaba mi madre era que sus hijos estudiaran para que no tuviesen que preocuparse por si la fábrica cerraba.

Estudié tres años en la universidad, y durante ese tiempo trabajé por las noches en fábricas de vidrio y como corrector de pruebas en varios periódicos. Recuerdo que el libro de arte era rosa y el de biología, verde. Aparte de eso, no tengo muchos más recuerdos de mi educación universitaria. Durante dos años, trabajé dando clase en escuelas rurales de Virginia Occidental. De aquella época solo merece la pena recordar a Emil, uno de mis alumnos estrella que siempre sacaba un seis en los test de inteligencia. A Emil no le interesaba nada de la escuela ni de la vida, salvo cazar moscas y quitarles las alas. Un día cazó cincuenta y cuatro moscas sin llegar a separarse del todo del asiento de su silla. Al cabo de nueve meses, le había enseñado a contar hasta sesenta, algo que, desde mi punto de vista, le daba un amplio margen de seguridad ante cualquier emergencia que se le pudiese presentar en la vida. Puesto que lo mejor que había hecho con los demás profesores era cazar cuarenta y tres moscas y, por lo que yo sabía, no superó nunca las cincuenta y cuatro, llegué a la conclusión de que como profesor cumplí con lo que se esperaba de mí.

A los veintitrés años me puse en camino hacia Kansas para trabajar en la cosecha del trigo. Mi intención era hacer autostop, pero después de intentarlo durante todo un día sin conseguirlo, me tropecé con un tren de mercancías que se detuvo al lado de la carretera y me colé en un furgón. Desde entonces, no he vuelto a arriesgarme a hacer autostop a no ser que fuese necesario. Desde entonces, mis intereses han ido de la mano de los intereses de las compañías ferroviarias. Por lo general, los trenes me han llevado adonde yo quería ir, que no era nunca un lugar más definido que «hacia el este» o «hacia el oeste».

En Kansas no había trabajo. Ya existía la cosechadora y por primera vez vi a un grupo de hombres intentando rebelarse contra una máquina. Por primera vez supe lo

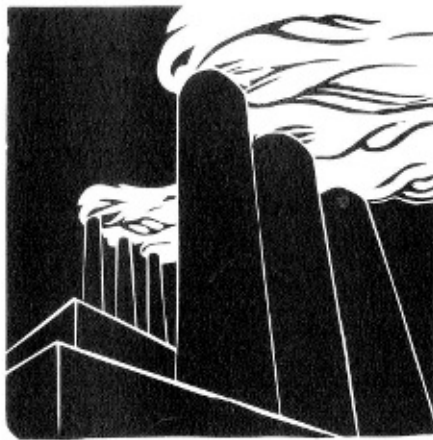
que era pasar tres días sin comer, llamar a la puerta trasera de una casa y pedirle limosna a una mujer. Era una casa amarilla, de un amarillo claro, y conseguí que me diera algo. Desde entonces he llamado a la puerta de un millar de casas amarillas como aquella y nunca me han rechazado. Mientras que las mujeres que viven en casas verdes ni siquiera me abrirían.

Estuve en la calle durante cinco meses y después volví a casa. Pero en casa tampoco había trabajo. Así que me fui mendigando a California, luego volví a Nueva York y más tarde a la ciudad de Washington. En Washington me condenaron a sesenta días en la prisión de Occoquan por haber dormido en un edificio vacío durante una tormenta. Unos amigos consiguieron sacarme de allí en ocho días. Pero tras lo ocurrido, como no me encontraba a gusto en Washington, decidí volver a casa. Me pasé tres meses buscando trabajo. No lo había. Fue la época en que la gente se reía de ti cuando pedías empleo. Al cabo de un tiempo, dejé de buscar trabajo y volví a marcharme. Desde entonces, he estado casi constantemente en la calle, excepto los quince meses que pasé en un campo de trabajo del gobierno. Ahora llevo cuatro años. En ocasiones me quedo cuatro o cinco meses en la misma ciudad, haciendo algún que otro trabajillo que me permita pagarme comida y cama. Pero la mayor parte del tiempo como y duermo en los albergues cristianos, mendigo en calles y casas, y pongo en práctica cualquiera de los trucos que utilizan los vagabundos para sobrevivir.

Como no tenía intención de publicar *Nada que esperar*, lo escribí tal y como me iba naciendo, y el lenguaje que utilicé fue el lenguaje que utilizan los vagabundos, pese a que no es el más agradable del mundo.

Garabateé fragmentos de este libro en papeles de fumar Bull Durham y en los márgenes de folletos religiosos. Los garabateé en vagones de mercancías, en centenares de albergues cristianos, en celdas y calabozos, en cobertizos ferroviarios y en pensiones de mala muerte. Y en algunas ocasiones memorables llegué incluso a teclearlos con mis dos dedos índice en una máquina de escribir como Dios manda.

Salvo por cuatro o cinco episodios, la narración es completamente autobiográfica. Algunos de los acontecimientos que describo no ocurrieron en el mismo orden que en el libro, y si los he mezclado ha sido para mejorar el desarrollo de la historia. La jerga de los vagabundos es, por supuesto, auténtica.





THOMAS MICHAEL KROMER (Huntington, Virginia Occidental, 1906-1969), hijo de un inmigrante checo que comenzó a trabajar en una mina a la edad de ocho años, abandonó sus estudios universitarios por falta de recursos. Trabajó primero en una fábrica de vidrio y después como profesor. A los veintitrés años, durante la Gran Depresión, viajó por todo el país en trenes de mercancías en busca de trabajo. Pidió limosna para sobrevivir, durmió en albergues cristianos e incluso fue detenido por su condición de vagabundo. Su única novela, *Nada que esperar*, describe sin tapujos los cinco años que pasó a la intemperie; años en los que contrajo tuberculosis y su salud se deterioró. La muerte de su mujer poco después de casarse fue un golpe del que nunca se recuperó. En 1937 dejó de escribir y en 1960 regresó a Virginia Occidental, donde permanecería hasta su muerte en 1969. Tras la publicación de *Nada que esperar* en 1935, Kromer solo escribió algunos relatos y reseñas publicados en revistas literarias, y una novela (*Michael Kohler*) que nunca terminó.

# Notas

[1] Se refiere a la película *Viaje de ida* (1932), en que los actores William Powell y Kay Francis encarnan a una pareja abocada a la fatalidad. (N. de la T.) <<

[2] John W. Davies fue el candidato demócrata a las elecciones presidenciales de 1924 y uno de los abogados más prestigiosos de los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo xx.

Los hermanos Van Swerigen fueron dos magnates de la industria ferroviaria. (*N. de la T.*) <<